



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y
LETRAS**

COLEGIO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Argentina, gol y desilusión.

**Los usos políticos del fútbol: la dictadura militar de
Argentina y el Mundial de 1978**

TESIS

Que para obtener el título de

Licenciada en Estudios Latinoamericanos

P R E S E N T A

Griselda Nicolás Pablo

DIRECTOR DE TESIS

Omar Raúl Antonio Núñez Rodríguez

Ciudad Universitaria, Cd. Mx., 2021





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Agradezco a la Universidad Nacional Autónoma de México y a quienes han hecho de ella una institución de alto nivel académico y compromiso social, por permitirme realizar parte de mi formación académica en un espacio donde convergen distintas formas de comprender la realidad. Agradezco a los profesores que con su conocimiento han iluminado mi andar por los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras, en especial al Mtro. Omar Núñez que desde el primer semestre de la licenciatura fue uno de mis referentes y que con el transcurrir de los años se convirtió en el asesor de tesis más paciente de la historia.

También, debo expresar mi agradecimiento a los profesores que integraron el sínodo por su lectura detallada, pues sin sus observaciones y sugerencias no habría sido posible afinar las ideas expresadas en este texto, al Dr. Hernán Taboada, Mtro. Javier Gámez, Dr. Mario Santiago y Dr. Miguel Orduña.

Es importante para mí expresar mi agradecimiento y admiración a quienes desde otros espacios han inspirado y acompañado este camino: fundamentalmente, mis padres que con esfuerzo y dedicación han apoyado incondicionalmente cada uno de mis pasos; a mis hermanos por su ejemplo y cariño, y a mis amigas por no soltarnos a pesar del tiempo y la distancia.

A todos quienes directa e indirectamente hicieron de esta experiencia una de las más felices y enriquecedoras de mi vida, gracias.

Índice

Agradecimientos	2
Introducción	4
1.-Política, deporte y peronismo	12
La política y el deporte en la historia	12
Fútbol, peronismo e identidad nacional	22
2.-La Argentina como desilusión	34
Las ideas extranjeras y las masas de inmigrantes.....	35
La era peronista: «Cuando la Argentina era una fiesta»	47
3.Proceso de Reorganización Nacional: restitución de la grandeza argentina	54
Ansiedades de la desilusión.....	59
«Proyecto nacional» y restauración.....	65
<i>La unidad nacional y la recuperación de la “argentinidad”</i>	67
4. Argentina 78’: «el reencuentro consigo mismo del pueblo argentino»	74
Un Mundial para Argentina.....	75
El proyecto mundialista: reivindicación del orgullo nacional	77
<i>La inauguración</i>	83
La celebración del Mundial: «El milagro argentino».....	89
<i>Un Mundial ambiguo</i>	95
Conclusiones	102
Bibliografía	107
Recursos electrónicos	109
Sitios web.....	111

Introducción

La presencia de las Fuerzas Armadas (FFAA) en la vida política y en el ejercicio de gobierno en Argentina durante el siglo XX es uno de sus rasgos más notables de su historia. Si bien no es una experiencia exclusiva de este país sí los son sus profundas motivaciones culturales. En efecto, detrás de un militante y feroz anticomunismo, anidaban elementos ideológicos que ayudan a explicar por qué se gestó en estas instituciones la imperiosa necesidad intervenir radicalmente en el campo político: hablamos de la necesidad de «rescatar a la nación» de una serie de elementos considerados ajenos a su *esencialidad e historicidad*.

Por *esencialidad* nos referimos tanto a la presencia inmanente de un sistema de creencias como de la existencia de un conjunto intrínseco de valores que otorgan un sello particular a una nación (*identidad nacional*). En específico, refiere a un acervo de propiedades normativas, valóricas, morales y culturales que dan cuenta del «ser nacional» o «argentinidad», en este caso, por ejemplo, la de un pueblo cristiano, civilizado, laborioso, productivo, orgánico, solidario, comunitario y unido. Por su parte, la noción de *historicidad* está relacionada con la trayectoria, práctica y la experiencia acumulada en el tiempo de esta entidad. Ella se entiende como la manifestación o desenvolvimiento del «ser nacional» a lo largo del tiempo. En este sentido, lo que otorga vigencia a la «argentinidad» es el respeto a los valores, costumbres, imaginarios y prácticas socialmente construidas y aceptadas.

No obstante, el apego a valores como son el amor a la patria y la tradición, el orden, la jerarquía, la familia, la propiedad y al catolicismo, no significan negar los cambios o innovaciones históricas. Por el contrario, el conservadurismo constituye una ideología lo suficientemente plástica para incorporar nuevas categorías. Por ejemplo, la acogida de valores modernos capitalistas como son disciplina, productividad, competitividad, permitieron a esta nación reconocerse (y se reconocida) como un pueblo educado, capacitado, trabajador, disciplinado, exitoso. A través de estos atributos se puede entender el lugar que juegan las ideas de «excepcionalidad» y, sobre todo, de «destino nacional», elementos fundamentales en el imaginario de la «argentinidad».

Como sabemos, estas ideas fueron articuladas por las élites dirigentes de este país en la segunda parte del siglo XIX, donde la *esencia nacional* fue definida como el respeto a los valores, costumbres y tradiciones instituidas, pero también, la defensa «[de] la posición de

los grupos más arraigados en la sociedad, más comprometidos con su organización originaria»¹, elementos que conferían identidad particular a esta nación. En este sentido, para estos sectores la legitimidad del sistema socioeconómico estaba determinada históricamente, pues «[consideraban] que la realidad –en todos sus aspectos: socioeconómico, político, ideológico, religioso– era algo dado y constituido en un pasado remoto, por obra divina o acaso, por un pacto social, que debía mantenerse inmutable o con el menor cambio posible»². La *historicidad* del país, entonces, era entendida tanto como el respeto y reproducción de cierta organización social heredada a través de la experiencia, como por el hecho de afincar su eficacia en que el país tenía garantizado un futuro entre las grandes naciones de la tierra; sin embargo, esta concepción entró en crisis con las transformaciones sociopolíticas acaecidas desde las últimas décadas del siglo XIX, específicamente a partir de la promulgación de la Ley Sáenz Peña (1912) y los posteriores gobiernos electos democráticamente, principalmente el peronista.

Justamente, a partir del proceso de industrialización, las olas migratorias provenientes de Europa y la apertura democrática, el ordenamiento económico, político y social tradicional se modificó. Esta dinámica significó la aparición de nuevos actores que presionaban por novedosas demandas como eran los derechos laborales, participación política y justicia social dentro del orden social imperante. Tal circunstancia representó un reto para las élites nacionales, lo cual incentivó un posicionamiento defensivo cada vez más enérgico respecto a los cambios que atravesaba la sociedad, pues –desde el punto de vista de estas– la modificación de las relaciones sociales ponía en riesgo la continuidad del orden establecido históricamente.

En este sentido, la cambiante realidad no sólo representaba un peligro social y político coyuntural, fundamentalmente implicaba amenazar al propio «*destino*» de la nación. En efecto, si bien el crecimiento económico y los estándares de vida alcanzados se habían consolidado gracias al desarrollo capitalista, con los procesos de modernización social concomitantes se abrió paso no sólo a un creciente cuestionamiento del orden social también a la posible cancelación del «destino nacional» que la propia providencia habría reservado a la Argentina.

¹ José Luis Romero, «El pensamiento conservador en el siglo XIX», Biblioteca de Ayacucho, Caracas, 1978, en: *José Luis Romero* (sitio web), consultada 12-02-19, <http://jlromero.com.ar/tematica/conservadores>

² Ibid.

Desde la visión conservadora dominante, tal extravió resultaba de la desintegración del sistema social hasta entonces imperante, consecuencia de una «sociedad [que] había penetrado en un sendero cuya dirección era imprevisible», tal como estipulara Ana María Stiven en su estudio sobre el orden social en el Chile decimonónico³. En consecuencia, las élites argentinas entraron en un estado de ansiedades, temores e incluso estrés, pues interpretaron los dramáticos cambios sociales como resultado de la creciente disolución –al interior de la comunidad nacional– de la «argentinidad», cuya historicidad se fundamentada en obedecer a los bienes culturales cimentados en la «experiencia» que otorga la historia nacional, esto es, trayectoria pensada como única, ineluctable e inalterable⁴.

Cabe señalar que la idea sobre un futuro promisorio para Argentina resultaba de un constructo ideológico formulado por diversos intelectuales del siglo XIX –entre otros Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi– quienes consideraban que el país estaba llamado a formar parte de las naciones más avanzadas del mundo. Esta construcción se basaba en parámetros tanto ideológicos como cuantitativos. El primero remite a nociones morales como es «destino de grandeza» y, el segundo, refiere a criterios como el crecimiento económico, pues a inicios del siglo XX este país era comparado con los Estados Unidos y Australia.

Pese a los buenos augurios, la primera guerra mundial y los acelerados cambios tecnológicos internacionales mostraron las debilidades de un modelo económico vulnerable a los impactos externos. Efectivamente, desde el ámbito intelectual, comenzaron a formularse diversas explicaciones sobre el declive nacional, los cuales provocaron en algunos sectores una creciente desilusión respecto a las proyecciones de progreso y civilización formuladas por una generación previa de intelectuales y políticos. En opinión de Andrés Kozel, intelectuales como Lucas Ayarragaray (1861- 1944), Leopoldo Lugones (1874-1938),

³ Ana María Stiven, «Una aproximación a la cultura política de la élite chilena: concepto y valoración del orden social (1930-1860)», en: *Estudios Públicos*, No. 66, otoño 1997, p. 260 https://www.cepchile.cl/cep/site/artic/20160303/asocfile/20160303183743/rev66_stiven.pdf

⁴ Como señala Robert Nisbet, «La “historia”, en lo esencial, no es más que experiencia, y es en la confianza conservadora en la experiencia por encima del pensamiento abstracto y deductivo en materia de relaciones humanas en lo que se funda su confianza en la historia». La confianza que los conservadores tenían en el futuro estaba fundamentada en el pasado, en la experiencia que este les había heredado. En este sentido, con la deslegitimación del sistema fundado en la herencia se ponía en riesgo el futuro. Robert Nisbet, *Conservadurismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1995, p. 41-42

Benjamín Villafañe (1877- 1952), Ezequiel Martínez Estrada (1895- 1964) y Julio Irazusta (1899-1982),

[...] comenzaron a desgajarse del hasta entonces predominante tronco liberal-civilizatorio, sea para recorrer los meandros de una interrogación desasosegada acerca de las razones por las que Argentina se había “extraviado”, de la senda que supuestamente había de conducirla a un “destino de grandeza”, sea para sospechar que ese destino estaba aún más lejos en el tiempo de lo que alguna vez se habían imaginado, sea para postular que si se quería acceder a él era preciso un cambio de rumbo radical⁵.

Estas reflexiones atribuyeron la pérdida del rumbo nacional a la falta de una dirigencia capaz de conducir al país, circunstancia capaz de propiciar el extravío de la identidad, sentido y valores nacionales. Desde este punto de vista, el debilitamiento de la clase dirigente estaba en relación con el desprendimiento de valores tradicionales como era la de orden social, promoviendo que el caos y la anarquía se apoderara de la sociedad.

En efecto, para las élites económicas y políticas los responsables del declive nacional eran los grupos populares organizados y activistas políticos que cuestionaban el orden establecido propiciando el desorden social. Ante este panorama, los sectores conservadores asumieron como una prioridad la defensa de los valores establecidos, principalmente el llamado «orden social», pues, como señalamos, consideraban que los fundamentos de la sociedad estaban siendo removidos por la aparición e incorporación de nuevos sectores sociales. En este sentido, «la noción de orden trasciende un significado meramente político. Se relaciona directamente con el cambio social [...]. El orden, por tanto, ha sido construido a partir de una experiencia que incluye los temores de un grupo sometido a un proceso de cambio»⁶. De esta manera, las incertidumbres provocadas por el cambio social, generó en las élites un temor fundamental «a lo otro, a lo diferente, a lo nuevo, a lo que no pertenece a la tradición; por lo tanto, la diferenciación social aparece como una amenaza a la identidad»⁷. Temor que posibilitó, a lo largo del siglo XX, el rechazo a la aparición de sistemas sociales

⁵ Andrés Kozel, *La Argentina como desilusión*, Nostromo Ediciones, México, p. II

⁶ Stiven, *op. cit.*, p. 266

⁷ *Ibid.*, 267

alternativos al construido históricamente por la élite, pues desafían el sistema de valores establecido.

Las ansiedades surgidas entre estos sectores por tan peligroso futuro, configuró un escenario en el que las múltiples intervenciones de las FFAA fueron vistas como necesarias para quienes demandaban el restablecimiento del orden social perdido. Cada uno de los 6 golpes de estado acaecidos en la centuria pasada⁸ tuvo sus objetivos y dinámica propia, pero en todos ellos estuvo presente esta dimensión cultural. Sin embargo, para el desarrollo de este trabajo me centraré en el último de ellos, acaecido con el golpe de militar de 1976, pues fue durante esta experiencia que las FFAA asumieron la tarea de restablecer «la verdadera esencia nacional», esto es, un sistema de creencias que privilegiaba tanto el orden, la disciplina y la jerarquía social, como el apego a los valores occidental, entre ellos defensa de la familia, catolicidad, capitalismo e, incluso, democracia.

Para logro de tan relevante objetivo, la Junta Militar encabezó un proceso que pretendió la reorganización social y cultural de la población, esto implicaba el rescate de los valores que habrían sido extraviados por diversos gobiernos considerados demagógicos, principalmente los encabezados por Juan Domingo Perón entre 1946 y 1955. Tan estratégico propósito encontró en la organización del Mundial de Fútbol de 1978 un dispositivo que permitiera recuperar y proyectar lo que consideraban era la verdadera esencia nacional.

En efecto, a través de este evento deportivo internacional, las FFAA encontraron un nuevo instrumento para profundizar la reorganización de las relaciones sociales del país (inicialmente propiciadas con el genocidio y la represión). Por medio de una estrategia comunicativa, estas instituciones afirmaron que la realización del Mundial –y su posterior triunfo deportivo– obedecía «al regreso de la argentinidad», esto es, al restablecimiento de aquellos valores que caracterizarían «la esencia nacional» y que conferencian a este pueblo un destino signado por la grandeza: éxito, excepcionalidad, competitividad, progreso, modernidad.

En el fondo no sólo se planteaba la restitución del proyecto «liberal civilizatorio» que habría hecho grande a la Argentina en el siglo XIX, también se afirmaba que la realización del Mundial era sinónimo de la restauración de la «unidad nacional» perdida con la lucha de clases peronista. Esta apreciación, además, se sostenía por medio de comunicar las medidas

⁸ Intervenciones realizadas en los años de: 1930, 1943, 1955, 1962, 1966 y 1976

económicas implementadas y el desarrollo de infraestructuras promovidas (saneamiento del paisaje urbano, desarrollo de telecomunicaciones, crecimiento del turismo, etc.), acciones que contribuirían a materializar los valores que pretendían rescatar.

En este sentido, el caso argentino es un buen ejemplo de cómo ciertos actores nacionales han aprovechado el deporte para promover un proyecto, una ideología o una imagen a fin a sus intereses. La amplia identificación popular con el deporte o eventos deportivos – los Juegos Olímpicos, por ejemplo– facilita su asociación con sentimientos nacionalistas, pues sus resultados pueden ser fácilmente identificados con las ideas de éxito, progreso o, en algunos casos, como reivindicación de agravios históricos –en el terreno futbolístico los ejemplos abundan: Argentina vs. Inglaterra, México vs. Estados Unidos, Honduras vs. El Salvador, etc⁹. Es decir, las contiendas deportivas pueden lograr expresar tanto los deseos como las frustraciones surgidos en otros espacios, contribuyendo a la reivindicación de determinadas posturas ideológicas, históricas y sociales. O como lo señala Pierre Bourdieu: «[En] estas luchas simbólicas, tanto las luchas individuales de la existencia cotidiana como las luchas colectivas y organizadas de la vida política tienen una lógica específica, que les confiere una autonomía real con relación a las estructuras en las cuales se enraízan»¹⁰.

En consecuencia, el objetivo de este trabajo es analizar cómo el Mundial de Fútbol de 1978 celebrado en Argentina constituyó un dispositivo que contribuyó a la implementación del proyecto cultural promovido por Proceso de Reorganización Nacional. Es específico, estudiaremos cómo la Junta Militar aprovechó la realización de este evento deportivo para promover en el imaginario nacional la idea que su organización era resultado del resurgimiento de la «argentinidad» (esencia nacional) y, por lo tanto, de un sentido comunidad. Aunque, al momento de asumir el gobierno, las FFAA no eran conscientes del compromiso que el Estado había adquirido, su realización representó la oportunidad de demostrar por qué con el golpe de Estado de 1976 el país podía restituir el «destino de

⁹ Cada uno de estos enfrentamientos representa para algunos sectores la reivindicación del orgullo nacional ante los agravios cometidos históricamente por su contraparte: la Guerra de las Malvinas, la discriminación y persecución de migrantes mexicanos en EU, el hostigamiento y persecución de salvadoreños que trabajaban en fincas hondureñas a finales de la década del sesenta.

¹⁰ Pierre Bourdieu, *Cosas dichas*, Gedisa, Barcelona, España, 1988, p. 137-138

grandeza» extraviado a lo largo del siglo XX, siendo la obtención del campeonato la constatación del regreso a una senda histórica signada por el éxito.

Estos señalamientos motivan una investigación que dé cuenta de dos aspectos interrelacionados: por un lado, el impacto ideológico que tuvo el cambio social a lo largo del siglo XX en las élites de este país, lo cual propició las condiciones para que en ellas y en las FFAA surgiera un proyecto de reorganización social que incluirá una dimensión cultural; por el otro, la importancia que el deporte adquirió en la sociedad como elemento de identificación colectiva, lo que explica el por qué la realización de un Mundial coadyuvó a la implementación de este propósito.

El primer capítulo se plantea la relación entre política y deporte y se reseña de manera general algunas de las experiencias más simbólicas del siglo pasado. En el caso estudiado, hablaremos como esta problemática está presente en los dos primeros gobiernos de Juan Domingo Perón. En capítulo analiza como la apertura democrática de inicios del siglo XX, la inserción de nuevos sectores sociales a la vida política y económica, y el surgimiento del peronismo contribuyen a erosionar el orden social tradicional (oligárquico) y su escala de valores. El tercer capítulo se enfoca en analizar cómo las transformaciones sociales y políticas señaladas en el capítulo previo generan un profundo estado de miedos y ansiedades al interior de las élites de este país, incluyendo a militares; circunstancias que impulsa la necesidad de un proyecto de cultural capaz de reeducar a la sociedad argentina. El último capítulo se destina al Mundial Argentina 78. El propósito es analizar las ideas formuladas por los miembros de la Junta Militar, por medio de declaraciones, artículos de prensas nacional y extranjera y testimonios de actores sociales y políticos de la época. La finalidad es comprender el proyecto cultural que estaba detrás de la realización del Mundial de Fútbol Argentina 1978.

Sin duda, la realización de una tesis con estas características representa un reto, pues a pesar de que el Mundial ha sido estudiado bajo distintas ópticas: sea para dar cuenta de cómo la Junta Militar utilizó el mundial para ocultar la violación a los derechos humanos, sea para analizar el impacto que tuvo en la población, sea para conocer la postura que sumieron distintos actores políticos respecto a su realización, hay pocos trabajos acerca de la utilización del Mundial como una herramienta cultural dentro de la estrategia de reorganización social. Por ejemplo, algunos de los trabajos más emblemáticos sobre la

relación entre la última dictadura argentina y el Mundial han sido los escritos por Ricardo Gotta *Fuimos campeones*¹¹, Pablo Llonto *La vergüenza de todos*¹², Abel Gilbert y Miguel Vitagliano *El terror y la gloria*¹³, los cuales centran sus análisis en el impacto político de dicho torneo, pero carecen de un acercamiento desde la historia cultural en la cual se inscribe esta tesis. No obstante, para fines de esta investigación han facilitado un acercamiento a la interpretación social de los acontecimientos de la época a través de los testimonios que aportan.

Para la obtención de información periodística de la época nos hemos servido del material de la prensa extranjera disponible en línea, sea el del acervo del Centro Académico de la Memoria de Nuestra América (CAMENA)¹⁴, el archivo en línea del periódico *El País*¹⁵, o los materiales elaborados por la Junta Militar con motivo del Mundial, en los cuales se puede apreciar la intención promover la visión militar de la verdadera Argentina (por ejemplo: *Guía de información general de la República Argentina*¹⁶ y el *Libro Oficial del «Ente Autárquico Mundial 1978» del XI Campeonato Mundial de Fútbol*).

Por último, dos textos fundamentales que dieron orientación a esta investigación fueron *La Argentina como desilusión*¹⁷ de Andrés Kozel y *De utopías, catástrofes y esperanzas*¹⁸ de Oscar Terán, los cuales brindan una perspectiva sobre las ideas generadas en las élites conservadoras y los círculos intelectuales sobre el problema del orden y la decadencia nacional. Los análisis realizados por estos autores permiten comprender como ciertos procesos sociales y políticos generaron en estos sectores una lectura sombría del devenir de su país: sea porque perciben una pérdida del rumbo en los destinos del país, sea porque divisan una disolución de los valores que dan forma a la identidad nacional.

¹¹ Ricardo Gotta, *Fuimos campeones. La dictadura, el Mundial 78 y el misterio del 6 a 0 a Perú*, Edhasa, Buenos Aires, 1a edición, 2008, 312p.

¹² Pablo Llonto, *La vergüenza de todos. El dedo en la llaga del Mundial 78*, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 1ª edición, 2008, 288p.

¹³ Abel Gilbert y Miguel Vitagliano, *El terror y la gloria. La vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial 78*, Grupo Editorial Norma, Argentina, 1ª edición, 1998, 240p.

¹⁴ <https://selser.uacm.edu.mx/>

¹⁵ <https://elpais.com/diario/>

¹⁶ *Guía de información general de la República Argentina*, Publicación oficial editada por el Ente Autárquico Mundial 1978, Buenos Aires, 1978

¹⁷ Andrés Kozel, *La Argentina como desilusión*, Nostromo Ediciones, México, 1a edición, 2008, 395p.

¹⁸ Oscar Terán, *De utopías catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires, Argentina, 1a edición, 2006, 211p.

1.-Política, deporte y peronismo

Los estudios sobre el deporte han comenzado a tener mayor importancia en los espacios académicos, pues su abordaje permite observar la construcción del poder en un espacio que en sus inicios escaparía al campo de la política o al mismo control gubernamental. En efecto, el deporte se ha transformado en un campo en disputa, en el sentido de erigirse en una herramienta masiva capaz de otorgar legitimidad. A través de su uso algunos gobiernos han consolidado sus posiciones y han logrado generar identificación popular con un discurso o proyecto.

El deporte ha sido reclutado como un elemento fundamental de la propaganda política no sólo en el mundo moderno, también en la Grecia clásica. En ese sentido, cada victoria o celebración deportiva, sea en los diversos contextos imaginables, es una oportunidad para recuperar el sentido colectivo y nacional. En efecto, «[...] os esportes e as festas públicas funcionavam como a teatralização de uma imagen de “nação feliz e longeva”. Ao mesmo tempo, esas celebrações cívicas comemoravam o “novo”. Um novo governo, um novo regime, um novo país»¹⁹.

Por lo anterior, realizar un análisis del papel del deporte –en particular el fútbol– en la política o en la construcción de una identidad nacional, se vuelve fundamental a la hora de comprender cómo la habilidad para capitalizar un triunfo deportivo puede traducirse en niveles de legitimidad inesperados.

La política y el deporte en la historia

El mundo se ha dejado llevar por el violento y a veces apacible rodar de un balón. ¿Cuál es la magia que hay tras aquel objeto?, ¿por qué el fútbol puede paralizar al mundo, detener una guerra o iniciar una revuelta social?, más en general ¿por qué el deporte se ha convertido en una de las actividades con mayor difusión e importancia política en el mundo moderno? Tal

¹⁹ «[...] los deportes y las fiestas públicas funcionaban como la teatralización de una imagen de nación “feliz y longeva”. Al mismo tiempo, esas celebraciones cívicas conmemoraban lo “nuevo”. Un nuevo gobierno, un nuevo régimen, un nuevo país» Traducción propia. Maurício Drumond, «O futebol e a política esportiva de Vargas e Perón: um estudo comparado», en: Armus, Digo y Stefan Rinke (eds.), *Del football al fútbol/futebol: historias argentinas, brasileras y uruguayas en el siglo XX*, Iberoamericana Vervuert, España, 2014, p. 141

vez las preguntas anteriores tengan tantas respuestas como aficionados existan en el planeta, pero la realidad es que el deporte ha dejado de ser una actividad recreativa para convertirse en una oferta comercial y, más aún, en una herramienta política.

Si bien, durante el siglo XIX la escuela y el ejército constituyeron elementos importantes para la consolidación de la identidad nacional en América Latina; durante el siglo XX, el deporte se sumó a la tarea de generar un sentido de integración social como de pertenencia nacional. Este proceso puede ser ejemplificado con lo ocurrido en Argentina durante los procesos de modernización de inicios del siglo pasado, cuando a partir de la organización laboral de los obreros en sus centros de trabajo estos también comenzaron a formar equipos de fútbol. Ello implicó no sólo fortalecer cierta identidad de clase, la celebración de torneos también contribuyó a la integración social en los barrios cercanos y el desarrollo de un sentido de pertenencia nacional.

Sin embargo, con el incremento de la popularidad de algunos deportes, las organizaciones comunitarias que inicialmente lo sostenían, fueron desplazadas por actores intereses particulares. Es el caso de los empresarios que han influenciado en el rumbo de las organizaciones deportivas dado los beneficios propagandísticos que supone los deportes de masas. Del mismo modo, también han intervenido actores políticos (gobiernos, partidos o líderes de masas), quienes ven en estas actividades un mecanismo eficaz para visibilizarse políticamente o promover ideas afines a un gobierno o régimen.

En efecto, tanto en Europa como en América Latina, se pueden rastrear diversas experiencias que permiten visibilizar la relación entre el deporte y la política en el mundo moderno. Dicha relación, señala Maurício Drumond²⁰, se implanta a través del éxito o los triunfos deportivos; pues es a través de estos que los gobiernos, por ejemplo, logran establecer una conexión ideológica entre el pueblo y sus intereses políticos, generando rupturas con regímenes anteriores o promoviendo impulsos refundacionales. No es coincidencia que tanto fascistas, comunistas y liberales, occidentales y orientales, hayan utilizado el deporte para ganar simpatías y generar unidad en torno a un proyecto.

En este sentido, las palabras de Pierre Bourdieu, referidas al poder simbólico que ejerce un grupo determinado sobre otro, pueden aplicarse a la actividad deportiva: «El poder simbólico debe estar fundado sobre la posesión de un capital simbólico. El poder de imponer

²⁰ *Ibíd.*, p. 141

a los otros espíritus una visión, [...], depende de la autoridad social adquirida en las luchas anteriores»²¹. En este caso, el deporte se ha ganado un lugar privilegiado, pues desde la Grecia antigua ha sido vinculado con los valores más importantes para diversas sociedades: la preparación militar, la defensa del honor, la superioridad y la fortaleza física. Razón por la cual el deporte cuenta con un amplio reconocimiento social.

Las experiencias deportivas vinculadas a proyectos políticos de influencia internacional pueden rastrearse desde las primeras décadas del siglo XX. Fue el caso de la celebración del Campeonato Mundial de Fútbol de 1934 en Italia, donde la intención de Benito Mussolini de hacerse cargo del evento fue, en palabras de Giorgio Vaccaro presidente de la Federación Italiana de Fútbol, «demostrar al universo lo que es el ideal fascista del deporte»²². Todo en la organización del Mundial estuvo diseñado para mostrar el poderío del fascismo italiano. Se aprovechó al máximo la oportunidad de que, al menos en el deporte, el fascismo se impusiera a todos los países del mundo²³.

Dos años más tarde, las Olimpiadas celebradas en Alemania también son ejemplo de la relación entre la política y el deporte. En un entorno internacional tenso, Berlín fue sede de los Juegos Olímpicos, situación que contravino a la comunidad deportiva, pues el deporte moderno y el olimpismo no era bien visto por algunos sectores del gobierno alemán.

En efecto, «[Adolfo] Hitler consideraba que los jóvenes alemanes debían aprender a boxear, para endurecer su carácter y poder así llevar a cabo su riguroso papel de soberanos naturales, ni él ni sus colaboradores eran defensores de los deportes modernos», pues uno de los valores más importantes del deporte es la igualdad, idea que contradecía su creencia de la superioridad aria. Sin embargo, la organización de los Juegos Olímpicos de 1936²⁴, se

²¹ Pierre Bourdieu, *Op. Cit.*, p. 140

²² Francisco Alcaide Hernández, «El fútbol como fenómeno político», en: *Fútbol fenómeno de fenómenos*, p. 24, <http://www.fenomenodefenomenos.com/libro/descarga/primercapitulo.pdf> /30-01-2017

²³ «[...] Mussolini asumió el control total de la organización del certamen. Todo el campeonato fue un programado ejercicio político. Los carteles que anunciaban el evento mostraban la figura de Hércules con un pie sobre el balón y el brazo extendido haciendo el saludo fascista. El estadio Turín pasó a llamarse Stadio Mussolini. Y los jugadores de la selección a los que el mandatario italiano denominaba “soldados al servicio de la causa nacional”, comenzaban y terminaban los partidos saludando al público con el brazo extendido en alto y cantando a Italia». Francisco Alcaide Hernández, «El fútbol como fenómeno político», en: *Fútbol fenómeno de fenómenos*, p. 24, <http://www.fenomenodefenomenos.com/libro/descarga/primercapitulo.pdf> /30-01-2017

²⁴ «El certamen se celebró entre el 1 y el 16 de agosto de 1936 y en él participaron 4.069 deportistas procedentes de 49 países que compitieron en 19 modalidades deportivas y 129 especialidades. En la ceremonia de apertura, después del himno oficial, más de 100.000 personas entonaron el *Heil Hitler* en el estadio de Grünewald. Alemania fue el país que más metales se adjudicó en el evento, 89 en total: 33 de oro, 26 de plata y 30 de bronce. Los alemanes triunfantes eran exaltados en los periódicos como los “rubios vencedores”. La primera medalla

realizó gracias a la intervención de su ministro de Propaganda, Josef Goebbels, pues «se había dado cuenta de que los Juegos representaban una espléndida oportunidad para demostrar la vitalidad alemana y su capacidad organizativa»²⁵.

Para Goebbels, los Juegos Olímpicos servirían a la estrategia nazi de proyectar una imagen poderosa de Alemania. Como lo expresó el ministro de propaganda: «queremos demostrar al mundo, durante estas próximas semanas, que la creencia de que los alemanes persiguen sistemáticamente a los judíos no es más que una falacia, una mentira constantemente repetida»²⁶. El deporte, entonces, era la vitrina que el gobierno alemán necesitaba para generar una imagen favorable y combatir la ofensiva internacional. Pues como sostenían algunos funcionarios, para la población: «Ganar un partido internacional – aseguraba Goebbels– es más importante para la gente que capturar una ciudad»²⁷.

Por otro lado, el objetivo final del gobierno nazi era mostrarse como una nación poderosa y reafirmar la supremacía aria. Si bien existieron sorpresas en los resultados deportivos, como el triunfo del atleta afroamericano Jesse Owens²⁸, la capacidad organizativa, el desarrollo tecnológico y la disciplina social, fueron elementos que contribuyeron a demostrar que Alemania era una nación fuerte y desarrollada.

Otro caso que se asemeja a estas experiencias sucedió en la España franquista²⁹. Si bien el Mundial de fútbol de 1950 fue celebrado en Brasil, el gobierno español aprovechó la

olímpica fue también para un alemán, Hans Woellke, que lanzó el peso a 16,20 metros, lo que le sirvió para ser ascendido a teniente “por sus servicios a la patria”. *Ibid.*, p. 28

²⁵ Allen Guttman, «Los “Juegos Olímpicos nazis” y el boicot americano. Controversia», en: Pierre Arnaud, *Sport y autoritarismos. La utilización del deporte por el comunismo y el fascismo*, Alianza, Madrid, 2002, p. 49-52

²⁶ Teicher, *Internationale Sportpolitik*, citado en: Allen Guttman, «Los “Juegos Olímpicos nazis” y el boicot americano. Controversia», p. 69

²⁷ Francisco Alcaide Hernández, *Op. Cit.*, p. 28

²⁸ «Jesse Owens brilló en la atmósfera racista de los Juegos de Berlín de 1936, donde realizó una exhibición tan espectacular que durante unos pocos días el mundo se olvidó de que seguía ardiendo el conflicto político que conduciría a la Segunda Guerra Mundial. Owens ganó cuatro medallas de oro, batió dos records mundiales y otro olímpico». <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/o/owens.htm> 15/11/2017

²⁹ Por ejemplo, como destaca Francisco Alcaide, en el caso ibérico: «[los] futbolistas españoles, al igual que sus vecinos italianos y alemanes, se alineaban antes de cada encuentro con la palma extendida en alto para entonar el *Cara al Sol* y gritar “¡Arriba España! ¡Viva Franco!”: “En la tarde del caluroso domingo del 25 de junio de 1939, el Sevilla y el Racing de El Ferrol disputaron la primera final de la Copa del Generalísimo en el estadio Montjuich de Barcelona. Habían pasado menos de tres meses de la conclusión de la Guerra Civil [...]. Los dos equipos se alinearon antes del comienzo del partido y elevaron el brazo para hacer el saludo fascista. Pocos segundos más tarde por los altavoces del estadio irrumpió el himno de batalla falangista *Cara al Sol*. Los jugadores empezaron a cantar entusiasmadamente y la multitud que llenaba el estadio pronto les siguió de pie con los brazos en alto y cantando como un solo hombre”». Francisco Alcaide Hernández, *Op. Cit.*, p. 30

identificación popular con el fútbol para enaltecer los valores patrios que proclamaba tras la Guerra Civil. Durante el Mundial de Brasil, la selección española fue la encargada de promover la ideología franquista y «exaltar la furia española y explotar el concepto de madre patria»³⁰. Para el gobierno era indispensable capitalizar cualquier oportunidad y mostrar que el país se recuperaba gracias a la conducción de Francisco Franco, por lo cual, en el discurso oficial se establecía que los futbolistas eran «embajadores de España», pues en ellos recaía la responsabilidad de demostrar, sobre todo a quienes habían criticado al régimen, que el país era más fuerte y unido que antes de la guerra civil. Un relato del periódico *Marca* destacaba que el Mundial de fútbol de 1950 era: «Una espléndida demostración al mundo entero de que la nueva España nacida de aquel sangriento conflicto ha recuperado completamente las tradicionales virtudes hispánicas de la pasión, la agresión, la furia, la virilidad y la impetuosidad».³¹

Como se puede apreciar, el deporte ha sido vehículo ideológico de distintos sistemas políticos, no sólo para generar una imagen internacional favorable o contrarrestar las campañas de desprestigio, es, sobre todo, el medio que posibilita sumar simpatías a una causa más allá de las fronteras nacionales y difundir la visión del mundo que posee un grupo determinado.

La experiencia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), por ejemplo, demuestra que el deporte contribuyó a la difusión de su proyecto político y social. Justamente, y pese a que el modelo de estado socialista estaba en contra de las instituciones deportivas capitalistas –al punto de rechazar participar de las competencias organizadas por ellas³²– estaba a favor de fomentar el deporte como parte del desarrollo de las capacidades

«Las manifestaciones políticas fascistas se hicieron aún más evidentes durante el denominado período azul (1939-1945). La camiseta roja de la selección, diseñada por el marqués de Villamejor para la primera participación nacional en los Juegos Olímpicos de Amberes (Bélgica) de 1920, fue sustituida por otra de color azul a fin de evitar cualquier tipo de duda política: “La susceptibilidad de la época llegaba a estos extremos: todo lo rojo quedaba proscrito, aunque fuese en las camisetas del equipo nacional de fútbol, que se sustituyeron por otras azules, más en consonancia con las tendencias cromáticas de los años cuarenta”». Francisco Alcaide Hernández, *Op. Cit.*, p. 30

³⁰ *Ibíd.*, p. 31

³¹ *Ibíd.*, p. 31

³² “Los dirigentes soviéticos comenzaron por ignorar las organizaciones deportivas burguesas, se negaron a afiliarse a sus federaciones internacionales y boicotearon sus competiciones, en particular los Juegos Olímpicos que eran descritos como concebidos “para desviar a los trabajadores de la lucha de clases mientras que se les enfrentaba en nuevas guerras imperialistas”, James Riordan, «La política deportiva de la Unión Soviética durante el periodo de entreguerras (1917-1941)», en: *Sport y autoritarismos. La utilización del deporte por el comunismo y el fascismo*, p. 104

tanto físicas como intelectuales de los trabajadores, sean mujeres u hombres. El objetivo era potenciar los ideales revolucionarios en todos los aspectos de la actividad humana. En este sentido, se construyó una propuesta deportiva como parte del proyecto de sociedad socialista.

En su manifiesto, la Internacional del Deporte Rojo (RSI) declaraba que «la cultura física, la gimnasia, los juegos y el deporte son medios de la lucha de clases, no un fin en sí mismo»³³. Es decir, el deporte no era considerado una actividad de recreación o salud física, era un instrumento de formación política que debía abordarse con seriedad. Pues si hasta ese momento había sido un distractor de la lucha de clases, podría llegar a ser una herramienta de concientización y el empoderamiento de la clase obrera.

Por ejemplo, las denominadas *Spartakiadas*, celebradas en Moscú en 1928 «estuvieron al servicio de la propaganda del internacionalismo deportivo proletario»³⁴. Contaron con la participación de asociaciones deportivas obreras de distintos países, lo cual reafirmaba que el deporte tenía una intención política. Además, el proyecto deportivo de la URSS se reflejó en el alto nivel competitivo de sus atletas que reforzaba la imagen de disciplina, fortaleza y rendimiento.

En oposición a la experiencia de la URSS, no podemos pasar por alto el caso de Estados Unidos, que en diversas ocasiones ha sido el anfitrión de eventos deportivos y es el emblema de la organización de éstos con fines políticos y económicos. Por ejemplo, «los Juegos de verano en Los Ángeles (1932 y 1984) y Atlanta (1996) y los Juegos de invierno de Salt Lake City (2002) ofrecen un ejemplo de cómo un país puede aprovechar estos eventos deportivos para promover sus valores y sus ciudades como símbolos de orgullo nacional»³⁵. A través de la experiencia norteamericana, podemos observar la utilización de los acontecimientos deportivos para posicionarse en el contexto internacional y, además, consolidar la instauración de un modelo político, social y económico. Quizá, el ejemplo más claro en la historia reciente estadounidense son los Juegos Olímpicos de Los Ángeles 1984, que coincidentemente con los de 1932 estarían enmarcados en una coyuntura de carácter internacional, pues:

³³ Kozmina, citado en: Riordan, James, *Op. Cit.*, p. 107

³⁴ *Ibíd.*, p. 109

³⁵ Paula De Castro, «Cuatro historias olímpicas en Estados Unidos: ¿el riesgo de morir de éxito?», en: *Juegos Olímpicos y ciudades. Oportunidades, ambiciones y fracasos*, CUDOB, Barcelona, julio 2016 p. 17

lo que podría haber sido un fracaso a causa del boicot de la Unión Soviética –resultado del bloqueo de Estados Unidos a los Juegos de Moscú de 1980 como respuesta a la invasión de la URSS en Afganistán– se convirtió en un triunfo económico y político para el país. La clave del éxito fue la reutilización de las estructuras anteriormente construidas para los Juegos de 1932 y el patrocinio y comercialización de los juegos por grandes corporaciones privadas. Tal fue el éxito de la inversión privada que estos juegos pasaron a la historia como los primeros financiados en su casi totalidad por el sector privado y los primeros que dejarían un superávit (de unos 232,5 millones de dólares). Desde la perspectiva de Estados Unidos, el éxito de los juegos fue aún más rentable políticamente dentro de la narrativa de la Guerra Fría. Además, Estados Unidos fue una vez más el país que ganó un mayor número de medallas (174).³⁶

Es indispensable reconocer que, debajo de cada una de estas experiencias, se gestó un proceso de legitimación hacia una visión de mundo particular, la mayoría de las veces creada desde el punto de vista oficial y expresada a través de un discurso concreto, es decir: «[se] impone un punto de vista, el de la institución [...]. Este punto de vista es instituido en tanto que punto de vista legítimo, es decir en tanto que punto de vista que todo mundo debe reconocer, por lo menos dentro de los límites de una sociedad determinada»³⁷. Por ello el reconocimiento de la supremacía aria, del poderío fascista o del control franquista fue una de las principales motivaciones para que Alemania, Italia y España, así como la URSS y los Estados Unidos, China, Corea del Sur, entre otros, le otorgaran tanta importancia al deporte, pues a través de él se socializaba el sistema de valores que el régimen consideraba indispensable para la construcción de su poder simbólico y, al mismo tiempo, se legitimaba su existencia.

En América Latina la relación entre política y deporte se observa en experiencias distintas, pues no sólo existe una diferencia en cuanto a la magnitud de los eventos y sus éxitos, también por lo que representa en el sistema internacional. Si bien los países como la Alemania nazi o la Italia fascista realizaron los eventos deportivos con la finalidad de demostrar su poderío, las naciones latinoamericanas que decidieron organizar justas deportivas de magnitud internacional lo hicieron con la intención de ingresar a la fantasía del

³⁶ *Ibíd.*, p.18

³⁷ Pierre Bourdieu, *Op. Cit.*, p. 139

desarrollo y la modernidad. Al mismo tiempo, y de manera más profunda, también constituyeron una especie de empresa de programación o reprogramación cultural.

Por ejemplo, las Olimpiadas de 1968 organizadas en México durante el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz revelan los intereses que mueven a los promotores latinoamericanos. Realizadas en un contexto social inusual: precedidas por multitudinarias protestas estudiantiles y una respuesta intolerante y violenta del gobierno, se pretendía mostrar a México como un país que caminaba hacia el desarrollo y plenamente integrado al sistema político y económico internacional. La realización de los Juegos Olímpicos México 1968 fue para el gobierno el estandarte del cumplimiento de la promesa revolucionaria: dejar atrás la imagen del país agrario para demostrar que, a través del sacrificio y dedicación, México se ganaba un lugar en el reconocimiento internacional como una nación moderna.

La ceremonia de inauguración se convierte, así, en una utopía alcanzable que revela una de las queridas obsesiones de los mexicanos, y sobre todo de quienes ejercen el poder: la posibilidad de ser vistos por el resto del mundo en condiciones de igualdad, como una sociedad civilizada, atenta y pacífica; la seguridad de ser admirados y comprendidos por un Occidente siempre reacio a volver la mirada hacia sus vástagos en vías de desarrollo³⁸.

El reconocimiento internacional valía el endeudamiento económico o el costo social que esto representara. El gobierno estaba decidido a no dejar pasar la oportunidad de ser el primer país de América Latina en albergar los Juegos Olímpicos. A pesar de la masacre realizada por el gobierno en vísperas de los Juegos, no se cuestionó, ni nacional ni internacionalmente, la realización de la competición.

La organización de la Olimpiada de 1968 constituiría, así, no sólo un triunfo más de la diplomacia nacional, sino un aval de reconocimiento, una patente de modernidad y desarrollo: sería la primera ocasión en que en un país “tercermundista” organizase una fiesta universal. [...] México recibiría a los atletas de todo el mundo y, con ellos, el beneplácito de sus gobiernos³⁹.

³⁸ Jorge Volpi, *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*, Ediciones Era, México, 2008 p.24

³⁹ *Ibíd.*, p.26

De acuerdo con Jorge Volpi, «la realización de las Olimpiadas es para los mexicanos la primera prueba, irrefutable y segura, de que el futuro, la modernidad y las promesas revolucionarias están, ahora sí, muy cerca»⁴⁰. Ya que, a pesar de los inconvenientes causados por un grupo de estudiantes, el gobierno construyó una imagen favorable: la de un país cálido y humano, que a través de sus esfuerzos pronto llegaría a la plena modernización.

Aquel anhelo del gobierno mexicano de ser reconocido por las potencias internacionales como una nación moderna, lo compartían países como Argentina y Brasil, que, no por casualidad, son también fundamentales para comprender el vínculo entre política y deporte en América Latina.

El caso brasileño es, quizá, uno de los más conocidos en todo el mundo, pues su estilo futbolístico ha ganado simpatía y reconocimiento internacional a través de los años, especialmente desde 1958 cuando la magia brasileña comenzó la conquista de títulos internacionales. La tradición futbolística de Brasil es abundante en experiencias que nos ayudarían a comprender la relación entre política y deporte; sin embargo, me gustaría centrarme en los acontecimientos recientemente acaecidos durante el Mundial de 2014⁴¹ y los Juegos Olímpicos de 2016⁴², pues además de evidenciar las brechas sociales y económicas que existen en la sociedad brasileña, son un claro ejemplo de la utilidad económica y política del deporte.

Gracias al crecimiento económico experimentado en la primera década del siglo XXI, Brasil llevaba algunos años trabajando para consolidarse como una potencia global; prueba de ello es su participación en instancias internacionales como el BRICS. Junto a otras iniciativas, el deporte jugó un papel importante en cambiar su imagen de país periférico a uno emergente, pues, desde la primera presidencia de Luis Ignacio Lula Da Silva (2002-2006), se trató de afianzar su liderazgo regional por medio de la organización consecutiva de los eventos deportivos de mayor importancia a nivel internacional⁴³.

⁴⁰ *Ibíd.*, p.31

⁴¹ «Las protestas de Brasil ensombrecen el Mundial», en: *La Vanguardia*, <http://www.lavanguardia.com/lectores-corresponsales/20140613/54408983870/protestas-brasil-ensombre-cen-mundial.html> 15-05-2017

⁴² Agnese Marra, «Río 2016: los Juegos Olímpicos de la crisis, el caos y las protestas», en: *Público*, <http://www.publico.es/internacional/rio-2016-juegos-olimpicos-crisis.html> 15-05-2017

⁴³ México lo hizo al realizar los Juegos Olímpicos de 1968 y el Mundial de Fútbol de 1970.

Pero las bondades del deporte con la política van más allá de la celebración de un triunfo, los torneos deportivos son un estímulo para desactivar o neutralizar el malestar social. Como señala Francisco Alcaide, «El fútbol (...) permite alcanzar esta situación primero, distrayendo a los ciudadanos y apaciguando de este modo sus ánimos exasperados, segundo, por medio de un conjunto de éxitos deportivos que permitan relacionar las victorias futbolísticas con éxitos políticos»⁴⁴. Sin embargo, la vinculación entre los triunfos deportivos y los éxitos nacionales es casi inevitable, como también lo son el fracaso y la crisis. En efecto, tanto en 2014 como en 2016, el deporte no favoreció las expectativas del gobierno brasileño. Las críticas internas rodearon la organización de ambos eventos y el creciente malestar social a raíz de un gobierno incapaz de proporcionar certeza social y bienestar a los ciudadanos terminaron por aumentar la tensión en el país. Como lo señaló un ciudadano entrevistado: «La crisis la tenemos hasta en el fútbol, a ver qué hacemos en los otros deportes»⁴⁵.

No se puede negar que el deporte ha jugado un papel importante en la estrategia de los gobiernos para consolidar una visión del mundo. Es un campo de batalla no sólo deportivo, también económico, político e ideológico, donde quienes quieren imponerse tienen la necesidad de establecer la normatividad con que se conducen las instituciones reguladoras del deporte, y quienes desean ser aceptados deben competir con las normas establecidas. Aunado la competitividad para demostrar el poderío de un régimen o sistema político, las actividades deportivas también se erigen en una herramienta de control social. Como señalara Vicente Calderón, quien fuera presidente del Atlético de Madrid: «¡Ojalá el fútbol entonteciera al país y ojalá pensarán en el fútbol tres días antes y tres días después del partido! Así no pensarían en otras cosas más peligrosas»⁴⁶.

Gracias a su popularidad a nivel internacional y a la conexión que existe entre los futbolistas y la población, este deporte es una buena herramienta para desactivar cualquier indicio de conflicto social o incluso reeducar a una sociedad. Santiago Bernabéu, expresidente del Real Madrid, admitía la utilidad de esta actividad como una válvula de escape para el conflicto social:

⁴⁴Francisco Alcaide Hernández, *Op. Cit.*, p. 36

⁴⁵Marra, Agnese, *Op. Cit.*

⁴⁶Alcaide Hernández, Francisco, *Op Cit.*, p. 36

Estamos prestando un servicio a la nación [...] porque a la gente le gusta mucho el fútbol, y con el fútbol los españoles hacen más llevaderos sus problemas cotidianos. Estamos en un momento de incompreensión tan grande y de una zarabanda tan horrible que la gente quiere tranquilidad de verdad. No quiere problemas. El fútbol es el recurso para que la masa se olvide del resto de los problemas⁴⁷.

En la experiencia latinoamericana, quizá la figura de Edson Arantes do Nascimento puede resumir la importancia que el fútbol ha tenido para un Estado: «Pelé permaneció en el Santos de São Paulo prácticamente durante toda su carrera como futbolista –de 1956 a 1974– después de que en 1960 fuese declarado por el Gobierno “tesoro nacional no exportable”»⁴⁸. Como se puede observar, los gobiernos no podían privarse de un genio del fútbol, más aún si la inestabilidad económica y social amenazaban la gobernabilidad del país⁴⁹.

El deporte profesional ha sido, en múltiples ocasiones, una válvula de escape a los conflictos que viven las naciones, pero también ha representado una oportunidad para hacer visible el conflicto social. Cuando la mirada internacional se centra en un país subdesarrollado para apreciar una justa deportiva, de inmediato surgen interrogantes sobre la capacidad económica y el interés que tiene un país en condiciones poco favorables por desarrollar un acontecimiento de esa magnitud. En tales ocasiones, valdría la pena preguntarnos qué hay detrás, qué está en juego y cuál es la victoria más importante para un gobierno que decide embarcar a toda una nación en aquella aventura.

Fútbol, peronismo e identidad nacional

El caso argentino ilustra la relación existente entre el deporte y la política, pues fue un espacio importante en apuntalar la construcción de una identidad colectiva nacional gracias a la identificación con valores positivos, a tal punto que los éxitos deportivos del país se entendían que eran posible porque Argentina poseía cualidades físicas, morales y humanas propias de sociedades occidentales avanzadas. En efecto, sea el automovilismo, el rugby o el polo practicados por las élites, sea el box y el fútbol extendidos entre los sectores populares, estas

⁴⁷ *Ibíd.*, p. 36

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 36

⁴⁹ Cabe destacar que durante este periodo Brasil transitó de la República Nova (1945-1964), etapa caracterizada por la instauración de gobiernos electos democráticamente, a un periodo dictatorial (1964-1985).

prácticas deportivas contribuyeron a otorgar cierto sentido de excepcionalidad del país. De todos ellos, el fútbol fue clave en esta dinámica, por ser una disciplina de masas en la que el país se destacaba con mayor facilidad en el contexto internacional

En este sentido, el fútbol se consolidó como el deporte que permitía reivindicar el orgullo nacional. Como destaca Eduardo Archetti, este deporte constituyó una herramienta fundamental para el desarrollo de la identidad y para la proyección de Argentina a nivel internacional, pues:

[...] a comienzos de este siglo el fútbol fue visto como un deporte de origen británico que se hacía nacional –e interno- en un momento en el que se desarrollaban las redes globales de intercambios y competencias deportivas. El fútbol permitió a los hombres argentinos competir y hacerse visibles en un mundo cada vez más internacional [...] ⁵⁰.

A través de pequeñas acciones, el fútbol comenzó a constituirse en un espacio de orgullo nacional, ya que, al igual que otras actividades como la formación de profesionales, demostraba que Argentina tenía capacidad humana exportable de las potencias mundiales. Ya durante las primeras décadas del siglo XX, este deporte se consolidó como una de las actividades de recreación preferidas por la población. Alumni fue el primer equipo constituido oficialmente en el país. A pesar de su exitosa historia deportiva, su disolución marcó la instauración de un estilo propio de juego, de un estilo nacional, pues «la criollización definitiva del fútbol argentino se produce exactamente con la desaparición de Alumni, no con su apogeo» ⁵¹.

Pese al tambaleo de la economía nacional con la primera guerra, los argentinos encontraban elementos en el deporte para confiar en que el país estaba llamado disfrutar de grandes éxitos. Es más, en el Río de la Plata se consagraba un estilo de juego propio, «el triunfo uruguayo en las Olimpiadas de 1924 en París y la gira exitosa, por muchos países europeos, de Boca Juniors en 1925 confirmaban la existencia de un “estilo rioplatense”

⁵⁰ Eduardo Archetti, «El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino», en: *Horizontes antropológicos*, <http://www.scielo.br/pdf/ha/v14n30/a13v1430.pdf>

⁵¹ Pablo Alabarces, «Lo que el Estado no da el fútbol no lo presta: los discursos nacionalistas deportivos en contextos de exclusión social», p. 13 <http://www.biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/lasa98/Alabarces.pdf>

distinto, tanto al europeo en general como al inglés»⁵². Esta era la confirmación de poseer, tanto en su tierra como en su espíritu, las cualidades requeridas para igualar a cualquier potencia mundial. En 1928, cuando Argentina perdió frente al equipo uruguayo la final olímpica de fútbol, se reafirmó la supremacía del «estilo rioplatense» por encima del resto de los equipos del mundo.

Sin embargo, durante los años treinta se evidenciaron los limitantes deportivos que el país enfrentaba. La década iniciaba con la derrota del equipo nacional frente a los uruguayos en la primera copa del mundo, cuestión que incentivó, dentro de los círculos deportivos de mayor peso, la profesionalización del fútbol como estrategia para elevar el nivel deportivo. Si bien la imagen del «potrero» y la del «criollo» que se adueñó de este deporte inglés⁵³ contribuyó a fortalecer el proceso identitario del país; la creciente empresarialización del fútbol demandará que se abandone esta idea romántica para reconfigurar este deporte nacional a los requerimientos empresariales.

Los imperativos de éxito y las exigencias económicas incidieron en el terreno deportivo. A pesar de participar en torneos continentales y mundiales, el nivel futbolístico de los equipos argentinos fue cuestionado⁵⁴ así como su organización comunitaria, pues, se pensaba, eran elementos que frenaban el crecimiento deportivo de acuerdo a los nuevos

⁵² Eduardo Archetti, «El deporte en Argentina (1914-1983)», p.4-5 <http://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/Archetti.pdf>

⁵³ Estas imágenes hacen referencia a la Pampa y al gaucho como figuras esenciales en la construcción de la identidad: el potrero, como espacio desocupado durante el proceso de industrialización que guarda la esencia indómita de la pampa; el pibe, como aquel sujeto que se desenvuelve en un espacio indómito con libertad, convirtiéndolo en un sujeto irreverente, rebelde. En este sentido, Eduardo Archetti sostiene que «[en] la Argentina, el fútbol es no solo una arena eminentemente masculina, sino que está también asociado históricamente a la construcción de una identidad nacional a través del éxito internacional del equipo nacional y a la “exportación” de grandes jugadores a Europa desde 1920. El sentido de pertenencia a un lugar se construye alrededor de esos momentos de reconocimiento cuando la práctica social del fútbol, introducida en el país por miles de inmigrantes británicos en 1880, expone súbitamente sus conexiones con una particular visión de lo territorial. La memoria del fútbol, su fundación mítica, aparecerá, entonces, influenciada por el imaginario de la pampa y el potrero» y por el sujeto que los habita: el gaucho y el pibe. Eduardo Archetti, «El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino», en: *Nueva Sociedad*, No. 154, marzo-abril 1998, p. 3-4, consultado 06-03-2016, http://nuso.org/media/articles/downloads/2671_1.pdf

⁵⁴ Pese a las críticas hechas al estilo nacional y de no tener una actuación destacada en el Mundial de 1934 y de su ausencia en 1938, el fútbol argentino obtuvo grandes resultados regionales en la década del cuarenta, ganando en 1945, 1946 y 1947 los campeonatos sudamericanos; además, la gira del club deportivo San Lorenzo por Europa en 1946 confirmaba «la modalidad, la calidad, la ciencia y la gracia del fútbol argentino». Sin embargo, como refiere Eduardo Archetti, «la estupenda actuación de los equipos argentinos inventivo el respeto y admiración por su estilo de juego» *El Gráfico*, 1947, No. 1440, 36-37, citado en: Eduardo Archetti, «El deporte en Argentina (1914-1983)», p.7

estándares internacionales. Como explica Roberto Di Giano, «los clubes no se estructuraron como empresas siguiendo el ejemplo de muchas instituciones europeas, sino que “seguían siendo sociedades jurídicas sin fines de lucro, con objetivos de esparcimiento social y regidas por autoridades que debían surgir de comicios limpios”»⁵⁵. La profesionalización del fútbol implicaba ceder ante el modelo empresarial.

En efecto, la transformación de modelo administrativo provocó un cambio en la dinámica de las identidades locales, pues los equipos formados desde los barrios fueron cediendo ante los grupos deportivos con mayor capital. Equipos como Boca Juniors o River Plate, incrementaron su capacidad económica y deportiva generando una mayor exigencia a los equipos con menor solvencia económica para invertir en infraestructura y en la contratación de jugadores. La transferencia de jugadores fue otro factor que desplazó a los equipos más humildes, los futbolistas que antes tenían un vínculo con su equipo por haber crecido en el barrio eran fácilmente movidos de sus clubes de origen, tal circunstancia pudo contribuir a aumentar los sentimientos de agravio y marginación experimentados por sectores populares argentinos, pues estos cambios ocurrieron durante el contexto de exclusión política y explotación laboral acontecidos en el periodo de la Década Infame⁵⁶.

En este sentido, los sucesivos fracasos de la selección nacional en el plano internacional también incidieron en el incremento de la sensación nacional de frustración. Por ejemplo, en 1952, durante un partido entre Inglaterra y Argentina en el estadio de Wembley, se abrieron «discusiones sobre el valor del estilo criollo ya que los ingleses demostraron ser claramente superiores»⁵⁷. Años más tarde, la derrota contra Checoslovaquia en el Mundial de Suecia en 1958 fue interpretada –en palabras de Eduardo Archetti- «[como] un encuentro con la historia». En este sentido el fútbol servía como metáfora de lo que acontecía en el país: «lo que antes era una virtud se convertía en defecto»⁵⁸. La cuestionada

⁵⁵Roberto Di Giano, *Fútbol y cultura política la Argentina. Identidades en crisis*, Leviatán, Buenos Aires, Argentina, 2005, p. 19

⁵⁶Periodo que se extiende de 1930 a 1943, inicia con el primer golpe de estado en Argentina para terminar con el gobierno de Hipólito Yrigoyen.

⁵⁷Eduardo Archetti, «El deporte en Argentina (1914-1983)», p. 7

⁵⁸En el plano estrictamente deportivo, los futbolistas que jugaban en las ligas europeas cuestionaban el estilo nacional, «[Humberto] Maschio [declaraba que] había que desterrar el “viejo vicio del pasecito de más o de la gambeta de lujo innecesaria” y para [Alfredo] Di Stéfano “los argentinos tienen que olvidarse de la pisadita y el jueguito de media cancha, frente al fútbol europeo, esto no tiene ningún valor”». Eduardo Archetti, «El deporte en...», p. 8

derrota de Argentina por Inglaterra 1966 fue vinculada con la pérdida de las Malvinas⁵⁹. Cuatro años después el país no lograría clasificarse para el Mundial de México.

A la larga, los fracasos de la selección más los problemas de institucionalización de los clubes reflejaban las crecientes dificultades para cumplir –desde el deporte– con las expectativas del mito de grandeza nacional o de ser un país desarrollado. No obstante, en opinión de algunos autores conservadores, los fantasmas y vicios que imposibilitaban tanto la consolidación deportiva como de todas las actividades nacionales, se debían «a la demagogia y al caos» resultantes de la peronización del país, fenómeno de masas que se había arraigado profundamente tanto en la política como en el deporte.

En efecto, con Juan Domingo Perón a la cabeza, el movimiento peronista tuvo la pretensión de apropiarse de todas las actividades de la vida social: gobierno, política, deporte, trabajo, académica, etc. Voluntaria o involuntariamente, durante la administración militar de 1943 a 1945 se fueron uniendo los eslabones que facilitaron la articulación de la futura maquinaria peronista, siendo clave la creación de la Secretaria de Información, Prensa y Propaganda del Estado, responsable de centralizar y coordinar la información, así como organizar la propaganda oficial. Con Perón como ministro de trabajo se inauguró la participación de funcionarios de gobierno en las celebraciones de tradición popular.

Habiendo encontrado la mejor estrategia propagandística, el discurso peronista se centró en la reivindicación de la justicia social y su preocupación por los sectores marginados. Pero la habilidad de Perón fue más allá del discurso político, conjugado con el ingenio de la sociedad «ningún otro partido o movimiento político argentino creará su propio folklore, su auténtica contracultura, como lo hiciera el peronismo»⁶⁰.

Por ejemplo, el uso de bombos, carteles, cánticos, consignas y pintas callejeras, forjarían la identidad del peronismo entre los sectores populares. Las masivas movilizaciones y los discursos de Perón y Eva Duarte inspirarían diversos cánticos que marcarían el proceso de adoctrinamiento social; uno de los más emblemáticos y preferidos del folklor peronista

⁵⁹ Stefan Rinke, «¿La última pasión verdadera? Historia del fútbol en América Latina en el contexto global», en: *Iberoamericana*, VII, No. 27, 2007 p. 91

http://www.iai.spk-berlin.de/fileadmin/dokumentenbibliothek/Iberoamericana/2007/Nr_27/27_Rinke.pdf

⁶⁰ Guillermo E. D´Arino Aringoli, *La propaganda peronista: 1943-1955*, Editorial Maipue, Argentina, 2006, p.85

era «Los muchachos peronistas»⁶¹. Los ataques al movimiento peronista fueron otro factor que sumaron popularidad y, sobre todo, alimentaron su folklore. Pues, a pesar de que fue acuñado en un sentido despectivo el término «descamisado», este pasó a ser símbolo de honor y humildad, al identificar a los sectores de trabajadores con la realización de la riqueza y, por lo tanto, la grandeza de Argentina.

Junto con la construcción de una identidad obrera, popular e igualitarista, el deporte fue un catalizador importante en la estrategia peronista, ya que era considerado un medio más amigable y accesible para la mayor parte de la población, lo cual permitía generar una identificación popular con la política gubernamental. En efecto, las analogías con el deporte fueron una constante en el discurso de Perón, a través de ellas el mensaje era asimilado con mayor claridad y, por otro lado, el sentimiento nacionalista y la identificación con el carisma criollo de los deportistas era vinculado con la esencia del peronismo. Con frases como «será este un partido en el que habrá muy poca gente que patee contra nuestro arco»⁶², lograba acercarse a todos los sectores de la sociedad, obteniendo la simpatía del público.

Perón no era ajeno a la importancia que revestía para su gobierno el estímulo oficial al deporte, no ya como una forma de satisfacer sus gustos personales, sino con claros y definidos objetivos políticos. [...] Las limitaciones que impuso a las actividades políticas serían así compensadas con un sólido apoyo al deporte, donde peronistas y opositores se mezclaban en las mismas filas⁶³.

Y es que como militar y aficionado a algunos deportes «Perón había visto de cerca las ricas experiencias de Italia y Alemania, con las grandes movilizaciones deportivas, sus desfiles, sus banderas y sus campeones, quienes proyectaban la imagen del país ideal: *pueblo fuerte*

⁶¹ Los muchachos peronistas/ todos unidos triunfaremos,
y como siempre daremos/ un grito de corazón:
«¡Viva Perón, viva Perón!».

Por ese gran argentino/ que se supo conquistar
a la gran masa del pueblo,/ combatiendo al capital.
¡Perón, Perón qué grande sos! / ¡Mi general, cuánto valés!
Perón, Perón, gran conductor, / sos el primer trabajador. [Fragmento]

Los muchachos peronistas, Instituto Nacional Juan Domingo Perón (sitio web), consultado 11-11.2018, <http://www.jdperon.gov.ar/1945/10/marcha-peronista/>

⁶² Citado en: Guillermo D'Arino, *Op. Cit.*, p. 142

⁶³ Hugo Gambini, *Historia del Peronismo. El poder total (1943-1951)*, Ed. Planeta, Buenos Aires, 1999, p. 347-348

igual a nación poderosa»⁶⁴. En consecuencia, el deporte brindó la posibilidad al gobierno no sólo de acercarse a los sectores populares, también insertar en el imaginario colectivo el ideal peronista de una «Nueva Argentina». Por ejemplo, en un homenaje organizado por la Confederación Argentina de Deportes y el Comité Olímpico Argentino, Perón dirigió un discurso en el que hacía evidente la importancia que esta actividad tenía para su proyecto de gobierno:

Sea nuestro homenaje para las glorias del deporte que nos acompañan, para los campeones, para todos los deportistas que están construyendo *la nueva Argentina* que anhelamos, de hombres sanos, de hombres robustos y de hombres fuertes; porque solamente hacen grandes a las naciones los pueblos sanos y vigorosos⁶⁵.

Vincular el deporte con la política fue una de las prácticas más redituables para el peronismo, pues asimilaba los triunfos deportivos con victorias políticas. Por ejemplo, la participación de la delegación argentina en los Juegos Olímpicos de 1948 representó para el gobierno una recompensa por su política de apoyo al deporte, todos los triunfos de los atletas nacionales simbolizaban la victoria de la «Nueva Argentina».

Por consiguiente, el gobierno no descuidó ninguna área que pudiera fortalecerlo. El deporte se convirtió en uno de los ejes fundamentales de su política: por un lado, el peronismo abanderó –junto con la restructuración social– la reorganización de las instituciones deportivas, las cuales fueron integradas a la Confederación Argentina de Deportes (CAD) y el Comité Olímpico Argentino (COA). Además, la Asociación de Fútbol Argentino (AFA), estuvo dirigida por personajes cercanos al peronismo entre 1946-1955. El régimen requería tener bajo su control toda la estructura administrativa del deporte.

Por otro lado, la estrategia fue dirigida especialmente a la niñez y a la juventud. Desde la fundación María Eva Duarte de Perón y como parte de los festejos del día de la lealtad, se inauguraron las Campeonatos Infantiles Evita, «para los niños y adolescentes que deseen jugar su deporte favorito...»⁶⁶. A pesar de que este torneo se realizaría anualmente, la convocatoria, tanto de participantes como de espectadores, fue en aumento; el entusiasmo

⁶⁴ *Ibíd.*, p. 348 Las cursivas en el original.

⁶⁵ *Ibíd.*, p. 349

⁶⁶ *Ibíd.*, p. 197

por participar se vinculó con los premios y los beneficios obtenidos, pues a la par del torneo se implementaron campañas médicas para diagnosticar la salud de los menores.

En este sentido, y desde el punto de vista del gobierno, el fútbol permitió que «miles de niños [fueran] sacados del “desorden del potrero” para ser encausados en el “cumplimiento de reglamentos”»⁶⁷. Mientras que para los pequeños participantes la hazaña de vestir la camiseta oficial de un club profesional y jugar en los estadios era *el sueño del pibe* hecho realidad. Félix Daniel Frascara, lo definía de esta manera:

[...] en medio de toda esa euforia, de tanto derroche de dinero, de tanta inconsciencia y de tanto consciente desliz, en medio de ese mundo de obsecuencias y de especulación, algo hubo digno de las más nobles intenciones: los campeonatos infantiles. Muchos miles de chicos fueron felices jugando al fútbol, por ejemplo, en canchas “de verdad”, con botines, medias, pantalones y camisetas de fútbol⁶⁸.

Para algunos, el saldo positivo de la política deportiva del peronismo podía medirse en lo siguiente: «el sólo hecho de poner a los chicos en contacto con un médico y obligarlos a higienizarse y a hacer gimnasia, es saludable para el país»⁶⁹. Sin embargo, la oposición tomaba esta iniciativa como un intento de captación y manipulación orquestada por el gobierno, pues como señalan algunos autores «en muchas formas, el peronismo se había convertido en un sistema de control extremo»⁷⁰.

No sólo la niñez y la juventud disfrutaron de las dádivas del peronismo, los equipos profesionales también tuvieron el beneplácito del gobierno⁷¹, pues apoyó financieramente a los clubes de fútbol⁷². En efecto, para el segundo Pan Quinquenal se decretó que «el deporte

⁶⁷ *Ibíd.*, p. 198

⁶⁸ *Ibíd.*, p. 332

⁶⁹ *Ibíd.* p. 333

⁷⁰ David Rock, «Supervivencia y restauración del peronismo», en: Rock, David (Comp.), *Argentina en el siglo veinte. Economía y desarrollo político desde la élite conservadora a Perón-Perón*, Lenguaje Claro Editora, San Isidro, 2009, p. 231

⁷¹ Con lo cual se creó una especie de lealtad entre los clubes con el gobierno. Por ejemplo, como parte de los homenajes planeados en honor a la esposa del coronel, la construcción de un monumento se puso en entredicho; por lo que la Asociación de Fútbol Argentino «suspende una fecha del campeonato profesional, “para que los equipos viajen al interior para recaudar fondos para la construcción del monumento”». Guillermo D’Arino Aringoli, *Op. Cit.*, p. 312

⁷² José Bernardo Marcilese, «Sociedad civil y peronismo: los clubes deportivos en el periodo 1946.1955», p. 2-3 http://www.sport.ifcs.ufrj.br/recordes/pdf/recordesV2N2_2009_14.pdf

será desarrollado por las instituciones privadas con el apoyo del Estado»⁷³. Entre los clubes que fueron beneficiados se encontraba Racing Club quien pudo construir su estadio bautizado «Presidente Perón»; igualmente lo fueron el Club Boca Juniors, el Club Atlético River Plate e Independiente, los cuales contaban con apadrinamiento de algún funcionario del gobierno peronista⁷⁴.

Pese a que el coronel no era aficionado del balompié, «el fútbol, que indirectamente había contribuido al triunfo de Perón, exacerbando los sentimientos nacionalistas pocos días antes de los comicios de 1946, tenía para él únicamente el valor potencial que su política asignaba a las multitudes»⁷⁵. Por lo tanto, el gobierno incrementó sus esfuerzos para fomentar la práctica de fútbol. Los torneos infantiles Evita y los juveniles Juan Domingo Perón⁷⁶ difundieron campañas sociales y políticas. Perón «utilizó expresamente el fútbol para la movilización de las masas, por ejemplo para promover la higiene pública, y en 1953 proclamó al día de la primera victoria contra el equipo nacional inglés como el “Día del futbolista”»⁷⁷.

Junto al tango, el fútbol proyectaba el ánimo festivo que vivía una parte de la sociedad argentina⁷⁸, José Luis Ponsico lo observa en una expresión de los jóvenes de entonces «cuando Buenos Aires era una fiesta». Justamente: «[en] un país con algo más de 10 millones de habitantes, la ciudad de Buenos Aires congregaba casi a 40 por ciento de la población. La canchas se llenaban todos los domingos y el promedio de asistencia orillaba a las 15 mil personas por partido»⁷⁹.

Sin embargo, la inversión económica que el gobierno peronista hizo en los clubes de fútbol molestó profundamente a la mayoría de los intelectuales. Ricardo Rojas afirmaba que «el orden de prioridades estatales estaba claro: “mientras [el estado destinaba] millones de

⁷³ Presidencia de la Nación, 2° *Plan Quinquenal*, citado por: José Bernardo Marcilese en «Sociedad civil y peronismo: los clubes deportivos en el periodo 1946.1955», p. 10

⁷⁴ *Ibíd.*, p. 13-14

⁷⁵ Durante 1946 Argentina ganó el Campeonato Sudamericano de Selecciones. Gambini, Hugo, *Op. Cit.*, p.357

⁷⁶ José Bernardo Marcilese, *Op. Cit.*, p. 2-3

⁷⁷ Stefan Rinke, *Op. Cit.*, p. 90 <https://journals.iai.spk-berlin.de/index.php/iberoamericana/article/view/860>

⁷⁸ La promoción del fútbol se vio reflejada en el aumento de las cifras de asistentes a los partidos «para el quinquenio 1946-1950, el promedio anual fue de 3, 330, 000 espectadores, con un promedio, también anual de 266 partidos. Para el quinquenio siguiente, 1951- 1955, el primero fue de 3, 092, 000 asistentes a las canchas y de 245 partidos disputados al año». Mariana Conde, «La vieja-nueva idea de la nación y sus “hinchas”», p. 4 (Cursivas en original), consultado 15-04-2017 <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/becas/2000/conde.pdf>

⁷⁹ José Luis Ponsico, «Montaña, el fútbol y Perón», p. 148 <https://es.scribd.com/document/319271150/Ponsico-pdf>

pesos a los clubes de fútbol” poco era lo que destinaba a la cultura»⁸⁰. Pese a las críticas, el proyecto peronista tenía claros sus objetivos. Como lo explica Flavia Fiorucci: «cuando Perón decía que “la cultura si no es popular no es cultura” [...] se refería de forma expresa a la necesidad de borrar tantas décadas de olvido... y *capacitar* a las masas para que se ilustraran [...] y *lograr por este medio su elevación cultural*»⁸¹, y es que «los logros del peronismo en el área cultural se vincularon entonces a la integración simbólica de la población. El resultado sin embargo fue privilegiar el espectáculo y la fiesta»⁸².

Justamente, la incentivación del deporte también tuvo repercusiones en los planes de estudio, pues se incluyó la educación física en la educación primaria y secundaria. A lo que se sumó la organización de competencias de atletismo, basquetbol, gimnasia, natación, water-polo y ajedrez, y la organización por parte de la Unión de Estudiantes Secundarios y la Liga Estudiantil Argentina de campeonatos anuales propios. En este sentido, el gobierno no perdía la oportunidad de vincular cualquier actividad deportiva con el presidente o con su esposa. La realización de los Juegos Panamericanos de 1951, permitió la proyección de los logros del gobierno peronista en el escenario continental. La delegación argentina obtuvo 153 medallas⁸³ lo que detonó la alegría social, pues la apremiante labor del gobierno por vincular los éxitos deportivos con la «Nueva Argentina» encabezada por Perón materializaba sus esfuerzos.

Para los críticos del peronismo, el deporte constituía parte de una estrategia de propaganda que tenía por objetivo el adoctrinamiento de la niñez y la adolescencia para asegurar la supervivencia del movimiento. Según un autor, «la creación de la Unión de Estudiantes Secundarios, [...], permite, bajo la idea de promover el deporte, una vía de fácil acceso a la peronización de los adolescentes»⁸⁴. En este sentido, el deporte ofrecía al movimiento peronista la oportunidad de absorber a un sector que le daría mayor vitalidad y garantizaba su reproducción social. De hecho, gracias al apoyo a las organizaciones deportivas, especialmente del fútbol, comenzó a ser común escuchar los cánticos peronistas

⁸⁰ Flavia Fiorucci, *La administración cultural del peronismo. Políticas intelectuales y Estado*, Latin American Studies Center, University of Maryland, Working Paper No. 20, 2007, consultado 05-05-2017 p. 8 [http://www.lasc.umd.edu/Publications/WorkingPapers/NewLASCSeries/WP20\(FlaviaFiorucci\).pdf](http://www.lasc.umd.edu/Publications/WorkingPapers/NewLASCSeries/WP20(FlaviaFiorucci).pdf)

⁸¹ *Ibíd.*, p. 21

⁸² *Ibíd.*, p. 37

⁸³ 66 de oro, 50 de plata y 37 de bronce. Guillermo D´Arino Aringoli, *Ob. Cit.*, p. 264

⁸⁴ *Ibíd.*, p. 351

durante los encuentros deportivos y esto se comprueba con la lealtad mantenida a la figura del coronel tras su derrocamiento, cuando en las tribunas los peronistas cantaban distintos versos en su recuerdo.

Era mucha gente la que hacía deporte, pero muy poca la que dirigía, entendiendo por dirigir algo más que ocupar cargos en comisiones, fiscalizar torneos o integrar embajadas. Las fuerzas, las riquezas, pues estaban desperdigadas. Flotaban... Se vivía el deporte como la *belle époque*, como en los tiempos del vals y los lanceros. Así lo encontró el peronismo. Asistimos entonces al segundo florecimiento. De lo que había sido el romanticismo pasamos a la lujuria en el deporte. Quedó establecido un pacto: Perón le daba todo al deporte y el deporte le daba todo a Perón⁸⁵.

Hacia el final del segundo gobierno peronista, ya con las tensiones políticas que derivaron en el golpe de 1955, el deporte se convirtió en un bálsamo propagandístico: «[todas] las semanas aparece un hecho deportivo. Desde 1952 el deporte ocupa en la gran pantalla una cuota importante en el espacio de propaganda»⁸⁶. Sin embargo, los éxitos deportivos no pudieron sustituir los apoyos perdidos en las Fuerzas Armadas, empresarios, clase media e Iglesia. La fractura que se produjo entre el gobierno y estos sectores se proyectó en el debilitamiento y posterior derrocamiento del gobierno de Perón. En efecto, la época dorada del peronismo llegó a su final con la Revolución Libertadora; desde ese momento el deporte, al igual que la sociedad, comenzaría un proceso de «desperonización».

Assim como tantas outras dimensões da sociedade argentina, os esportes também foram “desperonizados” com a dita “Revolução Libertadora”, de 1955. A grande maioria das realizações peronistas na área do esporte, assim como seus meios de intervenção, foi anulada, ou profundamente alterada, com o fim do regime⁸⁷.

⁸⁵ Félix Daniel Frascara, citado en: Hugo Gambini, *Op. Cit.*, p. 348

⁸⁶ *Ibíd.*, p. 406

⁸⁷ «Así como otras tantas dimensiones de la sociedad argentina, los deportes también fueron “desperonizados” con la dicha “Revolución Libertadora”, de 1955. La gran mayoría de las acciones peronistas en el área deportiva, así como sus medios de intervención, fueron anuladas, o profundamente alteradas, con el fin del régimen [peronista]», (Traducción propia) Mauricio Drumond, *Op. Cit.*, p. 1149

Como corolario de los cambios impulsados, el decreto de Ley 4161 del gobierno militar tuvo por objetivo prohibir la exhibición «[de] símbolos peronistas ni entonar cánticos y mucho menos mencionar los nombres de Perón y Eva Duarte»⁸⁸. Sin embargo, evitar las evocaciones de Perón desde las gradas era imposible como señalamos. Por ejemplo, José Luis Ponsico rememora los siguientes hechos: «si el goleador había tenido una buena tarde [los hinchas del club Huracán] lo despedía con el clásico “¡Perón, Perón...! La platea, si el delantero había andado mal y desperdiciado algunas ocasiones, lo abucheaban al grito de “Muerto, andá a chuparle las medias a Perón, muerto...”»⁸⁹. A pesar de los intentos de «desperonizar» a la sociedad, el peronismo se había calado en lo más profundo del tejido social.

Los militares que tomaron el poder en 1955 identificaron la importancia que Perón le había otorgado al deporte, razón por la cual realizaron un boicot a «algunos de los deportistas más destacados del país, identificados con la “tiranía”», intervinieron la Asociación del Fútbol y del Comité Olímpico Argentino, entre otros organismos. Una de las últimas disposiciones impuestas por los militares, antes de devolver el gobierno a los civiles, «consistió en anular la Dirección de Deportes y Educación Física en el Ministerio de Educación y Justicia, argumentando que dichas áreas fueron utilizadas por el gobierno depuesto como “un instrumento de propaganda política, desnaturalizando y subvirtiendo sus propios valores y significación”»⁹⁰. Se evidenció así la importancia que el deporte tuvo en la construcción del arraigo peronista.

⁸⁸ José Luis Ponsico, *Op. Cit.*, p. 149

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 150

⁹⁰ Raanan Rein, «La peronización del fútbol argentino: el caso del Club Atlético Atlanta de Villa Crespo», en: *Del football al fútbol/futebol: historias argentinas, brasileras y uruguayas en el siglo XX*, p. 155

2.-La Argentina como desilusión⁹¹

Desde finales del siglo XIX se generó en las élites argentinas la expectativa de liderar, desde el sur, la suerte del continente; sin embargo, aquel propósito se diluyó dentro de su propia historia. Sin una estrategia clara, sin un proyecto legitimado y con una deficiencia institucional y política notable, los argentinos se lanzaron a un viaje sin retorno en la búsqueda del augurado éxito. La idea que se desarrolló al interior de los círculos intelectuales liberales y conservadores, de izquierda y derecha, generó en una parte importante de la sociedad argentina el firme deseo de alcanzar el éxito prometido; sin embargo, este anhelo chocaría las contradicciones ideológicas, políticas y económicas que existían en el país.

Por un lado, desde el punto de vista de los sectores conservadores, el crecimiento económico con base en la agricultura y la ganadería no solo legitimaba la organización social tradicional, también nutría la idea de que el país estaba llamado a alcanzar mejores destinos que los experimentados por sus vecinos sudamericanos; por el otro, las reformas políticas y los avances democráticos se convirtieron en una amenaza para la organización social sobre la cual Argentina se había posicionado en el sistema internacional, cuando este país ofrecía estándares de desarrollo comparables con los de Estados Unidos y Australia. Aun cuando esta situación generó una confrontación entre una élite que defendía el sistema social establecido mientras que emergentes grupos empujaban por el cambio social, ambos sectores estaban imbuidos en la creencia que el país se encaminaba hacia el éxito.

No obstante, a la larga, estas tensiones generaron una fractura al interior de la comunidad nacional, pues las élites comenzaron a tomar posturas cada vez más intolerantes hacia las transformaciones sociales acaecidas, ya que, desde su punto de vista, el destino del país peligraba si el orden tradicional se desmoronaba. La dificultad para mantener el «consenso pasivo» contribuyó a legitimar la intervención de las Fuerzas Armadas (FFAA) en la política de manera constante durante el siglo XX.

Este capítulo propone centrarse en 3 momentos clave para el desarrollo de las tensiones que se generaron en la sociedad argentina durante la primera mitad del siglo XX, generando en ciertos imaginarios la imagen de un culpable de la decadencia del país, y por

⁹¹ Título tomado del libro del Andrés Kózel, *La Argentina como desilusión*, Nostromo Ediciones, México, 2008.

lo tanto del rumbo histórico de la nación: 1) finales del siglo XIX e inicios del XX, con el auge de la producción agrícola y la llegada de amplios contingentes de migrantes europeos; 2) la reforma liberal con la implementación de la Ley Saénz Peña; 3) el gobierno encabezado por Juan Domingo Perón. Estas etapas muestran con claridad cómo el juego entre la ilusión y la desilusión contribuyeron a la vigencia del mito argentino.

Las ideas extranjeras y las masas de inmigrantes

Hacia finales del siglo XIX el desarrollo económico de Argentina no coincidía con el proceso de consolidación del Estado. Las constantes confrontaciones entre las provincias y Buenos Aires impedían el fortalecimiento institucional que facilitaría el control político del territorio. Fue a través de la derrota de los caudillos regionales que se consiguió el predominio del poder federal, «[pues] desde 1862, el flamante Estado nacional, poco a poco [...], fue dominando y subordinando a quienes hasta entonces habían desafiado su poder, y aseguró para el ejército nacional el monopolio de la fuerza»⁹².

La dominación de los caudillos representaba un paso importante para lograr el control estatal sobre el territorio y así establecer la fuerza del Estado como la única garante de la seguridad interna, lo cual era fundamental para que el país pudiera tener estabilidad social y política. Las incipientes FFAA comenzaron a ser fundamentales para un proyecto que pretendía configurar una identidad nacional propia.

A partir de 1880 se inició un proceso de crecimiento del Estado, la derrota del ejército de Buenos Aires, así como la federalización del puerto, enviaban un mensaje claro a los caudillos que se resistían a la integración de Argentina: el Estado había incrementado su poder y se consolidaba como la única institución con capacidad de controlar el territorio. La tensión entre los grupos de poder locales⁹³ llegó a su máxima expresión cuando Julio A. Roca ganó la presidencia (1880), generando un periodo de inestabilidad política y social.

⁹² Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, Argentina, 2ª edición, 2001, p. 16-17

⁹³ Ricardo Forte destaca que «los episodios claves que llevaron al predominio del poder federal sobre las entidades todavía en grado de amenazarlo y que actuaban en forma sistemática para este fin, fueron tres operaciones de carácter estratégicamente militar: la derrota de la caballería de López Jordán, caudillo de Entre Ríos, llevada a cabo en 1870 por el presidente Sarmiento, la represión de la rebelión de Mitre y de las fuerzas de Buenos Aires por parte del presidente Avellaneda en 1874 y, una vez más, la derrota del ejército de Buenos Aires al mando de Carlos Tejedor por las tropas federales en 1880». Ricardo Forte, *Fuerzas armadas, cultura*

Paralelamente a estos enfrentamientos, Argentina registró un avance económico que influyó en la estabilidad nacional; Buenos Aires siguió siendo el centro de la vida económica, política y social, por lo que las diferencias con las provincias del interior se profundizaron. La apuesta por el crecimiento del país se hizo a partir de un modelo político centralizado y restrictivo que orientaba los esfuerzos productivos a partir de las bondades de la pampa.

Para los sectores mejor posicionados el orden y la paz eran fundamentales, sin ellos sería imposible superar el atraso en el que el país se encontraba. Era indispensable establecer un gobierno nacional fuerte y dotarlo de un aparato institucional y administrativo bien capacitado. Al mismo tiempo, la profesionalización del ejército comenzó a ser una prioridad para los gobiernos nacionales. Lograr la legitimidad institucional y política del Estado era una tarea urgente, pues el destino augurado para Argentina sólo podría conseguirse a través de la integración del aparato estatal y, con esto, de la nación.

En la transición de siglo, mientras se configuraban los cambios políticos y económicos, también se articulaban y consolidaban corrientes ideológicas que proponían caminos diferentes para implementar la transformación que Argentina necesitaba. Estas posturas político-ideológicas iban desde el socialismo hasta el conservadurismo; cada una atrajo a distintos sectores sociales, por ejemplo, los socialistas a grupos de intelectuales, los anarquistas a sectores obreros, liberales a clases medias y los conservadores a las viejas oligarquías.

Los cambios económicos de inicios del siglo XX se debieron en gran medida a la fertilidad de la Pampa, pues favoreció la producción agrícola, y a la introducción del ferrocarril, especialmente la de trigo que se vio beneficiada; Inglaterra, principal socio comercial de Argentina, incrementó sus inversiones en el territorio, la mayoría destinadas a la apertura de nuevas rutas de ferroviarias. La crianza de ganado también se consolidó gracias a las condiciones de la Pampa y con la presencia, desde finales del siglo XIX, de compañías frigoríficas de origen extranjero, especialmente inglesas y norteamericanas. La producción de ganado vacuno comenzó a ser un negocio rentable, pero la falta de tecnología era un gran obstáculo para competir con otros países productores. En este terreno, las compañías norteamericanas de refrigeración fueron determinantes para el desarrollo de la industria

política y seguridad interna. Orígenes y fortalecimiento del poder militar en Argentina (1853-1943), UAM-Otto Editore- Università Degli Studi di Torino-Porrúa, México, 2ª edición, 2003, p.44

cárnica; sin embargo, el éxito de la producción estuvo condicionado al flujo de inversiones foráneas.

Pese al crecimiento económico, la inestabilidad social se incrementaba. Tan sólo entre 1907 y 1910 se registraron alrededor de 785 huelgas que amenazaban no solo la producción y exportación de las materias primas, también la gobernabilidad política. Ante estas circunstancias, la prensa y algunos grupos políticos señalaron a los extranjeros como culpables de la inconformidad social, las manifestaciones obreras alimentaron un sentimiento de miedo y rechazo a la participación política de sectores populares, pues se corría el riesgo de caer en «manos extranjeras». Manuel Gálvez expresaba que:

Los inmigrantes vienen al país con un mero propósito de lucro. Son gentes hambrientas, desmoralizadas, que tienen la superstición del dinero. Son todos ellos campesinos, miserables glebarios en quienes la herencia de incultura y de barbarie y la rudeza del trabajo han suprimido toda capacidad ética⁹⁴.

El deterioro de la vida y de la convivencia, así como la tensión cada vez más aguda por los constantes conflictos sociales, condujeron a las elites a posicionarse en torno a dos posturas: por un lado, se encontraban los conciliadores que buscaban resolver el problema mediante la creación de las reformas necesarias para responder a las demandas sociales; por el otro, estaban aquellos que clamaba el uso de la fuerza estatal para reprimir las protestas de los inconformes.

Era claro que tanto la migración como el progreso económico demandaban la remodelación de la sociedad argentina, pues el ingreso de capitales y de grandes contingentes de extranjeros provocó cambios en la estructura social, económica y política. La integración y asimilación de los nuevos sectores fue un reto para las viejas clases, especialmente para la oligarquía. En efecto, durante el centenario de la Revolución de Mayo y ante una sociedad en metamorfosis, diversos intelectuales realizaron un diagnóstico crítico acerca de la situación nacional, para algunos dio cuenta de una «sociedad enferma».

⁹⁴ Terán, Oscar, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, Argentina, 2009, p. 166

[Entonces] se dibujó en la conciencia de la elite la imagen de unas masas torvas y oscuras, desligadas de todo vínculo, peligrosas, que acechaban en las sombras y que estaban empezando a invadir los *ámbitos* hasta entonces reservados a los hijos de la patria.

Ante esta problemática, las elites encontraron en «la nacionalidad: la solución [a los males]». Es decir, se subraya “la propia raigambre criolla, argentinizar a esa masa extraña y a la vez disciplinarla»⁹⁵. Al respecto, Andrés Kozel destaca lo siguiente:

A los ojos de Villafañe de fines de los años diez, entre los principales problemas argentinos se cuentan la falta de obras de irrigación, la persistencia del latifundio, la ausencia de créditos para los pequeños agricultores, la falta de orientación práctica de la educación, la tuberculosis, el paludismo crónico, la indiferencia y el egoísmo de los ricos (en particular de los ricos porteños), el crecimiento desproporcionado de la ciudad de Buenos Aires, la relajación de los vínculos de la nacionalidad, las perspectivas de una guerra social...⁹⁶

Es decir, para un intelectual conservador como Benjamín Villafañe era necesario revitalizar a una sociedad que, de a poco, se iba desdibujando en medio de la pesada estructura social e institucional que no le permitía avanzar. Sin embargo, dentro de otros círculos intelectuales aún se confiaba en la capacidad de la nación para cumplir con su destino. Muestra de ello es la visión de José Ingenieros, que en opinión de Oscar Terán:

[...] coincide con una plena confianza en el futuro de grandeza de la Argentina, ampliamente difundida en casi todos los sectores. Esta confianza se apoyaba en el formidable crecimiento económico, que colocaba al país entre los primeros del mundo, hasta el punto de que entonces se hablaba del “milagro argentino” y en Europa se decía “rico como argentino”.

Fiel al mito de grandeza argentina, Ingenieros considera que también en este aspecto el país ha sellado un pacto con el destino, ya que la feracidad del medio

⁹⁵ Luis Alberto Romero, *Op. Cit.*, p. 29

⁹⁶ Andrés Kozel, *Op Cit.*, p. 126

nacional posibilita una enorme producción de bienes agropecuarios, a los que se le añadirán en poco tiempo los provenientes de una industria todavía incipiente.

[En consecuencia] tendría lugar una confluencia virtuosa de esos diversos factores [tanto políticos como económicos], todos los cuales, según la perspectiva de Ingenieros, auguran para la Argentina un destino de potencia imperialista. [...] el imperialismo imaginado por Ingenieros se caracteriza por un expansionismo esencialmente pacífico y difusor de la civilización. Es decir, que también en este aspecto nuestro país sería un caso excepcional. [...] La Argentina puede entonces aspirar a un liderazgo semejante al estadounidense en este sector del continente⁹⁷.

Por aquellos años, mientras los intelectuales debatían en torno al futuro argentino, Roque Sáenz Peña se postuló y ganó la contienda electoral de 1910. Este se presentaba como la opción que podría implementar las reformas que el país necesitaba, sin llegar a los extremos revolucionarios. En 1912 el Congreso sancionó la denominada Ley Sáenz Peña, la cual estipulaba el voto secreto y obligatorio únicamente para varones, así como la representación minoritaria del partido que obtuviera el segundo lugar en la votación.

Esta ley abrió las puertas de la competencia democrática a sectores antes marginados, pero fue ampliamente cuestionada por la oligarquía, generando tensión entre ella y la población. No obstante, sirvió para responsabilizar a la apertura democrática del fracaso nacional, pues ante una sociedad en constante reacomodo y la incapacidad de las élites para destrabar los conflictos y construir acuerdos, una parte de esta se permitirá culpar a agentes externos por contaminar «el buen funcionamiento social» con ideas foráneas en demanda de mejores condiciones de vida. Esta opinión cobraría fuerza cuando Hipólito Yrigoyen fue elegido presidente mediante el voto universal, secreto y obligatorio.⁹⁸

Sin embargo, la frustración y el temor ante la inestabilidad social y económica eran sentimientos que contribuían a fortalecer, en distintos sectores sociales, el rechazo por los «otros», quienes representaban un obstáculo para el cumplimiento de las aspiraciones

⁹⁷ Oscar Terán, *Historia de las ideas en la Argentina*, p. 152-153

⁹⁸ No obstante, el panorama para el gobierno era optimista, pues como resultado de esta experiencia «la reforma política pacífica, que llegaba a buen término, se sustentaba en la profunda transformación de la economía y la sociedad. A lo largo de cuatro décadas, y aprovechando una asociación con Inglaterra que era vista como mutuamente beneficiosa, el país había crecido de modo espectacular, multiplicando su riqueza». Luis Alberto Romero, *Op. Cit.*, p. 15

argentinas de grandeza, por estar en contra de los valores que definían al ser nacional. Por esta razón, algunos intelectuales como Leopoldo Lugones:

[Se] embarcaron en campañas que glorificaban –por igual y estridentemente- a la nación y al ejército, mientras con igual ímpetu denunciaban al liberalismo. Transcurridos otros veinte años, la derecha argentina comenzaba a desarrollar la doctrina de la “guerra contrarrevolucionaria” que habría de librar en los años setenta; esta cosmovisión proponía, siguiendo a Jordán Bruno Genta, “la unidad de doctrina, sobre todo en las Fuerzas Armadas. Y esa unidad sólo puede ser lograda volviendo a los principios católicos, romanos e hispánicos que son el fundamento de la Nación; los mismos del Occidente cristiano”⁹⁹.

Era muy pronto para predecir que la inestabilidad política y social sería una constante en la historia argentina. Lo que podía vislumbrarse era la ausencia de un proyecto que renovara, desde sus entrañas, la economía, la producción y la sociedad, pues a pesar de ser el país «más europeo» de América Latina, su sitio en el sistema mundial era el de cualquier país primario exportador del continente. Sin embargo, para diversos de la época, la dependencia hacia los capitales extranjeros, el deficiente sistema institucional, la falta de integración social, en general, los problemas del país, fueron responsabilizados a la migración y las ideas extranjeras.

Para 1920, Joaquín V. González declaraba que «el partido revolucionario y conspirador, el cual, adueñado del gobierno en 1916, sólo ha manifestado tendencias regresivas, ha renovado los peores vicios de los tiempos anteriores, y amenaza destruir todo el legado de civilización y cultura que la actual generación ha recibido»¹⁰⁰. Se responsabilizaba al gobierno de Yrigoyen de generar una situación que en lugar de conducir al país a mejores realidades lo sumía en el caos.

Los grupos intelectuales de derecha comenzaron a coincidir en la crítica y rechazo a la movilización social y a la democracia liberal como medio para establecer orden en una

⁹⁹ David Rock, «Antecedentes de la derecha argentina», en: Rock, David, Sandra Ma. Gee Deutsch, et. Al., *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, Ediciones Buenos Aires S.A., Buenos Aires, 2005, p. 63

¹⁰⁰ Citado en Óscar Terán, *Historia de las ideas en la Argentina*, p. 194

sociedad que cada día clamaba por soluciones más radicales¹⁰¹. En opinión de Kozel, el pensamiento de Lucas Ayarragaray ilustra la crítica hacia el sistema democrático y sus consecuencias:

[Es] una condena matizada de los trastornos políticos y sociales derivados de la Revolución Francesa como una patologización, también abemolada, de los “legisladores de gabinete”, esos “vislumbradores de repúblicas ideales y perfectas” que con sus quimeras no hacen otra cosa que exaltar la imaginación de las masas, dando lugar así a la incubación de “fermentos de socialismo”¹⁰².

Este tipo de posturas generaron la creación de la Liga Patriótica Argentina, la cual puede ser entendida como una iniciativa paramilitar ante la falta de capacidad del gobierno para mantener el orden y una respuesta de las élites ante el miedo que sentía hacia las organizaciones obreras con sus «ideologías foráneas», así como los efectos que estas podrían tener en el territorio argentino.

Tal circunstancia explica por qué los sectores intelectuales conservadores alentaban ideas que se inclinaban por las salidas poco democráticas. Por ejemplo, Lugones «pese a su simpatía hacia [Marcelo T.] Alvear, no cejó en su diatriba contra la democracia y comenzó a ver en el ejército, liderado a la sazón por Agustín P. Justo, la solución a la cuestión del predominio mayoritario»¹⁰³. Efectivamente, durante la segunda presidencia de Yrigoyen (1928-1930), las tensiones dentro de la sociedad argentina se incrementaron. El nivel de conflictividad política y social aumentó, generando incertidumbre en una población que

¹⁰¹ Las condiciones internacionales pusieron a prueba la capacidad de las instituciones argentinas para sostener el crecimiento que había experimentado el país a finales del siglo XIX y durante las primeras décadas del XX. Sin embargo, para consolidar aquel protagonismo se requería de estructuras económicas e instituciones firmes que crearan un ambiente estable, pues ante la incertidumbre de la guerra, la sociedad argentina se cerró en una actitud intolerante. Ejemplo de esto es lo que destaca Óscar Terán a propósito de Leopoldo Lugones: «[...] la radicalización derechista del pensamiento de Lugones se conecta con la situación económico-social de esos años de la Gran Guerra, caracterizada en la Argentina por una crisis de inusitada severidad, que implicó un descenso notorio del salario real y un altísimo porcentaje de desocupación, calculado entre el 12 y 19 por ciento. Esta situación se combinaba con una mayor permisibilidad por parte del gobierno radical hacia el movimiento obrero, de manera que la conflictividad social creció y se expresó en numerosas huelgas y movilizaciones». Óscar Terán también refiere que el momento más álgido de las movilizaciones obreras «se alcanzó en la llamada Semana Trágica en enero de 1919, con un importante saldo de obreros muertos por la represión.» Óscar Terán, *Historia de las ideas en la Argentina*, p. 223

¹⁰² Andrés Kozel, *Op. Cit.*, p. 7

¹⁰³ *Ibíd.*, p. 65

cuestionaba la efectividad de la democracia como medio para dirigir un país. En opinión de Terán:

[...] todavía cuando Yrigoyen volvía plebiscitado a la presidencia de la República en 1928, el país competía exitosamente en diversos indicadores con las naciones más desarrolladas del mundo. En los dos años siguientes, la crisis económica mundial y el golpe de Uriburu conmoverán hasta los tuétanos a una sociedad que veía abruptamente cancelado su pacto con un destino en el que había leído las señales de un progreso indefinido¹⁰⁴.

Argentina se encontraba en una encrucijada, por un lado, el curso económico seguido hasta 1930, aunque con sus contradicciones, se había interpretado como el medio a través del cual el país lograría consolidarse como una potencia internacional, aunque sea desempeñando el papel de proveedor de materias primas de las naciones más industrializadas. Por otro lado, como ya fue señalado, el proceso social demostraba la debilidad del sistema político e institucional, agitado por las movilizaciones de trabajadores urbanos, las cuales comenzaron a ser un factor determinante para el fortalecimiento de las luchas sindicales, situación que fue considerada por los empresarios y oligarquía como una de las principales causas del atraso argentino. Fundamentado en esta realidad, Lucas Ayarragaray decía:

[...] la Argentina se transforma y marcha hacia destinos que ignoramos, pero que presumimos grandiosos. Empero, lo mismo se va al progreso que a la decadencia, porque las evoluciones en los pueblos nuevos son precipitadas y confusas... Nuestro amorfismo democrático esta igualmente propenso a la barbarización y a la civilización, y en conglomerado semejante, fácilmente penetra la suspicacia vulgar¹⁰⁵.

Por consiguiente, los inmigrantes, antes vistos como pieza clave para el desarrollo y fortalecimiento nacional, ahora eran percibidos como una amenaza para la estabilidad política, económica y social, no sólo por las ideologías que introducían, sino por su desarraigo

¹⁰⁴ Citado por Óscar Terán, *Historia de las ideas en la Argentina*, p. 226

¹⁰⁵ Lucas Ayarragaray citado en: Andrés Kozel, *Op. Cit.*, p. 37-38

cultural, su falta de amor hacia la patria y desinterés por el país. Los posicionamientos de Lugones describen esta visión con sus temores:

Aquí los “extranjeros” frecuentemente sin tener en cuenta su pasado, contaminaban la “esencia nacional” y corrompían la tradición del país: “permítanos limpiar el país de toda esa escoria llorona que son los extranjeros fracasados”, pedía Leopoldo Lugones. “Nuestras prisiones –agregaba- están repletas de extranjeros... mendigos, quienes abandonan o explotan a los niños, traficantes de droga, comerciantes de pornografía, alcohólicos, vagabundos, agitadores profesionales: todos extranjeros”¹⁰⁶.

Por lo tanto, de ser una reforma progresista, la Ley Sáenz Peña pasó a ser la responsable de abrir las puertas del juego político a la población inexperta y «cívicamente analfabeta»¹⁰⁷, la cual dañaba las bases de la gobernabilidad del país. En este sentido, el advenimiento del gobierno de Yrigoyen era visto como la consecuencia del voto ignorante de las masas. Como lo reseña Kozel:

[...] el advenimiento del radicalismo debería interpretarse como un producto de los errores y del desgaste natural de los gobiernos que lo precedieron, así como también del impulso ciego de las muchedumbres acicateadas por la ley electoral del presidente Sáenz Peña, patriótica pero prematura, dado el “analfabetismo cívico” de las masas criollas mestizas y de los derivados de la inmigración cosmopolita¹⁰⁸.

Consecuencia de la «irresponsabilidad política reformista», la crisis fue, para sectores conservadores, «un brusco despertar de un sueño de grandeza que parecía haberle estado garantizado por una especie de pacto con Dios o con el destino»¹⁰⁹, las condiciones que

¹⁰⁶ Leopoldo Lugones, citado en: David Rock, *Op. Cit.*, p. 38

¹⁰⁷ «El Estado moderno, en su concepción liberal, le otorgó carácter igualitario al concepto de especie humana, expresando la necesidad de la burguesía, en aquel momento, para disputar el poder con la nobleza. Así, la figura del “ciudadano” instaló la imagen del otro como “igual” y su pertenencia social al grupo global de la especie humana, lo cual se constituyó en una cuestión subjetivamente peligrosa, dada su posibilidad de utilización como sustento de los procesos de autonomización de las relaciones sociales». Daniel Feierstein, *El genocidio como practica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, p. 217

¹⁰⁸ Andrés Kozel, *Op. Cit.*, p. 39

¹⁰⁹ Óscar Terán, *Historia de las ideas en la Argentina*, p. 228

alimentaban las expectativas nacionales habían cambiado radicalmente, tanto la desarmonizada integración económica y social con las nuevas clases sociales, como el nuevo sistema democrático habían redefinido el rumbo del país. Para José Manuel Estrada el pensamiento liberal era responsable de esta condición:

[pues] con su delirio igualitarista, con su afán de destruir las sociedades orgánicas y convertirlas en masas desarticuladas, [la apertura democrática] ha arruinado las casas de los pobres, destruido los gremios, desintegrado a las familias, deshecho las pequeñas fortunas y propiedades¹¹⁰.

En medio de esta polarización, el 30 de septiembre de 1930, las FFAA dieron el primer Golpe de Estado del siglo XX en Argentina, poniendo fin al segundo gobierno de Yrigoyen¹¹¹. Probablemente trajo tranquilidad a figuras como Benjamín Villafañe, quien afirmaba que «antes de la “revolución” de septiembre de 1930 había llegado a creer “que los hombres se habían acabado en la República Argentina”»¹¹². Este pensamiento era compartido por amplios sectores de la sociedad, como lo plantea Ricardo Sidicaro:

La Casa Rosada fue invadida por civiles antiyrigoyenistas. Quizá para simbolizar el fin de una época, alguien arrojó desde los balcones del primer piso un busto de mármol blanco de Yrigoyen que se hizo pedazos al chocar contra la vereda. Perón registró la escena en su memoria y contó cómo se le acercó un civil para entregarle un trozo de aquel busto diciéndole: “Tome mi capitán, guárdelo de recuerdo y que mientras la patria tenga soldados como ustedes no entre ningún peludo más en esta casa”¹¹³.

¹¹⁰ Martínez Estrada, citado en: David Rock, *Op. Cit.*, p. 53

¹¹¹ Esta etapa fue encabezada por el general José Félix Uriburu que asumió el poder de 1930 a 1932. El general ejerció una política de mano dura, exilió o encarceló a las personas que percibía como una amenaza para la estabilidad nacional, controló la prensa, violó la autonomía universitaria, entre otras cosas; también reconoció a la Legión Cívica, organización de civiles uniformados y armados con el deber de combatir ideológica y psicológicamente a los enemigos de la nación.

¹¹² Andrés Kozel, *Op. Cit.*, p. 137

¹¹³ Ricardo Sidicaro, *Los nombres del poder: Juan Domingo Perón*, Fondo de Cultura Económica, España, 2007, p. 14

Las declaraciones y las acciones que se registraron durante la toma militar del poder, reafirmaban la legitimidad social con que se recibía el Golpe de Estado. Juan Donoso Cortés, filósofo citado constantemente por la derecha argentina, sostenía: «Cuando la legalidad puede salvar a la sociedad, mantener la legalidad; cuando no se puede, abrazar la dictadura [con el fin de mantener el orden establecido]»¹¹⁴.

Los peligros que representaban la apertura democrática y el fin de la fantasía modernizadora se sumaban a la ruptura social ocasionada por los constantes conflictos obrero-patronales. En efecto, a la primera aventura democrática argentina le sucedió la denominada «Década Infame»¹¹⁵. A partir de este momento la dinámica política y social sería encabezada por las FFAA, legitimada por sectores temerosos de las consecuencias que la apertura democrática trajo consigo. Tal circunstancia explica por qué:

[...] la crisis del 30 activará la participación de los intelectuales. Con una actividad que se parece a todo menos a una parálisis [...], desde diversos sectores del arco ideológico se enunciaron mensajes que cuajaron en el ensayo del tema nacional. Allí [...] se trataba de responder al origen de una crisis que había aniquilado el pacto con el destino que la Argentina había creído sostener hasta entonces¹¹⁶.

Por lo tanto, 1930 simbolizó «un quiebre, ya no sólo económico, sino también ligado a esa dimensión crucial que concierne a la dirección política, intelectual y moral de la sociedad y a la que no es posible dejar de articular estrechamente con el problema de la legitimidad de la dominación»¹¹⁷. Es decir, 1930 fue un cuestionamiento a la pérdida de raíces sobre las que, hasta ese momento, se había desenvuelto la nación.

Por lo tanto, la frustración acumulada fomentó en la visión de algunos sectores la idea del golpe de estado como única salida confiable ante la corrupción de las masas. Para las élites «el problema no estaba ni en la Constitución ni en la democracia, sino [...] en el carácter

¹¹⁴ Juan Donoso Cortés, citado en: David Rock, *Op. Cit.* p. 42-43

¹¹⁵ Óscar Terán caracteriza este periodo de la siguiente manera: «La infamia de la Década Infame residiría en la práctica sistemática del fraude electoral, la corrupción instalada en esferas estatales, la desocupación que siguió a la crisis económica mundial desatada en 1929, que algunos estimaron hasta en el 28 por ciento». Óscar Terán, *Historia de las ideas en la Argentina*, p. 229

¹¹⁶ Terán, Oscar, *De utopías catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, Argentina, 2006, p. 80-81

¹¹⁷ Andrés Kozel, *Op. Cit.*, p. XI-XII

inferior de la vida política argentina, vinculado, [...], con la índole bastarda de la estructura demográfica nacional»¹¹⁸. Lo que se buscaba, entonces, era «el establecimiento de un nuevo sistema de certezas que sustituyera al anterior»¹¹⁹, que lograra rescatar al país de la sensación de naufragio y restableciera el orden deseado. Sólo a través de la intervención castrense las promesas de grandeza podrían realizarse.

Por lo tanto, a partir de 1930, se abrió un nuevo ciclo en la historia argentina¹²⁰. En palabras de Ricardo Sidicaro, «1930 adquirió una dimensión mítica: fin de la edad de oro económica según unos, interrupción del progreso institucional según otros; para todos, pérdida de rumbos y de objetivos de un país que suponían llamado a destinos mejores»¹²¹.

Después del fracaso democrático, el saldo final para algunos intelectuales argentinos fue que el proyecto liberal generó el rompimiento de las bases culturales de este país, es decir denostó los valores oligárquicos y cristiano-occidentales, considerados fundamento de la sociedad.

Según un autor argentino, “la democracia liberal... ha destruido la solidaridad social y exaltado el individualismo aislado, el tipo moderno desarraigado; el habitante de las grandes ciudades, egoísta, ateo, negativo... con la revolución liberal surgió el ciudadano desprovisto de todo, el perpetuo trepador, avaro, dominado por sus ambiciones desmedidas, indócil”. [...], el liberalismo había desmantelado la sociedad “natural” basada en la persona y en las viejas corporaciones y, en cambio, había dado origen a la “deshumanización del hombre”¹²².

¹¹⁸ *Ibíd.*, p. 41

¹¹⁹ *Ibíd.*, p. 42

¹²⁰ Como destaca José Luis Romero, en ese momento «la situación se hizo crítica hacia 1930, fecha que constituye un hito en la historia política de muchos países latinoamericanos. Por entonces llegaron al poder Trujillo en Santo Domingo, Somoza en Nicaragua y Ubico en Guatemala; en Colombia llegaron al poder los liberales, con Olaya Herrera, tanto en Argentina triunfó la revolución conservadora presidida por Uriburo; Bolivia vio el fin del régimen de Siles —al que reemplazó Salamanca—; el Perú, el de Leguía —sustituido por Sánchez Cerro—; y poco después Cuba el de Machado, reemplazado por una junta que entregó el poder a Grau San Martín; en Brasil surgió el régimen de Vargas; en el Uruguay dio Terra un golpe dictatorial; se desató la crisis política en Chile, de la que saldría una efímera república socialista primero y la vuelta al poder de Alessandri; estalló la guerra civil en Ecuador; y finalmente se incendió entre Paraguay y Bolivia la guerra del Chaco». [José Luis Romero,] *Situaciones e ideologías en América Latina*, Editorial Universidad de Antioquia, Colombia, 2001, p. 388

¹²¹ Ricardo Sidicaro, citado en: Andrés Kozel, *Op. Cit.*, p. XII

¹²² Citado en: David Rock, *Op. Cit.*, p. 34-35

De esta manera, la culpa fue repartida entre los migrantes y el sistema democrático, pero no se cuestionaron las bases económicas, políticas e ideológicas sobre las cuales se había construido la ilusión de grandeza y liderazgo internacional al que estaría llamado este país.

La era peronista: «Cuando la Argentina era una fiesta»

El periodo conocido como Década Infame llegó a su fin con el golpe de estado del 4 de junio de 1943, evento que marcó el inicio de la denominada Revolución de 1943¹²³. En la medida en que los militares que encabezaron «la Revolución del 43» se consolidaron en el poder, se gestó dentro de las propias instituciones de Estado un movimiento que marcaría profundamente la historia argentina: el peronismo. La figura del coronel Juan Domingo Perón tomó relevancia dentro de la administración y, sobre todo, aglutinó en torno a él un movimiento social que le permitirá proyectarse nacionalmente como el líder capaz de resolver los problemas del país.

Primero desde el Ministerio de Trabajo y luego como vicepresidente del país, Perón logró redefinir la relación del Estado con los trabajadores, creó la imagen de un Estado, que se personificaba en él mismo, «receptivo a las demandas de los trabajadores, pues su mejor y más eficaz propaganda es su concreta acción reivindicativa de la justicia social hacia los más *carenciados* y marginados sobrellevando la dignificación cierta de todos los trabajadores»¹²⁴.

El proyecto peronista buscaba fundar un nuevo orden bajo el esquema denominado «comunidad organizada»¹²⁵, el cual establecería la representación orgánica de los actores económicos y sociales ante el Estado. Pero no sólo se pretendía articular un sistema de integración económica y política, lo que en realidad se planteaba era la construcción de una nueva nacionalidad, de una nueva Argentina, por ello:

¹²³ Puso fin a la dinámica instaurada durante la Década Infame, la cual tenía como principal característica, además de recurrir constantemente al fraude electoral, una alianza cívico-militar para el desarrollo de una política conservadora, pero económicamente liberal. La Revolución del 43 buscó integrar una economía de estado.

¹²⁴ Guillermo E. D'Arino Aringoli, *Op. Cit.*, p. 79-80 Cursivas mías.

¹²⁵ «[...] el Estado debía vincularse con cada uno de los sectores de la sociedad, que era considerada como una comunidad y no como la suma de sus individuos, y aspiraba a que cada uno de ellos se organizara y constituyera una representación corporativa». Luis Alberto Romero, *Op. Cit.*, p. 111

[Perón conectó] a las masas de procedencia europea recientemente arribadas, con el destino final del país, creando una corriente de fuerte nacionalismo popular. El vitalismo del nuevo régimen emitió un repertorio de simbologías unificadoras y de artefactos de consumo masivo que cumplieron una eficaz función en tanto que máquinas de normalización cultural. En el reformismo peronista había también elementos que remitían al origen de Argentina en tanto sociedad de frontera y tierra de promisión: estímulo a la iniciativa individual, respeto a la propiedad privada, incentivo al consumo de masas, consagración del mito argentino como tierra de la abundancia. Los 10 años de Perón crearon, finalmente, una arquitectura social en la que se integraba lo viejo y lo nuevo¹²⁶.

Lo nuevo del régimen se expresaba en los esfuerzos de industrialización nacional reflejado en las mejoras materiales, mientras lo viejo se asilaba en el sistema político, impregnado de las prácticas clientelares, así como la personalización del poder y la exclusión de posturas políticas disidentes. Ejemplo del mantenimiento de prácticas fuertemente arraigadas en el sistema político argentino fue:

[...] que el gobierno consensuado por la mayoría no dejó de apelar a la coerción, violando libertades cívicas de los opositores mediante la censura, la obligación de adhesión política de los funcionarios públicos, el control de los medios de difusión y aun el encarcelamiento de opositores. El peronismo manifestó así su voluntad monocrática, donde toda disidencia debía ser eliminada para obtener un apoyo con tendencias unanimistas¹²⁷.

La forma en la que el peronismo hizo suya la política generó discordia entre diversos grupos sociales en Argentina, algunos por temor a las políticas de justicia social y otros por rechazo a la figura de Perón asociada con el fascismo. Intelectuales, militares, estudiantes y clérigos, comunistas, liberales y conservadores, se opusieron rotundamente a su proyecto. A modo de ejemplo, una postura estigmatizadora es la de Juan José Sebreli: «La consagración de Perón y Evita, ese poder mágico, ese mana, esa influencia sagrada, no es un poder propio de sus

¹²⁶ Alejandro García, *La crisis argentina: 1966-1976. Notas y documentos sobre una época de violencia política*, Editum Ediciones de la Universidad de Murcia, 1994, p. 14

¹²⁷ Óscar Terán, *Historia de las ideas en la Argentina*, p. 260

personas, sino un poder social que les es conferido por el propio pueblo: los adoradores se arrodillan delante de la imagen de su propio poder colectivo»¹²⁸.

Bajo esta lectura, podría entenderse que el peronismo no fue la construcción de un hombre, sino el cauce de la fuerza social contenida por décadas en una sociedad caracterizada por la cerrazón de una oligarquía tradicional y conservadora. Es decir, el peronismo fue el producto de las frustraciones que por largo tiempo acumularon las masas. Por lo tanto, se puede entender como «[un] movimiento político [que] no es simplemente una manifestación de miseria y dolor; su existencia se caracteriza por una convicción, común a muchos, que articula una solución política de la miseria y un diagnóstico político de sus causas»¹²⁹.

A pesar de que Perón consolidó una base de apoyo popular, sabía que no era suficiente, necesitaba contar con la aceptación de las FFAA y de la Iglesia. Logró sumar a su proyecto a sectores conservadores mediante la idea de ser el único líder capaz de contener el malestar social y evitar una revolución. El miedo al caos fue lo que le aseguró al coronel algunas simpatías, no a su proyecto o a su persona, sino por el control sobre las masas y la desactivación de una aparente revolución social.

En este sentido, el peronismo logró desmovilizar a los obreros organizados¹³⁰, pues se convirtió «en un sistema de control extremo sobre la clase obrera, la cual ocupaba una posición subordinada y dependiente en el movimiento»¹³¹. Por lo tanto, al movilizar a los trabajadores en función de las necesidades del gobierno peronista, se desactivó a uno de los sectores históricamente más combativos y en el cual la élite veía una amenaza a los valores y las buenas costumbres de la sociedad argentina.

Hábilmente, Perón apelaba a los temores y a las necesidades de cada sector, con el objetivo de mantener las condiciones que favorecían a su proyecto. A los militares les hablaba

¹²⁸ Juan José Sebreli, *Eva Perón ¿Aventurera o militante?*, Editorial la Pleyade, Buenos Aires, p. 84

¹²⁹ Gareth Stedman Jones, citado en: Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires Argentina, 2ª edición, 2010, p. 27

¹³⁰ Lo que Daniel James considera un intento de desmovilización pasiva, pues «gran parte de los esfuerzos del Estado peronista desde 1946 pueden ser vistos como un intento por institucionalizar y controlar el desafío herético que había desencadenado en el periodo inicial y por absorber esa actitud desafiante en el seno de una nueva ortodoxia patrocinada por el Estado». El discurso peronista reflejó constantemente «su preocupación por los peligros de las “masas desorganizadas” y en la situación peronista ideal los sindicatos debían actuar en gran medida como instrumentos del Estado para movilizar y controlar a los trabajadores». *Ibidem*, p. 51

¹³¹ David Rock, «Supervivencia y restauración del peronismo», en: Rock, David (Comp.), *Argentina en el siglo veinte. Economía y desarrollo político desde la élite conservadora a Perón-Perón*, Lenguaje Claro Editora, San Isidro, 2009, p. 231

de los peligros de la posguerra, el desorden social y la necesidad de consolidar un Estado fortalecido que interviniera en la economía y en la sociedad. Con los empresarios enfatizaba el peligro que representaban las masas obreras desorganizadas, así como la presencia del comunismo. A los obreros les reitera su espíritu anticapitalista y su reivindicación de la justicia social¹³².

Los sectores vulnerables que no formaban parte de un gremio organizado, fueron cooptados a través de la labor que realizó Eva Duarte de Perón, esposa del coronel. La actividad de la Fundación Eva Perón se dirigió a obras sociales de gran magnitud: «creó escuelas, hogares para ancianos o huérfanos y policlínicos; repartió alimentos y regalos navideños; estimuló el turismo y los deportes, a través de campeonatos infantiles o juveniles de dimensión nacional»¹³³.

Eva Duarte se convirtió en parte fundamental del gobierno. Para ella «la naturaleza misma de la mujer [...] es “darse, entregarse por amor, que en esa entrega está su gloria, su salvación y eternidad”»¹³⁴. De acuerdo a su propia definición de sacrificio, se instauró como el refugio de los desposeídos, de los marginados y de los trabajadores, convirtiéndose en el estandarte del movimiento. Incluso después de su muerte, «Eva Perón resultaba así la encarnación del Estado benefactor y providente, que a través de la “Dama de la Esperanza” adquiriría una dimensión personal y sensible»¹³⁵. Gracias a ella «por primera vez, los trabajadores exiliados de su propio país hasta entonces, comenzaron a sentirse como en su casa, en las fábricas, donde debía ser respetados por el patrón, en la calle y hasta en la administración pública»¹³⁶.

Paradójicamente, el matrimonio Perón-Duarte logró sintetizar la composición de la sociedad argentina: «Perón, [...], tenía un pasado convencionalmente burgués, como militar, profesor y funcionario público. Por eso fue necesaria, para completar el mito, la figura de Eva Duarte, con su oscuro pasado, con su triste infancia de pueblo marcada como hija natural, con su aventurera juventud de actriz de ínfima categoría en teatros de suburbio o radio»¹³⁷.

¹³² Luis Alberto Romero, *Op. Cit.*, p. 100

¹³³ *Ibíd.*, p. 110-111

¹³⁴ La razón de mi vida, citado en: Juan José Sebreli, *Los deseos imaginarios del peronismo*, Penguin Random House Grupo Editorial, Argentina, 2013, p. 69

¹³⁵ Luis Alberto Romero, *Op. Cit.*, p. 111

¹³⁶ Juan José Sebreli, *Eva Perón ¿Aventurera o militante?*, p. 70

¹³⁷ Sebreli, Juan José, *Los deseos imaginarios del peronismo*, p. 67

Esta fórmula de personalidades, habilidades y carisma consiguió generar el movimiento con mayor arraigo social en Argentina, pero también una de las más profundas y dolorosas rupturas en la sociedad.

En consecuencia, uno de los resentimientos de las élites hacía el peronismo se puede encontrar en la unión de Perón y Eva, pues como destaca Sebreli «parecía que la ironía de la historia hubiera utilizado a esa oscura actriz para humillar a una de las oligarquías más orgullosas y exclusivas del mundo»¹³⁸. Y es que, si desde la reforma democrática, la élite se sintió temerosa de la participación de todos los sectores sociales en la política, la figura de *Evita* confirmaba el ascenso de los desposeídos al poder: «su infancia pobre, sus turbulentos primeros años, los fracasos y las humillaciones que debió sufrir hacen de ella una figura ideal para representar a la resentida social»¹³⁹.

Situación que enfatizó en el imaginario de algunos sectores conservadores la amenaza que significaba el empoderamiento de una masa cívicamente analfabeta, para una sociedad que denostaba a la «hija natural en un país y en una época en donde los apellidos eran sagrados, provinciana en una gran capital, pobre en un país de ricos, y finalmente mujer en una sociedad hecha por hombres y para hombres»¹⁴⁰. Eva Duarte era para la élite la materialización de los fantasmas que se construyeron desde que la reforma democrática permitió la participación política de los sectores marginados.

No obstante, para otros sectores, con Perón, Argentina vivía una aparente segunda edad de oro, lo cual facilitó que tanto la sociedad como el país se peronizaran rápidamente. La educación, el deporte, la cultura, la política, la economía, no hubo actividad en Argentina que no fuese desarrollada bajo el manto del peronismo. Sin embargo, como sostiene Félix Luna, «el sistema peronista habría de basarse necesariamente en las condiciones de abundancia, alto consumo, plena ocupación y gruesos saldos exportables. Cuando este contexto no tuvo posibilidades de prolongarse, se resquebrajó, la política de Perón se tornó sinuosa, contradictoria y bruta, aplastada por una realidad más poderosa que su optimismo»¹⁴¹. En consecuencia, el peronismo:

¹³⁸ Sebreli, Juan José, *Eva Perón ¿Aventurera o militante?*, p. 15

¹³⁹ *Ibíd.*, p. 15

¹⁴⁰ *Ibíd.*, p. 15

¹⁴¹ Félix Luna, *La Argentina de Perón a Lanusse 1943/1973*, Editorial Planeta, 1972, p. 38

[...] cayó no tanto porque eligió estar del lado de los trabajadores, sino porque su política de “armonía de clases” bajo control del Estado fracasó al intentar eliminar una situación dinámica de creciente conflicto de clases. Su principal deficiencia, [...], fue que carecía de flexibilidad estructural. [...] Pero quizá la lección más importante del periodo peronista es que la retórica y la fuerza unificadora la ideología resultaron ser menos eficaces en la obtención de lealtades políticas que la cuestión de la ubicación del superávit económico”¹⁴².

Cuando la caída de Perón era inevitable, los opositores al gobierno comenzaron «los festejos y las represalias contra el vencido peronismo: brindis entre amigos y compañeros de trabajo, marchas con banderas de estudiantes *vivando* a la libertad, cánticos en las calles, citas en las plazas, cafés y restaurantes donde muchas veces “invitaba la casa”», también existieron demostraciones violentas contra el peronismo: «asaltos a locales partidarios peronistas y sedes sindicales, incendios y saqueos de casas de dirigentes y amigos del régimen, deconstrucción de bustos, imágenes y placas de Perón y Evita»¹⁴³.

Tal violencia surgía del rechazo de los sectores de derecha opositores a los basamentos que posibilitaron el advenimiento del peronismo: el problema de la decadencia nacional de inicios de siglo que permitió que la sobre politización de las masas y su incapacidad para ejercer con responsabilidad sus derechos políticos, todo lo cual las vuelve sucesibles de caer en la demagogia. En opinión de estos grupos, ello incluía el arco liberal y algunos miembros notorios del Partido Socialista, los cuales, con su tolerancia y políticas de inclusión contribuyeron a crear un fenómeno político inexistente. Como lo explicara Oscar Terán, «se considera que el peronismo ha sido un fenómeno artificial inducido por la demagogia de un líder que ejercida sobre masas ingenuas o ignorantes, y que por ende desaparecerá cuando esas mismas masas despierten del engaño»¹⁴⁴.

Bajo esta visión el peronismo representaba una deficiencia institucional y social, pues, afirma Martínez Estrada, al no haberse abordado tal problemática nacional y social íntegramente en sus inicios, permitió el surgimiento de gobiernos demagógicos. Sin embargo,

¹⁴² David Rock, *Argentina en el siglo veinte. Economía y desarrollo político desde la élite conservadora a Perón-Perón*, p. 233-234

¹⁴³ María Estela Spinelli, *De antiperonistas a peronistas revolucionarios. Las clases medias en el centro de la crisis política argentina (1955-1973)*, Sudamericana, 2013, p. 20 Cursivas mías.

¹⁴⁴ Terán, Oscar, «Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980», en: *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Coord. Oscar Terán, Siglo XXI, p. 70

reconocía que con el justicialismo «los sectores populares habían cobrado conciencia de la injusticia social a la que habían sido sometidos por las clases dominantes»¹⁴⁵. Bajo esta última lectura, el peronismo podía interpretarse como un llamado de atención tanto para las élites como para las clases populares, en el sentido que posibilitaría cobrar conciencia del papel que jugaban en la construcción del destino nacional.

No obstante, para otros, la caída del peronismo entrañaba una profecía negativa para el país. En opinión de Mario Amadeo, «la etapa que acababa de cerrarse [es] análoga a una “guerra perdida”». A su juicio, la sociedad se encontraba «peligrosamente escindida que alberga en sus entrañas una guerra civil larvada, y pronta a estallar a menos que se adopte una política que forje la unidad compacta de toda la nación», por lo que sostenía que «esa política no puede ser otra que la de asimilar a la masa peronista “crispada y resentida”»¹⁴⁶. En este sentido, la necesidad de salvar el país y recuperar una visión conjunta como nación, capaz de avanzar en la restitución del destino nacional, entrañaba la imperiosa necesidad de impulsar una operación política de reestructuración cultural por medio de instaurar un gobierno autoritario.

¹⁴⁵ *Ibíd.*, p. 71

¹⁴⁶ *Ibíd.*, p. 71

3. Proceso de Reorganización Nacional: restitución de la grandeza argentina

Tras años en el exilio, el 20 de junio de 1973 Juan Domingo Perón pisó el territorio argentino. Durante las casi dos décadas que estuvo fuera del país, los sectores que lo llevaron al exilio y los que esperaban su regreso se fundieron en una creciente dinámica de confrontación y violencia política, coadyuvando a la desintegración de la comunidad política nacional. La inestabilidad se profundizó cuando dentro del propio movimiento peronista se desencadenó el enfrentamiento entre las distintas fracciones, sobre todo tras la muerte del dirigente el 1 de julio de 1974. Como lo señala Marina Franco: «sin el liderazgo de Perón y en el enervado clima político, el frágil equilibrio se resquebrajó rápidamente a favor de los sectores más a la derecha del peronismo y de la explosión extrema de la violencia política»¹⁴⁷. En este escenario, se profundizaron ansiedades, angustias y sentimientos negativos como los de miedo, anarquía, naufragio y frustración nacional.

En efecto, Estela Martínez de Perón asumiría el gobierno de un país sumido en el desconcierto. Políticamente el peronismo se había debilitado al tiempo que las Fuerzas Armadas (FFAA) adquirirían mayor protagonismo en el gobierno en la medida que los niveles de violencia política se incrementaban rápidamente. Con tan agudo contexto, el gobierno peronista dejó de ser una alternativa viable para mantener la estabilidad nacional.

[La] muerte del líder en junio de 1974 y la sucesión de su esposa –señala Oscar Terán– implicaron el ingreso en la recta final de la lucha por la hegemonía en el interior del movimiento peronista y un despliegue superior en la represión, dentro de un creciente vacío de poder y sus consecuentes efectos de ingobernabilidad, exasperados por una salvaje pugna corporativa¹⁴⁸.

Ante este panorama, la sociedad consideró necesaria la intervención del ejército. En opinión del citado Terán, «[la] crisis de autoridad y la presencia cotidiana de la violencia fueron

¹⁴⁷ Miranda Franco, *Un enemigo para la nación: orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2012, p. 113

¹⁴⁸ Oscar Terán, *De utopías, catástrofes y esperanzas: un camino intelectual*, p. 200

condiciones de posibilidad para que muchos sectores de la sociedad recibieran con una mezcla de alivio, temores y expectativas el nuevo golpe de Estado del 24 de marzo de 1976»¹⁴⁹. Esta percepción de la realidad propició el distanciamiento de algunos sectores sociales de las ideas enarboladas por el peronismo, que años atrás habían puesto en entredicho el sistema de valores tradicional¹⁵⁰. La contradicción entre el sistema de valores que el peronismo representaba y el defendido por las FFAA reavivó los viejos temores así como un estado de ansiedad en los grupos conservadores, en la medida que la movilización callejera, protesta obrera y violencia política era identificaba como parte «[de] un ultraje moral y cívico, una prueba del atraso y la carencia de virtudes cívicas de los trabajadores argentinos»¹⁵¹, sobre todo si había logrado influenciar a otros sectores sociales.

Pese a que el golpe de estado había sido empleado como medida de contención del conflicto social a lo largo del siglo, la lectura de los militares sería distinta a las experiencias intervencionistas anteriores. En esta ocasión se planteaban la necesidad de encabezar una guerra interna en defensa «de la identidad nacional», pues el país corría el riesgo de desaparecer a manos de elementos que alteraban el orden establecido. La reconstrucción de la sociedad, por lo tanto, fue presentada como única alternativa para retomar el rumbo del destino perdido; y considerando que los militares se sentían representantes y defensores de sus valores nacionales, no debería extrañar «[que asumieran] el disciplinamiento de la sociedad, para modelarla a [su] imagen y semejanza»¹⁵².

Para consolidar su objetivo de regeneración, las FFAA encontraban los márgenes de legitimidad en su actuar en los resquicios de sus mitos fundacionales, los cuales daban cuenta de los principios bajo los cuales la sociedad argentina debería regirse. En opinión de Oscar Terán, el aire renovador de las FFAA estaba integrado:

¹⁴⁹ *Ibíd.*, p. 200

¹⁵⁰ La fobia al sistema de valores peronista radicaba, principalmente, en la incorporación de estándares inconcebibles para los sectores conservadores, pues como destaca Daniel James (p.37) «tomaba la conciencia, los hábitos, los estilos de vida y los valores de la clase trabajadora tales como los encontraba y afirmaba su suficiencia y validez. Glorificaba lo cotidiano y lo común como base suficiente para la rápida consecución de una sociedad justa». Esta contradicción definió la estigmatización del peronismo como el detonador del caos.

¹⁵¹ Daniel James, *Op. Cit.*, p, 25

¹⁵² Pilar Calveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Colihue, Buenos Aires, 2004, p. 11

[...] con viejas piezas del catolicismo integrista y antimodernista, en tiempos de anticomunismo macartista, y animado por un impulso de cruzada religiosa. Los mensajes que emanaban de esta concepción genérica constituyeron una discursividad nacionalista (referida a la esencialidad del “ser nacional”), autoritaria, antiliberal, heterofóbica y familiarista¹⁵³.

Situadas en un contexto de latente conflicto social, donde distintos sectores comenzaron a trasgredir las jerarquías que se habían tratado de reimplantar luego del exilio de Perón, las FFAA asumieron como un deber ineludible la intervención en el orden político. Pese a la existencia de opiniones disidentes e incluso amotinamientos en algunos batallones, la disciplina, el orden, la jerarquía, y la autoridad eran valores irrenunciables de acuerdo con la visión jerárquica del orden institucional y social que tenían. Además de dotarlas de identidad –que posibilita unidad y acción corporativa–, la apelación a estos tópicos demostraba la eficacia y legitimidad de su sistema de valores. Como explica Pilar Calveiro:

La institución en su conjunto fue capaz de reflejar en sus propias filas corrientes atomizadas pero que aceptaban, por vía de la disciplina y la jerarquía, una unidad institucional y una subordinación al sector dominante, según el proyecto en turno. Las corrientes internas pudieron articularse y encontrar consistencia por la identificación con el interés corporativo y por la existencia de una red de lealtades e influencias que sostiene la estructura [...]. Este rasgo fue de primera importancia en el marco de una nación en que las clases dominantes no habían logrado forjar una alianza estable y los partidos políticos atravesaban una profunda crisis de representación frente a una sociedad compleja y ambivalente¹⁵⁴.

Por ello, cuando percibieron que la sociedad había extraviado dicha escala de valores, así como la incapacidad de los gobiernos civiles para devolverle el destino histórico a la nación, decidieron actuar de manera contundente para recuperar «la historicidad nacional perdida» a través del saneamiento del «enfermo» cuerpo social.

¹⁵³ Oscar Terán, *De utopías, catástrofes y esperanzas: un camino intelectual*, p. 201

¹⁵⁴ Pilar Calveiro, *Op. Cit.*, p. 8-9

Las FFAA asumieron su intervención como un deber dictado por su propia historia y demandado –a juicio de ellas– por la sociedad. En opinión de Benito Reynaldo Bignone: «nunca un general se levantó una mañana y dijo “vamos a descabezar a un gobierno”. Los golpes de Estado son otra cosa, son algo que viene de la sociedad, que va de ella al Ejército, y éste nunca hizo más que responder a ese pedido»¹⁵⁵. Con estas palabras Bignone argumentaba la legitimidad del accionar de las instituciones armadas y las dotaba de la autoridad moral para realizar las acciones represivas cometidas durante 1976-1982.

Sin embargo, la apreciación que tenían de sí mismas de ser defensa y encarnación de los valores fundamentales del sistema social (como es el orden), se contradecía con la realidad. En opinión de Hugo Vezzetti:

[...] las Fuerzas Armadas habían sido parte activa de la larga crisis política y estaban por lo tanto impregnadas de los mismos factores de desorden y facciosidad que dominaban la escena colectiva. Que en esas condiciones pudieran encarnar la reserva del orden y la autoridad, según una tradición que se remontaba, en un linaje fantástico, a Roca y los mitos sanmartinianos muestran el peso de una construcción imaginaria de la escena política y social¹⁵⁶.

Pese a que las FFAA se consideraban la reserva moral y valórica de la «identidad nacional», también participaban del caos y el desorden que intentaban erradicar. Pero gracias a la construcción de un discurso histórico, pudieron posicionarse en el imaginario social como la única institución capaz de salvar al «ser nacional». Efectivamente, la violencia armada incrementada a partir del regreso de Perón, fue uno de los argumentos principales de los grupos conservadores para solicitar y legitimar la intervención de los militares; pues, con la aparición de los grupos armados de izquierda, parecía exacerbarse la idea de una creciente radicalidad de las clases populares, lo cual, inevitablemente, alimentaba el temor de las élites al peronismo y su retorno. Como relata Oscar Terán,

¹⁵⁵ *Ibíd.*, p. 9-10

¹⁵⁶ Hugo Vezzetti, *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Siglo XXI Editores, Argentina, 2003, p. 59

[...] no debe ser omitida la circunstancia de que este accionar insurgente resultó exitoso hasta 1973, coagulando y desencadenando energías movilizadoras provenientes de la sociedad civil. Liberó discursos libertarios y desafiantes del orden político, social, económico y simbólico establecido, y este desafío se fusionó con el ascenso de demandas y movilizaciones obreras y populares. Se realizaban de tal modo las peores prevenciones del bloque dominante, al par que se alimentaba en su seno un sentimiento de amenaza, odio y venganza¹⁵⁷.

Por consiguiente, un clima de incertidumbre, se apoderó tanto de las élites, clases medias como de importantes sectores populares, quienes estaban a la expectativa del desenlace del conflicto político creciente. Ante este creciente estado de tensión política e incertidumbre social, las FFAA asumieron como un deber realizar una profunda intervención al interior de la sociedad. Lo cual derivó en uno de los ejercicios de disciplinamiento político más emblemáticos de América Latina debido a su impacto en los derechos humanos y consecuencias sociales en el largo plazo.

La dictadura dará los golpes finales sobre fuerzas política y militarmente diezmadas, y a través del terrorismo de Estado extenderá con inusitada crueldad una represión de redisciplinamiento social y cultural destinada a desterrar los elementos a su entender disolventes que en un clima de radicalización política e innovación cultural habían emergido desde la década de 1960 (...) Precisamente por su metodología estos crímenes seguirán resonando entre nosotros hasta un futuro impredecible, dado que los desaparecidos realizan la figura temida y arcaica de los muertos sin sepultura que genera efectos disolventes y de sinsentido sobre el entramado ético de la entera sociedad¹⁵⁸.

Es importante aclarar que estas condiciones no se crearon a partir del regreso de Perón a su país ni por el surgimiento de los grupos guerrilleros. Más bien hay que sumarlas a un estado de ánimo social signado por una creciente desilusión sembrada desde el inicio del siglo XX. El tercer gobierno de Perón y la exacerbación del enfrentamiento social, político y armado

¹⁵⁷ Oscar Terán, *De utopías, catástrofes y esperanzas: un camino intelectual*, p. 200

¹⁵⁸ *Ibíd.*, pp.201- 203

fueron elementos que alimentaron los temores en diversos sectores e incrementaron las angustias de una sociedad golpeada por la inestabilidad y la violencia.

Ansiedades de la desilusión¹⁵⁹

Argentina dio la bienvenida al siglo XX con grandes expectativas de crecimiento económico. De un lado el Estado lograba consolidarse, por el otro, la época de abundancia parecía extenderse indefinidamente. Por lo mismo, la sociedad y los círculos intelectuales y económicos confiaban en que el futuro era promisorio y estable.

Sin embargo, los flujos migratorios, el sistema democrático y la dependencia primaria exportadora pusieron a prueba estas expectativas. A pesar de que antes de la primera guerra mundial Argentina era comparada con las naciones «más civilizadas», este país no logró consolidarse como potencia mundial. Este hecho, a la larga, activó la generación de sentimientos negativos sobre las perspectivas del país, en particular cuando un profundo sentido de desilusión se apoderó de importantes sectores intelectuales y políticos. Estos comenzaron a legitimar respuestas políticas autoritarias para enfrentar a grupos considerados responsables tanto de la creciente inestabilidad social como de la pérdida de la historicidad del país que conducía, finalmente, a la deriva del destino de esta nación.

En este sentido, el siglo XX representó para Argentina el despertar de un sueño de abundancia a una realidad donde el sistema internacional se acomodaba peligrosamente, comprometiendo las expectativas de grandeza nacional. La fragilidad económica y social que padecía el país fue evidenciada con la debilidad del Estado y sus instituciones, y tras experimentar los impredecibles efectos de la democracia a lo largo del siglo pasado, el golpe de estado de 1976 y, en consecuencia, el PRN, representaron la posibilidad para que los sectores conservadores impulsaran un proyecto capaz de restituir las bases que abrían transformado al país en una potencia. Hablamos de los valores y bienes culturales extraviados durante el siglo XX y que dan forma a la esencia e identidad nacional: orden social, jerarquía, disciplina, amor por la patria, tradición, catolicidad, unidad nacional.

¹⁵⁹ Retomo la noción de ansiedad como eje explicativo del trabajo de Ariel Rodríguez Kuri «El lado oscuro de la Luna», en: Erika Pani (Coord.), *Conservadurismos y derechas en la historia de México*, Tomo II, FCE-Conaculta, México, 2009, 512-552 p.

Amplios sectores de las élites, las FFAA y la sociedad¹⁶⁰ vieron en el PRN la oportunidad de desechar los elementos que habrían generado la pérdida de rumbo del país. Consideraban que la decadencia experimentada inicialmente era consecuencia del extravío de su esencia e identidad durante el ajetreo ideológico y económico que representó el periodo de entreguerras; pues la lucha ideológica, cultural y bélica que se vivió durante ese periodo (1914-1945) habría posibilitado el derrumbe del proyecto liberal civilizatorio decimonónico argentino. Por lo tanto, si se quería el reencuentro con dicho destino, era indispensable restituir los valores que habían caracterizado a la Argentina de la grandeza y prosperidad.

Por las razones esgrimidas, el golpe del 24 de marzo de 1976 fue percibido como un momento trascendental: «[el de] la refundación del espíritu argentino»¹⁶¹. En efecto, después de vivir en una inestabilidad política constante desde 1916, diversos actores sociales¹⁶² estaban en busca de elementos que pudieran no sólo recuperar el orden perdido, también rescatar en el imaginario colectivo aquel sentimiento de grandeza experimentado por el país a finales del siglo XIX. Por ello, «la Junta militar de 1976 se sentía destinada a emular el milagro económico del siglo anterior, a restablecer la paz en el país y convertir otra vez la nación argentina en sierva de Dios»¹⁶³.

Para las FFAA –pero también sectores civiles liberales como conservadores– la oportunidad de refundar Argentina sólo podía realizarse a través de una transformación cultural profunda, iniciativa que implicaba no sólo la reconfiguración de las relaciones

¹⁶⁰ Como destaca Oscar Terán, la aceptación del golpe de estado por algunos sectores sociales estuvo condicionada a «la crisis de autoridad y la presencia cotidiana de la violencia [pues] fueron condiciones de posibilidad para que muchos sectores de la sociedad recibieran con una mezcla de alivio, temores y expectativas el nuevo golpe de Estado». Oscar Terán, *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*, p. 200

¹⁶¹ 3 meses antes del golpe de estado, el 24 de diciembre de 1975, durante la campaña antsubversiva del Ejército en Tucumán, el Comandante General Jorge Rafael Videla dio un discurso que destacaba su deber histórico de resguardar a la Nación de los intereses que jugaban en su contra. El discurso era un ultimátum al gobierno de Isabel Martínez de Perón: «El Ejército Argentino, con el justo derecho que le concede la cuota de sangre generosamente derramada por sus generosos hijos héroes y mártires, reclama con angustia, pero también con firmeza una inmediata toma de conciencia para definir posiciones. La inmoralidad y corrupción deben ser adecuadamente sancionadas. La especulación política, económica e ideológica deben dejar de ser medios utilizados por grupos de aventureros para lograr sus fines. El orden y la seguridad de los argentinos deben vencer el desorden y la inseguridad. (...) Así, sólo así, la República toda recobrará su fe y el espíritu nacional que hasta no hace mucho la había caracterizado». Citado en: Alberto Dearriba, *El Golpe*, Editorial Altamira, Buenos Aires, 2006, p. 161

¹⁶² El golpe militar de 1976 no sólo fue bien recibido por grupos conservadores, incluso grupos de la izquierda creyeron que contribuiría a generar las condiciones adecuadas para impulsar un cambio profundo en el país, pues la política militar haría más evidente la crisis del sistema.

¹⁶³ Antonius Robben, *Pegar donde más duele. Violencia política y trauma social en Argentina*, Anthropos, Barcelona, España, 2008, p. 211

sociales, fundamentalmente significaba recuperar los valores e imaginarios tradicionales. Pues a su entender, luego sesenta años de desgobierno causado por la irrupción de las masas y de la demagogia en la escena política, el PRN proponía la instauración de un régimen que suprimiera el caos social y todas aquellas ideologías y prácticas disruptivas de los valores considerados nacionales¹⁶⁴, siendo su objetivo primordial reeducar moralmente a la sociedad.

Esta restauración del orden requería legitimar la estancia de los militares en el gobierno, lo cual, desde la lógica militar, era posible gracias a que las FFAA encarnarían la «identidad nacional». Efectivamente, de acuerdo con la idiosincrasia militar, estas se consideraban el fundamento original de la nación, por lo tanto, no sólo tenían el deber de preservar la identidad de la nación, también el conducir al país por su «destino histórico». Según Antonius Robben:

Los militares se sentían con el derecho y la obligación de reorganizar el país a voluntad en tanto que habían estado presentes desde el mismo nacimiento de la nación: no había sido el pueblo sino ellos, quienes habían liberado a Argentina de España durante la Guerra de Independencia. También había sido la obra del Ejército la conquista de las pampas de la Patagonia tras la guerra intestina librada en la década de 1870 contra la población indígena, lo que permitió cimentar la economía del país en la exportación de productos agrícolas¹⁶⁵.

Para los militares, el retorno del peronismo al gobierno en 1973 fue la confirmación de la incapacidad de la sociedad civil para dirigir sus propios destinos. La democracia fue considerada un arma de doble filo, pues si se dejaba en manos de las masas susceptibles a la demagogia, podría condenar al país a un naufragio permanente. Y no sólo ellos, autores como García Venturini planteaban que la democracia era el eje articulador de la decadencia argentina, pero no era el sistema político en sí mismo, sino su articulación masiva¹⁶⁶.

En este sentido, el *Proceso* suponía la oportunidad para desmasificar la democracia por medio de la atomización y la transformación de los vínculos de la sociedad, de tal manera

¹⁶⁴ Vicente Martín, «Los intelectuales liberal-conservadores argentinos y la última dictadura. El caso del grupo Azcuénaga», *KAIROS. Revista de Temas Sociales*. Publicación de la Universidad Nacional de San Luí, Año 16, no. 2, mayo de 2012 URL: <http://www.revistakairos.org> p. 44

¹⁶⁵ Robben, Antonius, *Op. Cit.*, Barcelona, España, 2008, p. 210

¹⁶⁶ Vicente Martín, *Op. Cit.*, p. 82

que se integrara a los grupos sociales de forma orgánica y jerarquizada, eliminando cualquier forma de organización autónoma. Esta operación incluía el construir un blindaje ideológico que impidiera la filtración de ideas demagógicas y populistas en el gobierno y la sociedad.

Para los intelectuales de tradición liberal-conservadora la democracia podía entenderse como «el ideal más permanente y su realidad, sin embargo, es una historia de frustraciones»¹⁶⁷. Todas aquellas frustraciones eran resumidas en el peronismo, debido a su interés por masificar la participación política durante este periodo. Según estos intelectuales, la situación era doblemente peligrosa para la nación, pues, por un lado, la demagogia y el populismo habían contaminado las prácticas democráticas; por el otro, el caos social y la debilidad de los gobiernos hacían de Argentina un terreno fértil para que las ideas subversivas germinaran¹⁶⁸, desatando así las condiciones de posibilidad para una posible guerra interna que pondría en peligro a la nación y su esencialidad.

En este sentido, la defensa de Argentina fue interpretada tanto la salvaguardia de los valores nacionales (familia, jerarquía, orden social, propiedad, etc.) como occidentales (democracia, libertad, estado de derecho, cristiandad, etc.). Por ello, única manera para salir victoriosos de este enfrentamiento era que una minoría selecta asumiera la responsabilidad de ejercer un dominio intelectual, moral y político que permitiera a la sociedad «reencontrarse con su verdadero ser».

Estas ideas configuraron y legitimaron el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 e incentivaron que las medidas adoptadas por el gobierno militar fueran extremadamente violentas. Por esta razón, «la Dictadura encaró un proyecto integral de desaparición sistemática de símbolos, discursos, imágenes y tradiciones mediante un complejo entramado institucional de represión y control [social, político, económico y cultural]»¹⁶⁹. En efecto, el aparato con el que se apoyó la Junta Militar para reestablecer el orden social, posibilitó la

¹⁶⁷ Massuh, Víctor (1955), «Restitución de la verdad», citado en: Vicente Matín, *Op. Cit.*, p. 83-84

¹⁶⁸ En palabras del Jorge Rafael Videla, «Entendemos por subversión el intento de trastruque de nuestros valores esenciales, inspirados en nuestra tradición histórica y concepción cristiana del mundo y del hombre». Citado en Robben, Antonius, *Op. Cit.*, p. 220

¹⁶⁹ Ignacio Moretti, «Opúsculo de una noche eterna. El campo intelectual de izquierda bajo el Proceso de Reorganización Nacional (marzo 1976- marzo 1982)», en: Pensar. Epistemología y ciencias sociales, p. 7 <http://www.revistapensar.org/index.php/pensar/article/view/49>

institucionalización del terror como herramienta indispensable¹⁷⁰, pues su objetivo sólo podría conseguirse a través de la plena obediencia a los objetivos y planes del PRN. Por ello:

[...] el miedo fue diseminado para producir y vigilar la identificación de la población con una serie de subjetividades inscriptas en el discurso del régimen que interpelaban “al público”, a la “familia argentina”, “al ciudadano común”, “al vecino” a asistir al gobierno en su defensa de los valores occidentales y cristianos y a cooperar y asistir activamente en la guerra contra la subversión¹⁷¹.

Es decir, el terror no sólo constituyó un dispositivo de destrucción, control y monitoreo sobre la sociedad, fundamentalmente fue una estrategia de reorganización global de las relaciones social. Por ello

[...] no resulta suficiente para los fines genocidas eliminar materialmente (aniquilar) a aquellos cuerpos que manifiestan dichas relaciones, sino que aparece como tan o más importante clausurar los tipos de relaciones sociales que éstos encarnaban (o amenazan encarnar) para generar otros modos de articulación social entre los hombres [...]; en definitiva, *reorganizando* las relaciones sociales¹⁷².

En efecto, la maquinaria de terror que implementó la dictadura no sólo se valió del uso de la tortura física, la afectación psicológica y social que tuvo la desaparición sistemática de personas estuvo dirigida a erradicar las ideas contrarias al sistema de valores nacional. Al mismo tiempo, permitía advertir a la sociedad que no habría ningún límite en el cumplimiento de este objetivo. Como lo plantea Hugo Vezzetti, «si se piensa en las consecuencias de la

¹⁷⁰ Cabe señalar que el diseño institucional que la Junta Militar estableció, buscó mantener el equilibrio de poder entre las 3 fuerzas y mantener un control total del gobierno: « la militarización de la administración con distribución equitativa y dispersa de cargos entre los oficiales activos de las tres fuerzas (le correspondían dos ministerios a cada fuerza –salvo los de Economía y Educación, asignados a civiles- y cada uno nombró funcionarios subalternos en los ministerios encabezados por las otras; igual criterio se aplicó en los canales de televisión, las radios, los sindicatos, las obras sociales y las empresas públicas, en tanto la mitad de las gobernaciones quedó para el Ejército y el resto se dividió entre la Armada y la Aeronáutica), y la intervención de la Junta en todos los asuntos que considerara fundamentales y en la aprobación de la legislación, utilizando la regla de unanimidad». Marcos Novaro, *Historia de Argentina 1955-2010*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2010p. 149-150,

¹⁷¹ María Mercedes Barros, «El silencio bajo la última dictadura militar en la Argentina», en: *Pensamiento Plural* (sitio web), p. 4 <http://pensamentoplural.ufpel.edu.br/edicoes/05/04.pdf>

¹⁷² Daniel Feierstein, *Op. Cit.*, p. 238

desaparición sobre allegados, familiares y vecinos, no puede desconocerse el propósito de vencer toda resistencia e imponer ampliamente su dominación sobre una sociedad paralizada por el miedo»; sin embargo, es importante destacar que, si bien la sociedad se encontraba temerosa de las repercusiones de la subversión, la acción represiva de las FFAA se posibilitó gracias al miedo que también tenían los militares. «[...]el objetivo de escarmentar drásticamente a una sociedad que se había mostrado extensamente permeable a los aires tumultuosos de una “liberación” que aparecía, ante los ojos de un estamento militar formado en la paranoia anticomunista, como la antesala de la revolución social»¹⁷³.

Para que la implementación del terror de estado fuera exitosa, se apoyó en una estrategia mediática, discursiva, económica e ideológica que pretendía reconfigurar el imaginario social y (re) crear un nuevo sistema de relaciones. El objetivo, era reconstituir un orden social orgánico y jerárquico, donde la obediencia a la autoridad y la tradición sería el eje fundamental. Es decir, se trataba de introyectar en el individuo tanto un sistema de creencia como una práctica de autodisciplinamiento, de forma que cada sector asumiera de manera natural un rol determinado al interior del cuerpo social¹⁷⁴. En efecto:

Su implementación estuvo orientada a reproducir –entre los sectores populares– la obediencia a la autoridad y su apego hacía con la noción de orden social manejada por la elite decimonónica local; objetivos a cumplir por medio de la introyección en la población-testigo de una práctica ética o moral de autorregulación, pauta cultural que posibilite el autodisciplinamiento, el respeto y una cultura de autocensura, es decir, que el comportamiento social sea resultado de actitudes arraigadas y automatizadas, “sin resistencia ni crítica” como diría Max Weber¹⁷⁵.

Por consiguiente, cuando la realidad terminó siendo diferente a lo imaginado –es decir, cuando se volvió ominosa la distancia entre la promesa de éxito y la negativa realidad social que vivía por el país a mediados del siglo XX– este escenario alimentó entre las élites y las FFAA la necesidad de restituir las relaciones sociales surgidas con el “pacto social negativo” que dio origen a la Argentina como país. En este sentido, para las FFAA la restitución del

¹⁷³ Hugo Vezzetti, *Op. Cit.*, p. 39

¹⁷⁴ Max Weber, (1996) *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, FCE, México, p. 43 [1922]

¹⁷⁵ Omar Núñez, “*Cuando el destino nos alcance*”. Problemas civilizatorios y del desarrollo en el Chile del siglo XX, Tesis de Maestría, Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM, 2017, p.

horizonte identitario implicaba la expulsión, tanto física como ideológicamente, de los agentes, ideas y valores que habían tergiversado la historicidad y el destino del país.

«Proyecto nacional» y restauración

La esencia del proyecto militar era la reorganización de las relaciones sociales. Bajo este presupuesto, dicha empresa incluía una dimensión ideológica, valórica y cultural. Desde el punto de vista militar, era resultado del desmembrado del sistema de valores nacionales y la penetración de ideas extranjerizantes contradictorias con la esencia del “ser nacional”. Esta visión era compartida por importantes sectores sociales que coadyuvaron en la implementación del PRN. En efecto:

[...] era la primera vez que militares y conservadores librecambistas coincidían enteramente en el diagnóstico y la terapia: debían destruirse las bases del desorden, había que liquidar a la “Argentina maldita”, acabando para siempre con las insolencias de las identidades políticas y sociales de los sectores populares, sus sindicatos, sus servicios sociales y hasta buena parte de las fábricas en las que esa “plaga” tenía su fundamental apoyo. Se trataba en definitiva de refundar el *ethos* de la sociedad¹⁷⁶.

Entre militares, conservadores, liberales y empresarios existió un consenso en la valoración de la situación argentina. «[...] podían no sólo compartir el diagnóstico (la necesidad de eliminar a la guerrilla y ordenar la economía) sino también una receta: un estado de tipo autoritario, un “poder unificador” capaz de reorganizar jerárquicamente a la sociedad argentina»¹⁷⁷. Por lo tanto, el verdadero sentido de la guerra que enfrentaban estaba ligado al establecimiento de un sistema de valores y un sistema cultural que las FFAA definieron.

La subversión no fue la única amenaza al sistema de valores de los que los militares se sentían protectores. Como se señaló, la apertura democrática fue la primera señal de alerta, al constatar las repercusiones de la intromisión de sectores «poco aptos» en la política y en el desarrollo del país. Pero serán el ascenso de Perón y el crecimiento del peronismo los que

¹⁷⁶ Marcos Novaro y Vicente Palermo, *La dictadura militar 1976-1983: del golpe de estado a la restauración democrática*, Paidós, Buenos Aires, 2003, p. 37

¹⁷⁷ Sergio Morresi, «El liberalismo conservador y la ideología del Proceso de Reorganización Nacional», en: *Cuadernos del CISH*, No. 27, primer semestre 2010, p 11 <http://www.scielo.org.ar/pdf/sochis/n27/n27a04.pdf>

representaron, a ojos de las FFAA, la posibilidad de perder por siempre el destino de la nación. En efecto, por este motivo, a partir de 1955¹⁷⁸ los militares se impusieron el objetivo primordial de rescatar la “identidad nacional”, es decir restaurar las bases culturales e ideológicas del país. Sin embargo, para 1976, se plantearon la reconfiguración interna de toda la sociedad como única vía para la salvación del país, pues la amenaza no era entonces un movimiento político o un personaje, el riesgo se encontraba en los vicios morales y en las falsas ideologías que se incrustaron en la mentalidad de las personas. El PRN se erigió en un proyecto que permitía cumplir con la misión histórica de las FFAA, esto es, salvaguardar a la nación.

Desde esta perspectiva, el PRN debe ser entendido como un esfuerzo para reconstruir cultural e ideológicamente la “esencia nacional”, esto es, “la argentinidad”. Esta era una misión casi divina que debían realizar las FFAA y se centraba en la purificación del país. Una limpieza profunda de los vicios detectados y de las desviaciones ideológicas que habían llevado a Argentina hasta una situación de crisis como la vivida en los años setenta. Para ello era indispensable un control total de las instituciones del Estado y de sus herramientas coercitivas, pues se trataba de reeducar por todos los medios a una sociedad que había perdido su verdadera esencialidad.

Por consiguiente, los militares planteaban la restauración de una escala de valores y sistema de creencias perdidos no solo con la masificación de la política, también con los intentos de implementar un proyecto contracultural. Como destaca Antonius Robben, antes que una guerra antisubversiva, la Junta Militar enfrentaba “una guerra cultural”, pues estaban en pugna los valores a través de los cuales la sociedad definiría su identidad. Por lo tanto, los militares asociaron a la subversión con la instauración de un proyecto cultural ajeno a lo auténticamente nacional. Esta asociación entre la subversión y la amenaza cultural, permitirá generar en el discurso y, posteriormente, en el imaginario colectivo la idea de la existencia de “un enemigo de la nación”.

En consecuencia, la urgencia por «rescatar» a Argentina de aquella amenaza, alentó el uso extremo de métodos represivos ligados al control y, sobre todo, la necesidad de una

¹⁷⁸ Año en que las FFAA derrocan el gobierno de Juan Domingo Perón del 16 de septiembre de 1955. A partir del cual se estableció una dictadura militar denominada Revolución Libertadora (1955-1958).

profunda reestructuración ideológica¹⁷⁹. Estos mecanismos de terror estaban dirigidos a toda la población, no solamente a las organizaciones subversivas, pues su objetivo era la reconfiguración de todas las formas de relación social, por lo tanto, se utilizaron todos los elementos disponibles para lograrlo.

La unidad nacional y la recuperación de la “argentinidad”

Para las FFAA, Argentina era un país que debía recuperar un sistema de creencias específico, esto es, la restauración de «[los] valores de la moralidad cristiana, de la tradición nacional y de la dignidad del ser argentino»¹⁸⁰. Todo aquello que se distorsionó con el peronismo y que las ideas de izquierda habían contaminado, debía extirparse de la sociedad. En este sentido, el país necesitaba ser purificado para reencontrarse con su “destino”, y para ello se requería de una ardua lucha en contra de lo que había corrompido la “esencia nacional”. En su lectura, estos objetivos eran posibles de alcanzar dada:

[...] la situación actual que vive el país, esto es el desgobierno, el caos administrativo, la venalidad, pero también la existencia de corrientes de opinión o sentimientos políticos fuertemente arraigados; una clase obrera fuera de cauce, pero organizada y todavía no volcada al marxismo; con una Iglesia alarmada por el proceso pero dispuesta a denunciar cualquier exceso contra la dignidad humana; con un clamor de castigos ejemplarizadores pero en tanto no se afecte al sector al que se pertenece¹⁸¹.

En consecuencia, como parte de su tradición rectora de la vida nacional y con el objetivo específico de restituir a Argentina el lugar que le correspondía, «[la] justificación histórica de la intervención de las FFAA en el proceso nacional radica exclusivamente en que la continuación normal del mismo no ofrece seguridad alguna en cuanto al mantenimiento de la integridad nacional y a la ubicación del país con respecto a su destino de grandeza»¹⁸². Por

¹⁷⁹ Las prácticas genocidas bien pueden ser entendidas como «un intento para quebrar ciertas y determinadas formas de relación social que podríamos caracterizar como “solidarias o “críticas”, transformándolas en heterónomas e individualistas». Daniel Feierstein, *Op. Cit.*, p. 209

¹⁸⁰ Junta Militar, *Documentos básicos y bases políticas de las Fuerzas Armadas para el Proceso de Reorganización Nacional*, Buenos Aires, 1980, p. 13
<http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/documentos/EL000162.pdf>

¹⁸¹ *Ibíd.*, p. 14

¹⁸² *Ibíd.*, p. 14

ello, pese a las adversidades nacionales e internacionales, las FFAA debían cumplir su deber: el salvaguardar la integridad del país y recuperar la identidad nacional.

Desde se perspectiva, la guerra que enfrentaría el país era inevitable y tenía que realizarse sin escatimar esfuerzos. Era un enfrentamiento en el cual las batallas se desarrollarían tanto en la calle, como en el campo, en la escuela y en las fábricas, pero sobre todo en la moral y el pensamiento de los argentinos. Era una cruzada para purificar a la sociedad. La “hora de la Argentina” había llegado y correspondía a las FFAA defender la esencia de la nación. Efectivamente,

Por medio del orden, del trabajo, de la observancia plena de los principios éticos y morales, de la justicia, de la realización integral del hombre, del respeto a sus derechos y dignidad; así la República llegará a la unidad de los argentinos y a la total recuperación del ser nacional, metas irrenunciables para cuya obtención se convoca a un esfuerzo común a los hombres y mujeres, sin exclusiones, que habitan este suelo¹⁸³.

El PRN convocó a todos los argentinos a recuperar su identidad nacional y occidental perdida en medio del caos político y social. Pretendía que en cada uno de los ciudadanos de este país renaciera la «argentinidad», pues consideraba que en ella se hallaban los bienes culturales capaces de conducir a la nación hacia su destino de grandeza; sólo así se podría, además, restaurar el orden, reconstruir el sistema político y establecer un estado fuerte y legítimo. En efecto, para salvar al país, la Junta Militar sostenía que era necesario:

Restituir los valores esenciales que sirven de fundamento a la conducción integral del Estado, enfatizando el sentido de moralidad, idoneidad y eficacia, imprescindibles para reconstruir el contenido y el equilibrio de la Nación, erradicar la subversión y promover el desarrollo económico de la vida nacional basado en el equilibrio y la participación responsable de los distintos sectores a fin de asegurar la posterior instauración de una democracia republicana, representativa y federal, adecuada a la realidad y exigencias de solución y progreso del Pueblo Argentino¹⁸⁴.

¹⁸³ *Ibíd.*, p. 12

¹⁸⁴ *Ibíd.*, p. 13

Era indispensable establecer las condiciones idóneas para que Argentina renaciera y pudiera cumplir con estos propósitos, y no se escatimó en el costo social, humano ni económico para cumplir con ellos. Sin embargo, los mandos militares afirmaron que no sólo la sociedad debía ser normalizada, también el sistema de partidos políticos debía ser saneado, pues, gracias a sus intereses mezquinos, el país había quedado sin una dirigencia política con capacidad de mantener el rumbo de la nación:

[...] “reordenar los partidos políticos para que tengan objetivos nacionales, y no estén al servicio de los sectores, además que sus dirigentes sean elegidos por su idoneidad”. Pero no sólo el sistema de partidos debía ser modificado, también la sociedad debía pasar por un proceso de reestructuración: “es indispensable la reeducación cívica de la población, que siempre actuó en política por sus sentimientos y no por su razón”¹⁸⁵.

Si la batalla política era contra los partidos viciados, la confrontación ideológica –como lo habían sugerido algunos intelectuales de inicios de siglo– implicaba purgar a todos los actores e ideas que habían contribuido a la decadencia del sistema político y cultural. Pues, como se ha señalado, el origen del caos podía encontrarse en el «impulso ciego de las muchedumbres acicateadas por la ley electoral del presidente Sáenz Peña, patriótica pero prematura, dado el “analfabetismo cívico” de las masas criollas mestizas y de los derivados de la inmigración cosmopolita»¹⁸⁶. Por lo tanto, la única solución promovida desde círculos conservadores era que la conducción del país quedara en manos de un grupo *elitario*, apegado al sistema de creencias instituido, pero con capacidad técnica y política para controlar y exterminar del pensamiento social aquellas ideas nocivas para el orden y bienestar nacional.

En este sentido, los análisis de Ariel Rodríguez Kuri sobre lo acaecido en México durante 1968, sirven para retratar la situación vivida en Argentina. Rodríguez Kuri enfatiza el papel movilizador que estimulan los temores y miedos, a este mecanismo subjetivo lo denomina «políticas de ansiedad», Es decir, refiere a las respuestas intransigentes que surgen en contextos vividos como peligrosos u ominosos para ciertos grupos sociales. Es el caso de aquellos temores incubados con las aceleradas transformaciones sociales, los cuales constituyen «una de las condiciones (necesaria, no suficiente) en la formación de una

¹⁸⁵ Imagen: 31/254, expediente 941, fondo A, volumen: 7-22, Archivo Gregorio y Martha Selser

¹⁸⁶ Andrés Kozel, *Op. Cit.*, p. 39

coyuntura conservadora en las sociedades modernas: la ansiedad»¹⁸⁷. En este escenario emerge «en distintos grupos sociales una mirada suspicaz, pero en otras ocasiones francamente condenatoria» de lo que se percibe como diferente, ajeno o amenazante. De esta manera podría explicarse la necesidad de las FFAA y de los sectores conservadores por remover, desde la raíz, las ideas, imaginarios y relaciones sociales construidas por sectores considerados indeseables para la vida política del país.

Por consiguiente, el proyecto de los militares argentinos era ambicioso en sus objetivos estratégicos. Planteaban la reconstrucción de la cultura nacional como la solución de los problemas enfrentados, pues sólo recuperando los valores nacionales y patrios, los argentinos se reencontrarían con su verdadera esencialidad. De esta manera se podía distinguir entre los falsos argentinos y los verdaderos patriotas y hombres libres. Por consiguiente, el enfrentamiento entre la subversión y las FFAA era interpretado como una campaña inevitable, ya que, si Argentina quería recuperar su destino histórico, primero tenía que defender su esencia como nación. Por ello los mandos militares sostenían que «la respuesta militar a una lucha, no deseada por nosotros, pero que, puestos en la alternativa, hemos de darla con toda nuestra fuerza porque está en juego el ser o no ser de la nación»¹⁸⁸. Estas cumplirían su deber sin escatimar el uso de la fuerza, y convocaban a toda la población a realizar los esfuerzos necesarios para lograr la victoria. Justamente, mediante el sacrificio de todos los sectores, Videla y la Junta Militar buscaban la redención de la sociedad:

[...] ustedes [a empresarios] están pagando el precio de los problemas económicos con una merma en sus ganancias, otros lo están pagando con su vida (refiriéndose al plano militar), y otros, los trabajadores de sectores más humildes, lo están pagando con una merma en sus salarios. Creo que ese es el precio para que todos salgamos adelante¹⁸⁹.

Bajo esta perspectiva, el costo que la sociedad debía pagar para ganar esta guerra era alto, pero no se debía escatimar en sacrificios, pues el peligro de la subversión radicaba en su

¹⁸⁷ Ariel Rodríguez Kuri, *Op. Cit.*, p 526

¹⁸⁸ Imagen 36-37/254, expediente 941, fondo A, volumen 7-22, Archivo Gregorio y Martha Selser

¹⁸⁹ Imagen 34/254, expediente 941, fondo A, volumen: 7-22, Archivo Gregorio y Martha Selser

carácter internacional, con capacidad de penetrar en el país, ganar adeptos y alterar los valores nacionales:

La subversión es un problema que tiene una dimensión internacional. Movida por fuentes de poder lejanas geográficamente de nuestro país y que responde a intereses que tratan de implantar un sistema de vida contrario a nuestra concepción nacional y cristiana, buscando desde luego, perturbar este proceso de reorganización nacional, frustrando un reencuentro de la república con sus esencias más tradicionales¹⁹⁰.

Esta apocalíptica visión sobre los males que acechaban a este país explica las destempladas declaraciones de Armando Lambruschini: «el enemigo no sólo son los terroristas, también son enemigos de la república los impacientes, los que ponen por encima del país los intereses de sector, los asustados, los indiferentes”»¹⁹¹. Bajo esta concepción, todos aquellos que estuvieran en contra y aquellos que se mantuvieran al margen del proceso que el país enfrentaba eran enemigos de la causa militar y de la nación misma. Por consiguiente, para terminar con la apatía y la traición, se requería de un cambio de mentalidad. Más bien, de la recuperación de una identidad propia, orgullosa, optimista y ganadora que caracterizaría en sus inicios a la Argentina, sin la cual la sociedad no retomaría sus destinos:

[...] el general Viola modificó el concepto y consideró más adecuado hablar de “una recuperación de la mentalidad argentina, a la que los largos años de desaciertos, frustraciones y fracasos, facilitaron la introducción de elementos negativos como el escepticismo, falta de fe y sensación de derrota, que no son parte de nuestra genuina idiosincrasia, ni de nuestra tradición, ni de nuestra historia”¹⁹².

En consecuencia, era indispensable que los argentinos recuperaran la escala de valores tradicionales (patriotismo, disciplina, religión, familia, etc.), pues solo con ella la nación podía recuperar sus destinos. Por ello el proyecto militar se planteaba como objetivos:

¹⁹⁰ Imagen 41, expediente 941, fondo A, volumen 7-22, Archivo Gregorio y Martha Selser

¹⁹¹ Imagen 45, expediente 941, fondo A, volumen 7-22, Archivo Gregorio y Martha Selser

¹⁹² Imagen 74, expediente 941, fondo A, volumen 7-22, Archivo Gregorio y Martha Selser

[el] recuperar la fe en el país y los argentinos, volver a desarrollar el espíritu creador, tener esperanza y luchar por ella. En suma –afirmó Videla– superar lo que siempre caracterizó al país: una lícita vocación de grandeza, que es la que anima a los pueblos pujantes a llevar a las naciones hacia su verdadero destino. [Pues] el objetivo de fondo es superar los factores causales de los problemas argentinos, restablecer la confianza en el país y su futuro y dar vida a un Proyecto Nacional entendido como destino para la Nación¹⁹³.

El propósito final para del gobierno militar era consolidar «[...] una Argentina renovada, restablecida de conductas enfermas. Una Argentina que no olvide los años en que el destino la señaló para experimentar todos los matices del dolor y el miedo». En este sentido, el proceso social y político vivido se planteaba como una dolorosa lección dentro de su propia historia, para que la sociedad no volviera a apartarse de los valores consagrados. En consecuencia –señalaban los militares– «no deseamos otra Argentina, sino la misma fiel a sus orígenes, a sus glorias, a su pasado, a su cultura occidental y cristiana, a sus esperanzas; pero restablecida, reorganizada, refundada, restaurada»¹⁹⁴. Este planteamiento permite comprender el sentido de las palabras del vicealmirante Lambruschini, cuando señaló que los objetivos de las FFAA eran:

[erradicar] los históricos males profundos que no sólo conspiraron y conspiran contra nuestra grandeza, con nuestro destino, con la posibilidad cierta de felicidad para sus habitantes, sino también para evitar el debilitamiento de los cimientos de una democracia estable, que no necesite intervencionismos salvadores u hombres milagrosos¹⁹⁵.

Efectivamente, los militares aspiraban al fortalecimiento de los valores que habían forjado «la verdadera Argentina» y a consolidar las bases de una democracia corporativa que permitiera la integración organicista de la sociedad, pues, sin la unidad de país, no se podría contrarrestar los efectos perversos de los vicios que habían conducido al país hacia la

¹⁹³ Imagen 206, expediente 941, fondo A, volumen 7-22, Archivo Gregorio y Martha Selser

¹⁹⁴ Imagen 206, expediente 941, fondo A, volumen 7-22, Archivo Gregorio y Martha Selser

¹⁹⁵ Imagen 226, expediente 941, fondo A, volumen 7-22, Archivo Gregorio y Martha Selser

demagogia. Por ello, y poco antes de cumplir dos años en el poder, las FFAA fueron capaces de decretar:

[...] el logro principal alcanzado por el proceso de reorganización nacional en estos 21 meses es que el país está en camino de recuperar su fe, su espíritu creador y su afán de hacer las cosas. Junto a ello debe destacarse la responsabilidad, la madurez y sacrificio con que la inmensa mayoría de los argentinos asumieron el duro trance de poner a la Argentina de pie¹⁹⁶.

Con base en una lectura cuasi religiosa, las FFAA plantearon el PRN como un periodo de redención, en donde cada individuo y sector social debía cumplir con las tareas a las cuales estaba destinado. En este sentido, las acciones cometidas y las medidas implementadas no sólo eran catalogadas como expiaciones necesarias para redimir a una sociedad enferma; también eran clasificadas como actos heroicos, esfuerzos titánicos para que el país pudiera recuperar, por un lado, «el sentido de grandeza que caracterizó permanentemente [al pueblo argentino], incluso desde antes de constituirse como estado»¹⁹⁷, por el otro, el lugar de liderazgo internacional que le correspondería según reza su destino histórico.

La Junta Militar encontró en el Mundial de 1978 uno de los instrumentos para alcanzar estos fines. Mediante una serie de herramientas discursivas y favorecida por el resultado deportivo, la dictadura aprovechó estos elementos para fundamentar en la realidad su proyecto de reestructuración cultural. La añorada grandeza, así como su llamado a formar parte del grupo de potencias mundiales, llegaba de la mano del triunfo deportivo, pues además de exponer la capacidad organizativa y la solvencia para realizar el torneo, una parte de la sociedad terminó por asimilar el discurso de refundación cultural.

¹⁹⁶ Imagen 74, expediente 941, fondo A, volumen 7-22, Archivo Gregorio y Martha Selser

¹⁹⁷ Imagen 224, expediente 941, fondo A, volumen 7-22, Archivo Gregorio y Martha Selser

4. Argentina 78': «*el reencuentro consigo mismo del pueblo argentino*»

Por ello pido a Dios Nuestro Señor que este torneo sea realmente una contribución para afirmar la paz, esa paz que todos deseamos para todo el mundo y para todos los hombres del mundo. Esa paz dentro de cuyo marco el hombre puede realizarse plenamente como persona con dignidad y en libertad en el ámbito de una confrontación deportiva caracterizada por la caballerosidad y la amistad entre los hombres y los pueblos.

Jorge Rafael Videla¹⁹⁸

La estrategia militar pretendía apoderarse de los espacios en los que se pudiera reproducir su mensaje, por esta razón aprovechó todas las oportunidades para recordarle a la población el sentido de la guerra que enfrentaba el país. El fútbol fue uno de los escenarios que dotó al régimen de la posibilidad de acercarse a una actividad que cuenta con amplio reconocimiento social. Por lo tanto, el Mundial de Fútbol de 1978 le otorgó al gobierno un margen de maniobra en el que intentó transmitir su visión de «la Nueva Argentina».

La oportunidad de abonar la idea de la unidad y la grandeza nacional fue brindada por el deporte. Pues, si en un primer momento el discurso oficial se articuló a través de la subversión y sus peligros, gracias al Mundial de Argentina 78 se aportarían elementos tangibles del éxito nacional a una sociedad urgida de alegrías. Era la muestra de que las tragedias comenzarían a ser meras anécdotas de los tiempos de decadencia.

Pese a las declaraciones oficiales, en las cuales los triunfos mundialistas eran catalogados por el gobierno como evidencia de lo que le esperaba al país, el torneo deportivo representó una oportunidad para impulsar la «Nueva Argentina» con base en recuperar la unidad nacional perdida, en particular, mediante la exaltación de la identidad y sus triunfos. Por lo tanto, la estrategia emprendida por los militares tuvo por objetivo el impactar en el imaginario colectivo nacional, más que lograr revertir la negativa percepción internacional.

¹⁹⁸Discurso de inauguración pronunciado por el entonces presidente de Argentina, Jorge Rafael Videla, *Argentina. EAM 78*, p. 33

Un Mundial para Argentina

El aprovechamiento político de eventos deportivos no era nuevo en el mundo, 1934 y 1936¹⁹⁹ marcaron la referencia para distintos gobiernos a lo largo del siglo XX. En América Latina la actividad deportiva también era atractiva para las aspiraciones políticas de los gobiernos, por ello algunas administraciones han enfocado sus esfuerzos en postularse y lograr la sede de un evento de escala internacional. Desde la primera mitad del siglo, la idea de organizar un torneo de impacto internacional comenzó a ganar voluntades tanto en Argentina como en Brasil. El impulsor del proyecto argentino fue Valentín E. Suárez, quien fuera presidente de la Asociación de Fútbol Argentino (AFA) de 1949 a 1953, se le describía como:

[...] apasionado del fútbol y por su club, Banfield, tenía conocimiento de que en Brasil se estaba gestando una idea similar y convenció al presidente de la Nación para que la Argentina peleara en ese terreno. Era el momento propicio para plantar un nuevo liderazgo político en la región. Y también de hacerse cargo del liderazgo futbolístico que insólitamente no estaba bajo la suela de ninguno de los dos países, aun cuando los argentinos hubieran dominado los torneos regionales disputados en la década de los cuarenta²⁰⁰.

En el imaginario popular aun pesaba la imagen de 1930, donde Uruguay, siendo un país más pequeño y modesto, fue el primero en organizar el Mundial de Fútbol. Con la experiencia uruguaya como antecedente, Argentina y Brasil se postularon para organizar el Mundial de 1948, en esa ocasión los brasileños salieron triunfantes y consiguieron la sede para el torneo que se jugaría dos años después de lo previsto.

Con Brasil como país sede se reanudaron los eventos deportivos (1950), luego de la segunda guerra mundial; el equipo argentino participó, pero su actuación no cumplió con las expectativas que se acumularon durante los años en los que la competición se postergó a causa de la segunda guerra mundial. No obstante, Argentina se destacaría en el terreno institucional, pues, durante el Congreso de la Federación Internacional de Fútbol Asociado

¹⁹⁹ El Mundial de Fútbol organizado en Italia por el gobierno de Benito Mussolini y los Juegos Olímpicos por la Alemania Nazi de Adolfo Hitler.

²⁰⁰ Ricardo Gotta, *Fuimos campeones. La dictadura, el Mundial 78 y el misterio del 6 a 0 a Perú*, Edhasa, Buenos Aires, 2008, p. 21

(FIFA) de 1953, la delegación de este país comenzó a realizar las gestiones que pudieran llevarle a organizar un Mundial.

En las memorias y recopilaciones del Mundial del 78 se asume al Congreso de París de 1953 como un momento clave en el camino hacia el sueño argentino, «ocasión en que el delegado argentino, Antonio Rotilli –asumiendo la representación de su país y del bloque sudamericano- mocionó la modificación de estatuto de la FIFA, en el sentido que los torneos se disputasen alternativamente en cada continente»²⁰¹. Congruente con su propuesta, y al haber otorgado con anterioridad las sedes para los torneos de 1954 y 1958, solicitó para América la organización del Mundial de 1962.

El argumento utilizado por Rotilli explicaba la capacidad administrativa, económica y deportiva que los países americanos tenían para la organización de eventos de esa magnitud:

Expresó que la capacidad administrativa estaba dada porque Sudamérica –por sí- había solucionado el grave problema del éxodo de jugadores a Colombia, problema al que la propia FIFA no le había podido encontrar salida. Exhibía capacidad económica porque el Campeonato Mundial celebrado en Brasil en el año 1950 había arrojado un superávit mayor a todos los campeonatos juntos hasta ese momento disputados. Y poseía capacidad deportiva porque varios estadios sudamericanos [...] eran de solvencia muy superior a la mayoría de los existentes en Europa²⁰².

Bajo esta argumentación, la delegación argentina y las sudamericanas consiguieron que el estatuto se modificara y estableciera que el Mundial no se jugaría de forma consecutiva en el mismo continente. Tres años después la delegación argentina recibía una nueva derrota frente a uno de sus vecinos, la FIFA otorgó a Chile la sede del Mundial de 1962.

Luego de la decisión de la FIFA, la frustración de los argentinos aumentó, pues como destaca Ricardo Gotta, «los argentinos veían pasar los torneos por delante de sus narices. Tres de sus países limítrofes ya lo habían organizado»²⁰³. Las expectativas de la comisión argentina se centraban en el Mundial fechado para 1970. Su contrincante esta vez sería

²⁰¹ Antonio Ubaldo Rattin, Aurelio Bosolino, et. Al., *Redondo, celeste y blanco. El mundial de futbol 1978*, Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 1978, p. 15

²⁰² *Ibíd.*, p. 16

²⁰³ Ricardo Gotta, *Op. Cit.*, p. 23

México, quien disponía de una amplia propuesta incluyendo no sólo la remodelación de estadios, sino también la construcción del Estadio Azteca. Durante el Congreso realizado en Japón en 1964, los votos favorecieron la postulación de México. Frente a este resultado, las delegaciones argentina y mexicana pactaron el apoyo incondicional para que el Mundial de 1978 se otorgara al país conosureño. Para la Asociación de Fútbol Argentino (AFA), poco valieron los argumentos de crecimiento deportivo que experimentaba desde hacía décadas, ni su insistencia a través de los años por ser el país sede del Mundial.

No valió la antigüedad en el deseo de ser sede ni la afiliación a la FIFA, ni el acreditado nivel técnico de fútbol argentino, ni la infraestructura mostrada, ni la popularidad del deporte en estas tierras rioplatenses, ni la cantidad de clubes que lo practican. Sí, “prevalcieron la inestabilidad política y económica de nuestro país”²⁰⁴.

La explicación para el permanente fracaso de la AFA en obtener la organización de un Mundial se remitía a las dificultades políticas que enfrentaba el país desde hacía décadas, las cuales, a pesar de los esfuerzos realizados, opacaban su destacada actuación deportiva a nivel internacional. Sin embargo, dichos esfuerzos finalmente dieron frutos. La designación de Argentina como sede del Mundial de 1978 se realizó el 6 de julio de 1966; paradójicamente, se enmarcó en un momento muy complejo para el país. Unos días antes, el 28 de junio, el gobierno civil de Arturo Illia había sido derrocado mediante un golpe de estado y se instauró una dictadura dirigida por Juan Carlos Onganía, denominada «Revolución Argentina».

El proyecto mundialista: reivindicación del orgullo nacional

Pese a la insistencia de la delegación argentina en la FIFA para que se otorgara un Mundial al país, la prioridad de los gobiernos nacionales no era realizar un evento deportivo. Durante todo el exilio de Perón, la sociedad se había polarizado más y la crisis económica se profundizaba, por lo que no era de importancia para ningún gobierno la organización de un Mundial. Sin embargo, el compromiso no podía aplazarse y desistir de la sede dañaría la imagen internacional del país. Sin muchas alternativas, la tercera administración de Perón,

²⁰⁴ *Ibíd.*, p. 24

primero, y la Junta Militar de 1976, posteriormente, fueron las encargadas de diseñar el proyecto del Mundial Argentina 1978. Cada propuesta fue realizada bajo un cálculo político y económico que favoreciera los intereses del gobierno en turno.

Como señalamos, Perón no era un aficionado al fútbol, pero sí tenía consciencia de lo que podría significar la organización del Mundial. La administración peronista (1973-1976) retomó el decreto realizado por el general Alejandro Agustín Lanusse (1971-1973)²⁰⁵, Dec. 339/73, donde se establecía la creación de un comité organizador del Mundial. El decreto 1464 oficializaba el funcionamiento de la Comisión Nacional de Apoyo del XI Campeonato Mundial de Fútbol 1978, que sería presidida por Pedro Eladio Vázquez²⁰⁶, secretario del deporte.

Debido a la inestabilidad política y, sobre todo, a la inesperada muerte de Perón, la organización del Mundial quedó relegada, casi olvidada, en los planes gubernamentales. Lo que sí perduró del esfuerzo organizativo de estos años fue la elección del emblema oficial, el cual reproducía el saludo peronista: con unos brazos que se extendían para acoger al fútbol y al mundo en Argentina.

De la misma manera, el gobierno militar se instauró sin la intención de organizar el décimo primer Mundial de Fútbol. Según algunos funcionarios de este gobierno, la realización del torneo representaría un desgaste innecesario, pues el país tenía otro tipo de prioridades. Fue la postura del Ministro de Economía, Alfredo Martínez de Hoz, «quien se hallaba preocupado por impulsar un programa de privatizaciones masivas y de reducción del déficit público y [...] sostenía que las obras del torneo generarían un gasto desmedido»²⁰⁷. En efecto, los riesgos que podría generar la organización del Mundial para un país frágil económicamente como lo era Argentina, los advirtió con algunos años de antelación Daniel Panzeri, periodista deportivo que se opuso abiertamente a su realización. Este aseveraba:

[...] todos los orígenes domésticos infantiles de nuestros acostumbramientos a vivir afanándonos a nosotros mismos determinan que queremos hacer el Mundial 78, aún a sabiendas de que nos va a ir muy mal, especialmente si lo ganamos. Porque lo

²⁰⁵ Realizado durante la denominada Revolución Argentina.

²⁰⁶ *Ibíd.*, p. 30

²⁰⁷ Ariel Vicente Berns, *La sombra del Mundial 78*, Instituto Espacio para la Memoria, Buenos Aires, julio 2007, p. 4

vamos a ganar al estilo del Martín Fierro y el Viejo Vizcacha. O de Bairoletto y el Pibe Cabeza, delincuentes comunes con los que ya hemos fabricado el mito de la delincuencia bondadosa, que también apoya el acostumbramiento nacional a afanarnos a nosotros mismos²⁰⁸.

Pese a las voces críticas, el almirante Emilio Eduardo Massera tenía un profundo interés en que Argentina tomara con mayor seriedad la realización del torneo, pues la factura política podría ser favorable a los intereses de la Junta. Justamente, la valoración oficial del Mundial estimaba que su realización sería una «muestra inequívoca de que el país, como Lázaro, se había levantado para transitar, no sin tropiezos, el rumbo correcto»²⁰⁹. Por lo mismo, y sin importar las adversidades económicas o sociales, el torneo debía realizarse a ojos de personas como Massera.

Para este objetivo, en 1976 se creó el Ente Autárquico Mundial 1978 (EAM'78), comité responsable de la organización y que dependía directamente de la Presidencia de la Nación. Junto con ello, el torneo fue declarado un evento de interés nacional. El EAM'78 estableció su compromiso de la siguiente manera:

[...] la misión del EAM'78 es plantear o replantear las actividades relacionadas con el campeonato mundial; coordinar la labor de los distintos organismos; operar como control; supervisar las áreas descentralizadas; suscribir o refrendar convenios; aprobar, proyectar, ejecutar y financiar por cuenta propia o de terceros las obras de infraestructura y la prestación de servicios y realizar toda tarea necesaria para el cumplimiento de su objetivo. Con la creación de este organismo se buscó centralizar la planificación y control de la gestión a la vez que se procuró descentralizar, en lo posible, la ejecución de las tareas. Paralelamente, se puso especial cuidado en los cronogramas para evitar tiempos muertos²¹⁰.

Si el EAM'78 fue responsable de la organización y el desarrollo de la Copa del Mundo, también lo fue para la gestión de los Ministerios y las empresas privadas para la construcción,

²⁰⁸ Gasparini y Ponsico, *El director técnico del Proceso*, El Cid Editor, Argentina, 1983, p. 22

²⁰⁹ Abel Gilbert y Miguel Vitagliano, *El terror y la gloria. La vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial 78*, p. 22

²¹⁰ *Guía de información general de la República Argentina*, Publicación oficial editada por el Ente Autárquico Mundial 1978, Buenos Aires, 1978, p. 31

remodelación y adaptación de instalaciones de estadios, hoteles, comunicaciones y de espacios urbanos. Fue nombrado presidente el general de brigada Antonio Luis Merlo y como vicepresidente Carlos Alberto Lacoste quienes tenían a su cargo los departamentos de Planeamiento y Control de Gestión, Comercialización, Asuntos Especiales, Infraestructura, Economía y Finanzas y Prensa, Promoción y Relaciones Públicas²¹¹.

A pesar de que la AFA era la responsable del Mundial ante la FIFA, ella estaba subordinada al EAM'78 en lo referente a la organización y creación de infraestructura. El Comité Técnico Deportivo, presidido por el doctor Martín Noel, estaba encargado de los aspectos puramente competitivos y administrativos del torneo; además de las tareas de alojamiento y transporte de las delegaciones participantes, de los árbitros y de las autoridades de la FIFA; la organización de la ceremonia inaugural; horario de los partidos; sanidad y control antidoping, sorteo programa y montaje de los espectáculos; organización del congreso de la FIFA; relaciones públicas y designación de enlaces con las delegaciones; diplomas, premios y medallas; designación de campos de entrenamiento y la recepción y distribución de los balones para los partidos²¹². Es decir, quien tenía el control de los asuntos financieros era el EAM'78, organismo que dependía directamente del gobierno militar, mientras los asuntos de logística fueron designados a la AFA.

El criterio para designar a las ciudades sedes fue el desarrollo de la infraestructura²¹³, lo cual se tradujo en nuevas tensiones en el espacio urbano. Por ejemplo, en la ciudad de Buenos Aires -la más importante y representativa a nivel nacional- hubo demolición de barrios y edificios poco favorables para la imagen de «la nación más avanzada de América Latina». Osvaldo Cacciatore²¹⁴, responsable del proyecto, sostenía que «su plan urbanístico era una necesidad exigida por el progreso y que los costos del presente serían amortizados por los beneficios de la modernidad»²¹⁵.

Se diseñó el plan de Erradicación de las Villas de Emergencia, el cual era una estrategia para lograr la «desaparición de la pobreza», no a través de medidas económicas

²¹¹ *Ibíd.*, p. 32

²¹² *Ibíd.*, p. 32

²¹³ La remodelación y construcción de estadios se realizó en 5 entidades. En Buenos Aires se remodelaron y adaptaron las canchas de River Plate y Vélez Sársfield, en Rosario la del club Rosario Central, y en Córdoba, Mar del Plata y Mendoza se diseñaron y edificaron nuevos estadios

²¹⁴ Consultar: <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-88910-2007-07-30.html> 30-06-2017

²¹⁵ Abel Gilbert y Miguel Vitagliano, *Op. Cit.*, p. 68

encaminadas a eliminación de la desigualdad, sino acciones contundentes para borrar, de manera literal, las evidencias de la marginalidad en las ciudades argentinas. Incluso, pocas semanas antes de iniciarse el torneo, se observó como «las topadoras arrasaban las construcciones precarias, a veces acompañados por la policía y otras por las mismas fuerzas del ejército, dejando en claro que la tarea era, por sobre todo, disolver y espantar las marcas de la pobreza “limpiar de pobres” el paisaje urbano y no erradicar las causas estructurales que la hacían posible»²¹⁶.

Otro ejemplo de la visión del gobierno, fue la inversión en el sistema de comunicaciones, mecanismo a través del cual el gobierno militar quiso demostrar el avance tecnológico que la realización del Mundial representó para el país. En 1977, Lacoste anunció que el proyecto emprendido por la EAM'78 y la Empresa Nacional de Telecomunicaciones (Entel) demandó una inversión de 140 millones de dólares²¹⁷.

Se construyeron once flamantes redes de radio enlace, se habilitaron nuevos cables coaxiales, se amplió y se enriqueció el equipamiento de la Estación Terrena Balcarce (para las comunicaciones y las transmisiones de radio y TV por vía de satélites), se aumentó la capacidad del Centro Internacional de Buenos Aires, dotándolo de más líneas telefónicas y de télex para conexiones con el exterior, se instalaron comunicaciones de todo tipo en los estadios, hoteles y Centros de Prensa, se ampliaron y se crearon nuevas centrales telefónicas urbanas o interurbanas²¹⁸.

La novedad del Mundial del 78 fue que por vez primera se transmitiría la señal a color. «El EAM'78 confió la tarea de la televisación de los 38 encuentros a la empresa Argentina'78 Televisora (AR'78 TV)», a la cual se brindó «los equipos más modernos: camiones de exteriores, unidades de audio, vídeo e iluminación destinadas a generar imágenes en color y sonido desde los estadios y un Centro de Producción de Televisión»²¹⁹. La difusión internacional de las imágenes del mundial fue realizada por la Organización de la Televisión Iberoamericana (OTI), la Organización de la Radio y Televisión de Europa del Este (OIRT) y la European Broadcasting Union (EBU). Como explican Pablo Alabarces y Carolina Duek:

²¹⁶ *Ibíd.*, p. 70

²¹⁷ *Guía de información general de la República Argentina*, p. 33

²¹⁸ *Ibíd.*, p. 33

²¹⁹ *Ibíd.*, p. 34

[...] el Mundial de 1978 constituye en su momento en Argentina el mayor despliegue tecnológico y de recursos humanos destinado a un acontecimiento deportivo. [...] Paralelamente a los preparativos formales, el país recibe el mayor equipamiento tecnológico de su historia en lo que a la televisión se refiere. El 19 de mayo de 1978 [...] Jorge Rafael Videla inaugura el Centro de Programas de Televisión en Colores Argentina 78 Televisora S.A.²²⁰.

Sin embargo, el despliegue tecnológico y la inversión que se realizó no tuvieron el efecto esperado. A pesar de que se planteó un proyecto que retribuiría en un futuro toda la inversión y llenaría de satisfacción y orgullo a los argentinos, no tuvo el impacto deseado en términos económicos. Es más, pese a la inversión realizada por el gobierno, la situación socioeconómica del país impidió que un porcentaje significativo pudiera ver los partidos a través de un televisor a color, pues «los usuarios locales aun no contaban con los receptores adecuados, por lo cual las imágenes del Mundial de ese año serían reproducidas en blanco y negro en Argentina y a colores en el resto del mundo»²²¹.

Si bien la importancia de demostrar la capacidad tecnológica tenía por objetivo persuadir a la opinión extranjera sobre la posición internacional de Argentina, la estrategia comunicacional que diseñó Junta Militar incluía el apelar a la «histórica amabilidad del gaucho». Incentivaba a la sociedad a dar la bienvenida a los turistas y a demostrarles cuál era la verdadera esencia del espíritu argentino. La propaganda dirigida a los turistas comenzaba por preguntarse «¿qué han hecho 27 millones de gauchos con semejante caserón?», para explicarlo se decía:

[Los argentinos] han trabajado duro. Han construido una de las más grandes metrópolis del mundo, la urbe más poblada del hemisferio sur; han edificado muchas otras ciudades modernas; pero han conservado también las pequeñas villas llenas de historia y cal. Unieron todas estas poblaciones con caminos y puentes. Sembraron

²²⁰ Pablo Alabarces y Carolina Duek, «Fútbol (argentino) por TV: entre el espectáculo de masas, el monopolio y el estado», en: *Logos 33. Comunicação e Espogte*. Vol. 17, No. 02, 2º semestre, 2010, p. 20

http://www.logos.uerj.br/PDFS/33/02_logos33_alabarces_duek_futebolargentino.pdf

²²¹ Ibid., p. 20

cereales y criaron ganados en las llanuras, pescaron en las costas, extrajeron minerales de las montañas, cortaron maderas de las selvas²²².

Lamentablemente, no bastaba con la hospitalidad y la tradición del gaucho, Argentina debía ser reorientada para llegar a los estándares occidentales que el mundo reclamaba de ella. El discurso oficial decía que el Mundial fue el catalizador del adelanto tecnológico que inevitablemente llegaría al país. Pero «los costos del Mundial '78 son aún hoy un record: 520 millones de dólares, frente a los 150 que costó España '82, con ocho participantes más. De esa suma, la construcción de ATC [...] se llevó 40 millones en el edificio y 30 millones más en el equipamiento»²²³.

Pese a los costos económicos que implicaba la realización del Mundial, la Junta manifestó «su “profunda satisfacción” por la proeza organizativa. Exhortó “al pueblo argentino a continuar demostrando estas añejas virtudes, tanto en esa fiesta del deporte cuanto en la gran empresa común que es la Patria”»²²⁴. En efecto, este tipo de propaganda buscaba reconectar a la población con su pasado, recordándole que, gracias al esfuerzo, persistencia, el trabajo, disciplina y la productividad, los argentinos habían construido un país que debía llenarlos de orgullo. Por consiguiente, buscaron que el país se cubriera con una manta celeste y blanca que exhortaba a todos los habitantes a recuperar el orgullo nacional. Al mismo tiempo, servía para tapar todos los horrores que, desde hacía dos años, se cometían en las calles del país.

La inauguración

En medio de un estado psicológico preso por ansiedades, temores o desesperanzas que inundaba a la sociedad argentina, el fútbol –y más aún después de coronarse campeona mundial– brindó un segundo aire a las expectativas de grandeza de la nación. En efecto, surgieron voces que intentaron explicar que su realización era el resultado inevitable de una historia caracterizada por procesos de modernización avanzados. Según un autor, Argentina tenía una trayectoria:

²²² *Guía de información general de la República Argentina*, p. 27

²²³ Pablo Alabarces y Carolina Duek, *Op. Cit.*, p. 21

²²⁴ Abel Gilbert y Miguel Vitagliano, *Op. Cit.*, p. 84-85

[con] proposiciones que tenían mucho de mitológico pero también eficacia aglutinadora: frente a Europa de posguerra, éste era un país de la abundancia, donde se comía como en ningún otro lugar sobre la tierra; frente al resto de América Latina, éste era el país de la clase obrera industrial, de las capas medias cultas, del consumo más alto de diarios y libros, de la plena alfabetización y del pleno empleo²²⁵.

Como destaca Pablo Alabarces, entre tanto caos experimentado por ese país, el fútbol parecía cumplir una «función de relevo [...] respecto de las mitologías e instituciones que habían construido, históricamente, una “identidad nacional” argentina»²²⁶. Justamente, el Mundial detonó la euforia nacional que hasta ese momento el golpe militar no había conseguido generar. Sin embargo, este estallido estuvo precedido de un debate de cómo enfrentar las deficiencias estructurales y los atavismos culturales negativos: la inestabilidad política, la ausencia de un proyecto de integración nacional o los deseos de compararse con las potencias occidentales eran, quizá, los fantasmas que más atormentaban al gobierno. La desventaja política y económica era muy amplia en comparación con las naciones con las que alguna vez pudo haber competido; pero de acuerdo con el discurso oficial, había que sacar de los lugares más insospechados capital económico y moral para demostrar que Argentina estaba a la altura de aquellas naciones.

En efecto, la Junta Militar tenía muy clara la oportunidad que representaba para su gobierno la realización del Mundial. Pese a cierta oposición internacional²²⁷ para su celebración, se impuso la decisión de hacerse cargo y organizar el evento, pues, como

²²⁵ Citado en: Pablo Alabarces, «Lo que el estado no da el fútbol no lo presta», p. 4

²²⁶ *Ibíd.*, p. 3

²²⁷ La crítica al Mundial tomó impulso en Francia, donde Francois Geze junto con un grupo de exiliados argentinos comenzaron con la tarea de denunciar las condiciones en las que se llevaría a cabo el torneo. La organización fue denominada *Comité pour le Boycott de la Coupe du Monde de Football en Argentine* (COBA). Como parte de sus acciones el COBA editó un periódico que evocaba a una de las publicaciones deportivas más importantes en esos tiempos *L'Equipe*, en cuyas páginas se denunciaban los crímenes cometidos por el gobierno militar. La publicación contó con la colaboración de artistas e intelectuales como Yves Montand, Simone Signoret, Alain Touraine, Jean Paul Sartre, Louis Aragon, Roland Barthes, Marguerite Duras y Henri Lévy. El papel que desempeñó Francia en el reclamo de justicia fue fundamental para extender a otros países europeos esta demanda, pues no sólo se limitó a realizar denuncias simbólicas, sino que «los dirigentes a cargo del equipo galo que participó en el Mundial, [...], presentaron oficialmente un reclamo por escrito sobre la desaparición y detención de esos 22 compatriotas». Los periodistas franceses también firmaron una petición para que el gobierno liberara a 68 periodistas argentinos y permitiera el restablecimiento de la libertad de prensa. Las acciones que iniciaron en Francia fueron propagándose por otros países de Europa. Holanda, Suecia y Francia formaron el eje europeo del boicot a Argentina 78. Ricardo Gotta, *Op. Cit.*, p. 89

señalamos, los beneficios políticos que podría obtener el régimen serían mayores a las críticas:

[...] el Ente Autárquico –[...]– asegura que el interés del Gobierno argentino es el mismo que exponen Amnesty International y los montoneros: que el Mundial se celebre y que la opinión pública conozca la verdad del país. [...] los responsables del Ente Autárquico han explicado que la Junta Militar aceptó el compromiso del Mundial -adquirido por Argentina antes del golpe de Estado- precisamente porque querían utilizarlo como medida publicitaria²²⁸.

Junto con la desconfianza que existía en la comunidad internacional sobre la conveniencia de celebrar el torneo en un país donde el gobierno declaraba estar en guerra, se generaron serias dudas sobre su capacidad organizativa para albergar un evento de gran importancia. Por ello, la dictadura se empeñó en destacar mediáticamente el esfuerzo realizado por el país. Implementó una estrategia para persuadir a los espectadores internacionales de la «fiesta nacional» que se vivía en Argentina gracias al Mundial y, al mismo tiempo, convencer a la sociedad nacional de la gran oportunidad que tenía para demostrar la grandeza del país. Por ejemplo, en el diario *La Nación*, una editorial titulada «A pocas horas del Mundial» destacaba:

[...] lo que menos importaba era “el resultado de la pugna entre los equipos intervinientes” y sí en cambio, “el desenvolvimiento de los factores con los cuales se armó la estructura de la organización”, la cual había recibido duras presiones para impedir su desarrollo, originadas todas ellas en “intereses espurios... puramente ideológicos”. El editorial concluía: “estamos persuadidos los argentinos de que los extranjeros que nos visiten recogerán la firme impresión de que nada ha faltado a la atención cordial que se quiso y se pudo dispensarles”²²⁹.

Por lo tanto, fue imprescindible para el gobierno militar consolidar un ambiente festivo en toda la sociedad, de forma que las contradicciones políticas y las dificultades económicas no

²²⁸ Alfredo Relaño, «Polémica internacional en torno al Mundial de Fútbol», en: *El País*, consultado 13-11-2017, http://elpais.com/diario/1978/03/31/deportes/260146810_850215.html

²²⁹ Citado en: Abel Gilbert y Miguel Vitagliano, *Op. Cit.*, p. 34

fueran el foco de atención de la opinión internacional. En este sentido, la dictadura buscó destacar en los medios el esfuerzo de los argentinos para la realización del evento, así como el «negocio redondo» que representaba el torneo. Ambos hechos fueron asociados con el progreso del país:

El gasto del Mundial para el contribuyente argentino es de treinta millones de dólares. Ese gasto se recuperará en taquillas, comercialización del emblema del Mundial, publicidad y moneda conmemorativa. Aparte de eso, Argentina ha hecho para este Mundial una inversión de cuatrocientos millones de dólares; eso ha dotado a veintitrés de las veinticuatro provincias argentinas de televisión en color, ha servido para mejorar aeropuertos y caminos -obras todas estas que necesitaba Argentina- y para terminar tres estadios que la Junta Militar heredó en un 15% de su construcción y para remozar otros tres. [...] Argentina necesitaba estas mejoras para su mejor comunicación con el resto del mundo. La razón clave por la que la Junta Militar aceptó la organización -compromiso contraído por el país con anterioridad- fue porque era una forma de dotar al país de unas subestructuras necesarias, porque suponía aceptar un reto que hemos conseguido superar y porque se vio en el Mundial un medio de difundir la realidad argentina²³⁰.

Sin embargo, los argumentos empleados por la Junta para justificar la inversión realizada, evidenciaban las fracturas del discurso militar con la realidad. Como se expresa en un artículo de *El País*:

En un país perseguido por la inflación, el campeonato mundial se ha convertido en el más caro de la historia. Los precios anunciados a los turistas tuvieron en su momento un papel selectivo, puesto que hoteles y apartamentos estaban por encima de la media habitual. Los miles de personas que en principio se preveía iban a acudir a Argentina han quedado reducidos, al final, a un número insignificante si se tiene en cuenta la cantidad de personas que acontecimientos de este tipo suelen movilizar²³¹.

²³⁰ Alfredo Relaño, «El contraalmirante Lacoste consiguió dar una buena imagen de Argentina», en: *El País*, consultado 15-05-2017 http://elpais.com/diario/1978/04/01/deportes/260233224_850215.html

²³¹ Julian García Candau, «El Mundial más caro de la historia», en: *El País*, consultado 15-05-2017 http://elpais.com/diario/1978/05/30/deportes/265327211_850215.html

La realidad descrita no sería únicamente padecida por los argentinos, pues en la misma nota se destaca que para los extranjeros, tan esperados por los planificadores del mundial, esta situación también representaba una dificultad:

La rica carne argentina es el bocado que persigue inmediatamente el recién llegado. La rica carne de Argentina no le permite a uno pedir más de un plato, porque de lo contrario la cuenta se va muy por encima de las mil pesetas, y no en los restaurantes de lujo. El turista que llega a este país ha de hacerse a la idea de que no puede gastar dinero con alegría, o de lo contrario ha de limitar su estancia a sólo una parte del carrileonato [SIC]²³².

A pesar de las contradicciones entre la realidad y el discurso oficial, el Mundial fue inaugurado en el estadio Monumental de Buenos Aires el 1 de junio de 1978²³³, con una ceremonia que hizo énfasis en la paz y la unidad del pueblo argentino. El general Jorge Rafael Videla lo inauguró convocando a la concordia, la dignidad y la libertad de los pueblos de todo el mundo.

La iniciación de un evento deportivo a escala mundial y la amistosa visita de miles de hombres y mujeres de todas las regiones de la Tierra, con la sola condición -añadió- de su buena voluntad en clima de afecto y respeto recíproco. Justamente, la confrontación en el campo deportivo y la amistad en las relaciones humanas puede -continuó Videla- conseguir la unidad en la diversidad. Esta es la única forma para construir la paz, y por eso pido a Dios, nuestro Señor, que este evento sea para afirmar la paz que deseamos en todo el mundo, una paz en cuyo marco pueda realizarse el hombre con dignidad y libertad²³⁴.

Pese a todas las adversidades y a los constantes recordatorios de los múltiples problemas que atravesaba el país, la inauguración del Mundial ya representaba una victoria para el gobierno militar. Frente a la opinión pública nacional e internacional, en el imaginario de sus

²³² *Ibíd.*

²³³ Archivo Histórico RTA S. E., *Inauguración del Mundial '78 y discurso de Videla (parte 1)*, consultado 23-12-2016, <https://www.youtube.com/watch?v=LfGoULbi0FA>

²³⁴ Juan José Fernández, «La palabra “paz”, protagonista en la inauguración», en: *El País*, consultado, 12-11-2017, https://elpais.com/diario/1978/06/02/deportes/265586408_850215.html

promotores militares había llegado el momento en que Argentina se enfrentaba a todos sus fantasmas y con ellos se abría la posibilidad de recuperar ante el mundo no sólo su verdadera esencia, la de una nación productiva, sino también su historicidad como país vencedor.

Ya está inaugurado el Campeonato del Mundo de Fútbol en Buenos Aires, en el estadio del River Plate, que es el número uno del país. ¡Cuánto se ha dudado en años anteriores de que esto sucediera! La capacidad argentina para organizar, las posibilidades económicas de la nación, cuya moneda ha bajado en un *slalom* gigante, la situación política con la presencia de subversión armada, la lentitud de las obras de infraestructura. Pues bien, estos y otros motivos más, que determinaban que cada semana se pusiese en duda no el Mundial de Fútbol, sino el Mundial argentino y hasta que se dispusiese de soluciones de reserva, han quedado -como ya se veía en los últimos meses- en el limbo donde quedan los rumores que no se confirmaron, los deseos negativos que no se cumplieron. A poco que pudiera, y una nación o un Estado pueden mucho si se lo proponen en realidad, Argentina tenía que organizar su Mundial, aprovechar su gran ocasión, la que al cabo de muchos, muchos años, pasaba ante su fútbol²³⁵.

Fue entonces cuando Argentina, entre el 1 de junio de 1978 y el día de la final de dicha competición, asistió a su cita con «el destino». Como lo manifestaría Videla en un mensaje a la nación con motivo del término del torneo «[ese] grito de “Argentina” que surgió unánime de nuestros corazones, esa única bandera celeste y blanca que planeó en nuestras manos son signos de una realidad profunda que excede los límites de un acontecimiento deportivo, son la voz y la esencia de una nación que en la plenitud de su dignidad *se ha encontrado consigo misma*»²³⁶. En efecto, gracias a la unidad generada –pensaban sus organizadores– el país manifestaba su capacidad de sobreponerse a sus rupturas y demostraba, a quienes habían dudado, que su espíritu de país confraterno y productivo sobrepasaba cualquier dificultad: «[pareciera] como si un cúmulo de energías dormidas, como si una nueva capacidad de entusiasmo, hasta ahora aletargadas, hubiesen salido a la luz, ello es así porque tanta alegría,

²³⁵ Antonio Valencia, «Argentina trata de cobrar su deuda», en: *El País*, consultado en 15-05-2017, http://elpais.com/diario/1978/06/02/deportes/265586409_850215.html

²³⁶ <https://www.youtube.com/watch?v=gC7EMWn62aY> (30/04/19), cursivas son mías.

tanto entusiasmo generosamente expresados, no son un fruto casual, responden en definitiva al profundo anhelo de unión nacional que sentimos todos los argentinos»²³⁷.

A pesar de las protestas, de los desaparecidos y del desfalco económico, la Junta Militar creía obtener su primera victoria ideológica: el regreso de la comunidad nacional. Es lo formulado por Esteban Polacovikc

El mundial no tiene nada que ver con la política... tiene que ver con lo nacional, o sea con la vida de la nación... cada persona humana forma parte de una nación, independientemente del estado en el que le toca vivir... la nacionalidad lo acompaña durante toda su vida... y desde el punto de vista nacional, el equipo deportivo tiene la misma función que los conjuntos folklóricos llegados aquí para presentar a la admiración de todos, sus bailes y canciones... cada hombre desea formar parte de una nación a la que todos aprecian y admiran... la nación da al hombre la sensación de abrigo y protección... el fútbol presente en el Monumental activa las fuerzas etnogenéticas, y así indirectamente contribuyó al fortalecimiento del ser nacional argentino... sabíamos del valor nacional del tango... del valor nacional del fútbol nos damos cuenta todos, porque todos lo estamos viviendo y percibiendo en estos momentos²³⁸.

Lo que sugiere Polacovikc, resulta fundamental para comprender la oportunidad que representó el Mundial para avanzar en el objetivo de recuperación de la “argentinidad” planteada por el PRN. Si bien el efecto nacionalista producido por el Mundial parecía la oportunidad idónea para revitalizar el espíritu de la nación, su alcance fue limitado, ya que la euforia producida no sería suficiente para impulsar un verdadero reordenamiento cultural.

La celebración del Mundial: «El milagro argentino»

El régimen consideró como primera victoria la inauguración del Mundial. A pesar de la desconfianza que se tenía sobre su capacidad para realizarlo, el gobierno ganó el primer voto

²³⁷ <https://www.youtube.com/watch?v=gC7EMWn62aY> (30/04/19)

²³⁸ *La Nación- Cultura y Nación* (suplemento), 22 junio del 78, p. 6, citado en: Eduardo Archetti, «El mundial de fútbol de 1978 en Argentina: victoria deportiva y derrota moral», consultado 05-03-2016, <https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/17673/1/26303834.pdf>

de confianza internacional luego del inicio del torneo. Quizá este fue el único triunfo calculado por la Junta; sin embargo, el equipo nacional le dotó de herramientas para que el discurso oficial tuviera un correlato en la realidad. Es decir, las victorias que acumulaba la selección de este país hacían creíble y palpable, aunque sea de manera efímera, el reencuentro del pueblo con su destino de grandeza y su historicidad a través del esfuerzo mancomunado de una nación revitalizada que actúa unida

El fútbol, una vez más, ha conseguido sus propósitos. En la Argentina, el país que ahora se vive más de cerca en su máximo esplendor, todo gira alrededor del Mundial; el éxito es ya una cuestión de orgullo nacional, en la que todo el pueblo está interesado. Los problemas han quedado aplazados por un mes. La Argentina está unida más que nunca en los últimos tiempos gracias al Mundial. La opinión de la calle al respecto es unánime. *El nacionalismo manda por encima de todo* [...] ²³⁹.

Por consiguiente, y a ojos de los militares, con la realización del Mundial lo que se estaba experimentando era el «renacimiento del espíritu nacional» el cual se expresaba en los estadios y calles desbordadas con las banderas y cánticos de Argentina. Es decir, era el reencuentro de los argentinos «con su ser», el de una nación signada por la unidad, disciplina, moral, esfuerzo y las buenas costumbres, valores con los cuales se había ganado la batalla contra la subversión y se lograba reencausar, finalmente, la historicidad de un país ganador. Por algo la *revista argentina ante el Mundo* afirmó: «Fue el milagro argentino. Nadie discute que el país ganó el Campeonato Mundial de Fútbol de 1978 antes de que se diera el puntapié inicial» ²⁴⁰. En efecto,

La imagen que quiere dar Argentina, sea en Buenos Aires, Mar del Plata, Córdoba, Mendoza o cualquier otra sub sede del Mundial, es de que todo está saliendo bien. Los veinticinco millones de argentinos que “juegan” el Mundial lo viven aunque no les guste el fútbol, pues se trata de una cuestión de orgullo patrio como casi nunca se les

²³⁹ Juan José Fernández, «El fútbol deja en un segundo plano la problemática argentina», en: *El País*, consultado 14-05-2017, http://elpais.com/diario/1978/06/06/deportes/265932021_850215.html , cursivas son mías,

²⁴⁰ Pablo Llonto, *Op. Cit.*, p. 123

había podido ofrecer. Con su exquisita amabilidad subsanan cualquier error, y como tampoco hay muchos, el clima en ese sentido no puede ser mejor²⁴¹.

En este sentido, el ánimo social se conjugaba con el discurso oficial para establecer una conexión entre la fortuna del equipo de fútbol y la realidad del país. Era indispensable el aprovechamiento del torneo para alcanzar el triunfo deportivo, reivindicarlo era confirmar el retorno de la «Argentina ganadora». Massera lo expresaba de la siguiente manera: «tenemos la necesidad de ser ganadores. No solo en el fútbol. Vamos a ser ganadores para integrar a todo el país, para desarrollarlo, para solucionar todos nuestros problemas con nuestros vecinos... Pero siempre en el terreno de los ganadores²⁴²».

En efecto, las expectativas que generó la realización del Mundial en amplios sectores de la población, fue incentivada por la publicación de numerosos artículos que destacaban la dignidad con la que Argentina debía enfrentar lo que parecía una revancha con su caótica historia. Es decir, el país no sólo se enfrentaba a la subversión, fundamentalmente luchaba con los errores de su propio pasado, de ahí que la realización de este evento fuera interpretado como una expresión del resurgimiento del espíritu ganador extraviado, el cual posibilita sortear cualquier obstáculo:

[...] A PESAR de todo lo que pasó antes del 24 de marzo de 1976: caos, violencia, falta de garantías, atraso, corrupción [...] A PESAR del boicot contra el Mundial organizado por los terroristas en varias capitales de Europa [...] A PESAR de las consignas subversivas que circularon clandestinamente con instrucciones para alterar el orden [...] A PESAR de todo y contra todo... LOS ARGENTINOS HICIMOS EL MUNDIAL²⁴³.

Este tipo de declaraciones constata la preocupación de los medios de comunicación oficial por envolver a la población en un ambiente patriótico. Justamente, los militares aprovecharon el escenario mundialista para recordarle a la población que la guerra contra la subversión continuaba, pues, de acuerdo con su interpretación, el país era nuevamente atacado por

²⁴¹ Juan José Fernández, «Crece la euforia de los argentinos», en: *El País*, consultado 14-05-2017, http://elpais.com/diario/1978/06/17/deportes/266882409_850215.html

²⁴² Ricardo Gotta, *Op. Cit.*, p. 119

²⁴³ Citado en: *Ibíd.*, p. 82 Mayúsculas en el original.

intereses externos. A modo de ejemplo, la prensa internacional reconocía que, a pesar de las protestas y denuncias por la desaparición de miles de personas, la sociedad se identificó con el llamado militar para mostrar a los visitantes las cualidades de la argentinidad y que la unidad del país se encontraba por encima de cualquier disputa política:

No pueden ser todos policías los que, con increíble cuidado, atienden al extranjero llegado para el Mundial. [...] Evidentemente no se puede negar que las cárceles están llenas de presos políticos y que el régimen ha cometido atentados contra los derechos humanos [...] [pero] tampoco se puede negar que los argentinos, aquellos que aman a Videla, aquellos que le aguantan, aquellos que lo odian, sienten que el gran acontecimiento deportivo a punto de empezar, que llamará la atención de un par de mil millones de personas, la mitad de los habitantes de la Tierra, es una cosa de ellos, de todos los argentinos, y no sólo del general alojado en la Casa Rosada y de sus colaboradores [...]. La satisfacción [...] es auténtica, no impuesta por la propaganda y lo mismo se puede decir del orgullo de quienes te muestran los magníficos estadios y la alegría de quien percibe que todo funciona²⁴⁴.

Probablemente sean este tipo de lecturas los que permitan comprender la visión de un corresponsal extranjero al describir el sentimiento nacionalista con que los aficionados locales asumieron el compromiso mundialista:

Desde luego una Argentina democrática, respetuosa de todas las opiniones, con un gobierno libremente elegido, con cárceles vacías de presos políticos, sería linda. O sea, una Argentina como nunca antes ha existido en su historia moderna. Pero, vuelvo a repetir, no puede ser que todos los que te paran en la calle para pedirte que digas la verdad sean policías y fascistas. Y la verdad es esta: que el país todo está esforzándose para que todo funcione, para que los visitantes encuentren amistad, el país todo se siente bajo examen y lo enfrenta con trepidación. Videla pasa, la Argentina queda²⁴⁵.

²⁴⁴ Bugialli, citado en: Camilla Cattarulla, «Detrás de la vidriera del Mundial Argentina 78: derechos humanos, censura y fútbol en la prensa italiana», en: Diego Armus y Stefan Rinke (Eds.), *Del football al fútbol/futebol: historias argentinas, brasileñas y uruguayas en el siglo XX*, Iberoamericana Vervuert p.175- 176

²⁴⁵ Bugialli, citado en: *Ibíd.*, p.169

Efectivamente, fue un tiempo en el que pareció existir un pacto entre la sociedad y el gobierno militar: de un lado, el Mundial –aunque sea por un corto tiempo– posibilitó recuperar un sentimiento de pertenencia colectivo, por el otro, permitió a la Junta mostrar un mínimo de legitimidad política hacia fuera. En este sentido, los argentinos vivieron un mes de emociones intensas, en el que las angustias vividas por la inestabilidad política previa cedieron ante las certezas y alegrías provocada por el rodar de un balón. Por 25 días, Argentina pareció transformarse en una sola comunidad política, carente de divisiones, tal como el PRN buscaba instituir.

Los argentinos se olvidaron de sí mismos con una generosidad sin límites cuando “Kempes Corazón” le marcó los goles a Holanda. Los argentinos, a los que alguien les ha contado que Europa ha estado contra ellos -nadie les ha explicado la diferencia que existe entre hablar de un pueblo y de un gobierno-, han querido decirle al mundo que las penas con goles son menos. Y el pueblo argentino, feliz por su tarde de pan y goles, aplaudió a su selección, aplaudió a Videla como quizá no lo ha hecho nunca y quizá como no lo volverá a hacer, aplaudió a su bandera y la enarboló por doquier. La marea humana que se extendió sobre la ciudad no tenía otro color que el blanco y celeste²⁴⁶.

Aún sin calcular el triunfo de su selección, la Junta Militar se lanzó a la realización del proyecto mundialista con la intención de presentar una imagen diferente del país ante la opinión internacional. Coadyuvó en esta empresa el éxito de equipo albiceleste, lo cual contribuyó a presentar una imagen donde las grandes fracturas políticas y de clase de la historia nacional, aparentemente, desaparecieran; y los valores patrios y nacionales promovidos parecían haberse plasmado –aunque sea por un mes– bajo la imagen de éxito y armonía colectivos. Justamente, aquella ola albiceleste que inundó los estadios y las calles de las ciudades de este país durante un mes parecía expresar la revitalización de la «argentinidad» y, por lo tanto, el resurgimiento de la «comunidad nacional». Posiblemente sea esta lectura del clima social, lo que autorizará a Jorge Rafael Videla revelar porque el Torneo había actuado como dispositivo cultural del Proceso de Reorganización Nacional:

²⁴⁶ Julián García Candau, «Mañana volverá el silencio», en: *El País*, consultado 15-05-2017, http://elpais.com/diario/1978/06/27/deportes/267746411_850215.html

«más que el júbilo por un éxito deportivo, [el Mundial] ha servido para *el reencuentro consigo mismo del pueblo argentino*»²⁴⁷.

Como prueba de la fuerza de estos constructos ideológicos, la conquista deportiva y la aparente unidad nacional conseguida fue proclamada por la voz de Videla al finalizar el torneo internacional:

Ese pueblo que colmó los estadios, que irrumpió en plazas y calles sin distinción social alguna nos revela a una Argentina solidaria que quiere vivir en paz sellada en libertad y levanta hoy su hermandad como una orgullosa insignia frente al mundo. El campeonato mundial de fútbol ha pasado, pero nos ha dejado una lección de la que nadie sino el pueblo entero puede considerarse actor y depositario, es la lección de una madurez cívica que nace de un hondo sentido de responsabilidad, es la lección de un pueblo que quiere vivir la unidad y en la diversidad²⁴⁸.

En efecto, con el triunfo de la selección, no sólo se reivindicaba la pertinencia del golpe de estado y la eficacia política del gobierno militar, fundamentalmente dotaba de veracidad los postulados trascendentes del proyecto de regeneración nacional; en el sentido de demostrar que el PRN era la única alternativa programática no solo con capacidad de sacar a la Argentina de la decadencia experimentada, también de encaminar a esta nación por la senda de una auténtica y armónica comunidad política. Tal como se señala en las *Bases para la intervención de las Fuerzas Armadas en el proceso nacional*, uno de sus propósitos fundamentales del golpe de Estado «[era] promover el desarrollo armónico de la vida nacional basándolo en el equilibrio y participación responsable de los distintos sectores, a fin de asegurar, posteriormente, la instauración de una democracia republicana, representativa y federal, adecuada a la realidad y exigencia de evolución y progreso del Pueblo Argentino»²⁴⁹. Es decir, se ambicionaba el establecer una «democracia estamental» donde todos los sectores estuvieran representados mediante una organización corporativa para evitar tensiones y debates innecesarios, pues la sociedad debía funcionar como un cuerpo orgánico donde la

²⁴⁷ Juan José Fernández, «Videla pidió objetividad a los periodistas», en: *El País*, consultado 15-05-2017, http://elpais.com/diario/1978/06/28/deportes/267832813_850215.html.

²⁴⁸ <https://www.youtube.com/watch?v=gC7EMWn62aY> (30/04/19)

²⁴⁹ Junta Militar, *Documentos básicos y bases políticas de las Fuerzas Armadas para el Proceso de Reorganización Nacional*, 1980, p.7, <http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/documentos/EL000162.pdf>

responsabilidad de conducir el gobierno recaería en un grupo selecto elegido para ello, mientras los demás ciudadanos y organizaciones debía enfocarse en el desempeño de sus labores. Por algo Videla lo señaló en conferencia a pocos días de terminado el Mundial:

Después de dos años y medio en que las fuerzas armadas se hicieron cargo del poder político y de recibir un país postrado, podemos mostrarlo de pie a los ojos del mundo con el esfuerzo de todos los argentinos y en marcha hacia la consecución de los objetivos finales: una democracia realmente representativa.²⁵⁰

No obstante, y pese al éxito que supuso el Mundial en el objetivo de recuperar un imaginario de éxito (productividad) y unidad nacional (solidaridad), la sociedad debía seguir trabajando bajo la conducción de las FFAA para consolidar el destino de grandeza del país. Es lo señalado por el almirante Eduardo Emilio Massera:

[...] después del Mundial todo el pueblo argentino debe seguir poniendo el hombro para salir adelante. El país no resuelve sus problemas ni en diez ni en quince días. En el proceso de reorganización que vive el país ha habido aciertos y errores; tras el Mundial se continuarán tratando de concretar los objetivos que las fuerzas armadas se han fijado y que, lógicamente, no pueden estar alejadas, y no lo están²⁵¹.

Un Mundial ambiguo

Sin duda el triunfo mundialista sorprendió gratamente a la administración militar. Pero como señalamos, gracias al resultado deportivo, la dictadura vivió los momentos de mayor adhesión y aceptación por parte de la población en sus primeros años. De la misma manera, no sólo la percepción nacional en torno a la situación nacional se modificó, también la favorable opinión internacional escapó al cálculo político de los organizadores.

Pese al esfuerzo realizado por el gobierno para modificar la imagen del país antes del Mundial, la sensación de que las cosas no iban bien continuaba. En efecto, algunas

²⁵⁰ Juan José Fernández, «Videla pidió objetividad a los periodistas», en: *El País*, consultado 15-05-2017, http://elpais.com/diario/1978/06/28/deportes/267832813_850215.html

²⁵¹ Juan José Fernández, «El fútbol deja en un segundo plano la problemática argentina», en: *El País*, consultado 14-05-2017, http://elpais.com/diario/1978/06/06/deportes/265932021_850215.html

declaraciones reflejan el desamparo en que una parte de la sociedad se encontraba y que se vinculan con los sentimientos de frustración nacional, donde las ansias de renacimiento parecen no tener bases en la realidad. Es lo señalado por José Luis Arpino, quien se interroga sobre los alcances históricos de esta justa deportiva: «¿Qué nos espera más allá de los horizontes futboleros? ¿Nos espera la Argentina del tango, la Argentina de los chuletones a la parrilla, la Argentina de los generales (que son presidentes, gobernantes y hasta administradores de este mundial) o tal vez la Argentina donde abundan cruces de italianos, de sentimientos antiguos, de deseos de renacimiento?», y decreta:

Este mundial ha sido ambiguo. Ha convertido el fútbol en un instrumento de Estado para el disfrute de los actuales regentes argentinos ²⁵²

Indirectamente, esta reflexión representa la incredulidad de algunos actores ante el escenario generado a partir del triunfo de la selección. Es decir, se seguía cuestionando el rumbo que seguiría el país cuando el único elemento aglutinador se había construido en tan solo 25 días. A pesar de que los militares señalaban el resurgir de «esa Argentina definitivamente eterna»²⁵³, desde la perspectiva internacional lo acontecido entre los argentinos respondía a un estado efímero, pues como lo destacaba un artículo de *El País*:

Dentro de una semana será todo recuerdo. Dentro de una semana ya nadie recordará el discurso patriótico del final del partido que dio el título a Argentina. El altavoz oficial, antes de que Passarella recogiera la copa de la FIFA, lanzó una arenga patriótica del más puro estilo de nuestros pasados años. La voz que discurseaba, a mí me recordó a la de Pepe Solís. Tenía su mismo timbre y decía casi las mismas cosas. Dentro de una semana ya se habrá calmado la euforia. Para entonces ya no estará en la avenida 9 de Julio esa inmensa pancarta vertical en la que se dice: “Sigamos construyendo unidos” y “Argentina, futuro”²⁵⁴.

²⁵² Arpino, 28 de mayo de 1978, citado en: Camilla Cattarulla, *Op. Cit.*, pp.169-172

²⁵³ <https://www.youtube.com/watch?v=gC7EMWn62aY> (30/04/19)

²⁵⁴ Julián García Candau, «Mañana volverá el silencio», en: *El País*, consultado 15-05-2017, http://elpais.com/diario/1978/06/27/deportes/267746411_850215.html

En efecto, después de la victoria de la selección local, la prensa internacional hizo hincapié en los retos que debía enfrentar nación partir de ese momento. Manifestaron que con el Mundial se evidenció la brecha que existía entre la realidad y el país que el gobierno militar pretendió cerrar en solo dos años:

Argentina ha ganado su mundial a los ojos de todos, pero a partir de ahora deberá hacerlo en su propia casa. Videla habló de asumir con heroico optimismo su futuro inmediato. En el plano deportivo y en el futbolístico, más concretamente, los problemas que se plantean como secuela del Mundial son graves de resolver. Sin ir más lejos quedan los campos construidos -salvo el de River-, cuya adjudicación no quiere nadie. El de Córdoba, por ejemplo, ha sido ya ofrecido por el Gobierno a varias entidades de la provincia y ninguna de ellas quiere hacerse cargo de su mantenimiento y utilización. No se puede olvidar que sólo para abrirlo se necesitan seiscientos empleados. En Córdoba todavía existe afición al fútbol suficiente para resistir un gasto así, pero en las restantes subseces, no²⁵⁵.

Esta situación contrasta con las declaraciones previas al Mundial, cuando el gobierno expresaba, en voz de distintos funcionarios, que gracias a la designación del país como sede del torneo, se había iniciado un proceso de modernización demandado desde hacía tiempo por la nación. Terminada la competición, sin embargo, las administraciones locales no tenían la capacidad de hacerse cargo de aquella infraestructura, por lo que, contrario a lo manifestado por las autoridades militares, aquel esfuerzo no fue el adecuado en una sociedad que tenía suficientes estadios, pero carecía del crecimiento económico, generación de empleos y estabilidad política para mantener en funcionamiento dicha infraestructura.

Frente a estas lecturas sombrías, un intenso proceso subjetivo aun recorría el país. Las comparsas que celebraban el triunfo nacional se hicieron cotidianas en las semanas subsecuentes: «Nuevamente esta mañana caravanas de automóviles recorren la ciudad en ruidosa marcha. La mayoría de los edificios lucen la bandera nacional y los transeúntes llevan cintas o grandes botones con los colores celeste y blanco»²⁵⁶. En efecto, las postales

²⁵⁵ Juan José Fernández, «Videla pidió objetividad a los periodistas», en: *El País*, consultado 15-05-2017, http://elpais.com/diario/1978/06/28/deportes/267832813_850215.html

²⁵⁶ Juan José Fernández, «Videla pidió objetividad a los periodistas», en: *El País*, consultado 15-05-2017, http://elpais.com/diario/1978/06/28/deportes/267832813_850215.html

mundialistas proyectaban la imagen de una sociedad que lucía irreconocible. Se impuso la celebración frente al silencio previo, y el hambre de gritar parecía responder a la necesidad de dejar atrás décadas de creciente desilusión. Con cánticos como: «Total para qué, te vas a preocupar; mañana es "San Menotti" y no vamos a trabajar» o «Europa: / la copa, / se mira y no se toca»²⁵⁷, los aficionados argentinos sentían poner fin a sus sentimientos de frustraciones, desencanto o temores. Reforzando esta impresión, la prensa internacional avalaba el sentimiento de desagravio, triunfo y pertenencia nacional que parecía recorrer por las calles de Argentina. Es lo que recopila Ricardo Gotta:

”*Jornal do Brasil*”, de Río de Janeiro, y “*O Globo*” coinciden en su juicio: “Argentina hizo del corazón y garra sus principales virtudes”, dice el primero, y señala el segundo: “Más garra que técnica”.

Para *-Última Hora-*, el triunfo “ratificó plenamente la certeza de que los argentinos habían organizado esta Copa para conquistarla”.

Excélsior, por su parte, echa la vista atrás con esta frase: “La coronación del fútbol argentino representa el fin a una frustración que se prolongó cuarenta y ocho años”²⁵⁸.

Es importante destacar el comentario realizado en *Excélsior*, pues le otorgaba perspectiva histórica a la emoción desbordada de los argentinos. El triunfo llegó en el momento en el que tanto la sociedad y el gobierno estaban en busca de símbolos que dotaran de sentido a una época carente de elementos aglutinadores. Por ello, la victoria mundialista actuó como un analgésico social que brindó la posibilidad de potencializar los deseos de unidad y éxito nacional, los cuales se plasmarían en el orgullo nacional a través de una victoria internacional que consagraba la grandeza de un pueblo que, a pesar de las dificultades, parecía dispuesto a no darse por vencido.

Justamente, plenamente conscientes de lo que sucedía en el país tras el golpe de estado, había quienes se preguntaban; «¿Cómo negarse un poco de alegría en medio de tanta mierda? Daban ganas de abrazarse, aunque después hubiera que llorar»²⁵⁹. Sin duda eran

²⁵⁷ «Veinticinco millones de banderas», en: *La Vanguardia*, 27 de junio de 1978, p. 48, consultado el 13-10-2016, <http://hemeroteca.lavanguardia.com/preview/1978/06/27/pagina-48/33763445/pdf.html>

²⁵⁸ «Un campeón legítimo», en: *La Vanguardia*, 27 de junio de 1978, p. 48, consultado el 13-10-2016, <http://hemeroteca.lavanguardia.com/preview/1978/06/27/pagina-48/33763445/pdf.html>

²⁵⁹ Ricardo Gotta, *Op. Cit.*, p. 188

sentimientos encontrados que no sabían cómo manifestarse en un contexto en el que no se permitía la libre manifestación de ideas. Por lo mismo, el Mundial y los festejos deportivos no sólo se presentaron como un destello de luz, momento de felicidad o la posibilidad de recibir un abrazo fraterno en una época oscura, fundamentalmente actuaron como un horno por el cual los argentinos se fusionaron en un solo colectivo nacional.

Por un lado, fue la primera ocasión en años que la población salía a manifestar su alegría de forma masiva, sin miedo a un acto represivo por parte del Estado o de una acción de la guerrilla. En efecto, después del 1 de junio de 1978, los argentinos vivieron por algunos días momentos de felicidad colectiva, sentido de unidad política y sentimientos de pertenencia nacional, opacando con ello las denuncias sobre los desaparecidos que formulaban organizaciones nacionales o extranjeras, antes y durante la realización del evento. Justamente, los esfuerzos comunicacionales realizados por el gobierno para mejorar la imagen del país, tuvieron cierto éxito en la prensa internacional incluso antes del inicio del torneo, pues algunos medios lograron percibir que, gracias al próximo inicio del Mundial, la vida social y política de Argentina parecía estar marcada por una creciente y cada vez más extendida sensación de orgullo nacional, anunciando con ello el resurgir de un imaginario colectivo (unidad nacional) donde las diferencias ideológicas y de clases se habrían desvanecidos. Es lo que advertía *La Vanguardia* el 2 de junio de 1978:

[...] este país deberá colocar la celebración de este décimo primer Campeonato del Mundo de Fútbol, entre sus más importantes acontecimientos. Ha conseguido lo que no ha logrado ningún régimen político, ni ningún acierto gubernamental había conseguido. La homogeneidad del país, ese sentimiento de unión entre todos los argentinos que se está demostrando en el momento de escribir estas líneas, mientras la Juventud de ese país está desfilando deportivamente por el bello estadio de River, como prólogo del partido inaugural²⁶⁰.

Efectivamente, la prensa puntualizaba la importancia del torneo tanto para los objetivos del gobierno, en el sentido de que el Mundial «ha sido un aglutinante nacional como no podía

²⁶⁰ «Un aglutinante llamado fútbol», en: *La Vanguardia*, 02 de junio de 1978, p. 49, consultado, 13-10-2016, <http://hemeroteca.lavanguardia.com/preview/1978/06/02/pagina-49/33736336/pdf.html>

sospecharse». Gracias a este evento, el país parecía haberse integrado orgánicamente como sólo sucede en las naciones más desarrolladas:

El Gobierno, las federaciones, los clubs y todos los argentinos han hecho un esfuerzo enorme. El país ha cambiado su infraestructura, ha mejorado sus comunicaciones, ha ampliado sus estaciones y aeropuertos, se ha puesto al día en la electrónica y vive ya al ritmo que el mundo más adelantado debe sentirse en estos últimos lustros del siglo XX²⁶¹.

Por consiguiente, el gobierno aprovechó el Mundial para demostrar a la sociedad que su administración estaba directamente vinculada con el éxito del país. Por un lado, cultivó en el imaginario colectivo la idea del renacimiento de la “argentinidad” y la reconstrucción de la unidad nacional. Por otro lado, lo relacionó con la modernización del país y lo utilizó como estandarte del desarrollo y muestra de que Argentina caminaba nuevamente hacia destinos más gloriosos. Esta visión fue apropiada por la prensa internacional. Según algunos medios, los sacrificios realizados por el gobierno y la sociedad para realizar el evento, habían valido la pena, pues «el balompié ha colocado nuevamente en la senda del progreso que parecía haber abandonado en los últimos decenios»²⁶².

La Junta militar podía sentirse satisfecha, la realización del torneo y triunfo de su selección le brindaba legitimidad nacional e internacional a su proyecto. De esta manera, creía estar recuperando en el imaginario social los valores, prácticas, símbolos y sistema de creencias que le permitían devolverle al pueblo la ilusión de que Argentina retornaba a su destino de nación ganadora. Máxime si este estado de ánimo está precedido en extensos sectores por miedos y un profundo sentido de derrota. Como lo señalan Ferrera y Cappareli: «La necesidad de algún tipo de “victoria colectiva” tras la derrota del proyecto popular iniciado en 1973, generó en la población un ansia de victoria hábilmente capitalizada por el gobierno militar, que necesitaba blanquear su imagen ante el mundo»²⁶³.

²⁶¹ *Ibíd.*

²⁶² *Ibíd.*

²⁶³ Carlos Ferrera y José Cappareli, «El que no salta...», en: *Fútbol, cultura y sociedad: imágenes y palabras*, Universidad de Buenos Aires, consultado 24-11-2017, https://issuu.com/lautarozer/docs/futbol_cultura_y_sociedad

En consecuencia, y más allá de reivindicar su imagen política ante el mundo, la valoración de los militares del Mundial se dirigía a destacar como este evento deportivo habría contribuido a restaurar la «identidad nacional». Las palabras pronunciadas por Videla, constatan el objetivo cultural perseguido:

Este público que se manifiesta en nuestras calles, en varias y sucesivas noches, y aún en los días, sepan ustedes interpretarlo, es el júbilo de un pueblo, que más allá de un exitoso resultado deportivo, festeja un *reencuentro consigo mismo*, un reencuentro con sus valores tradicionales, un pueblo que se siente orgulloso de su pasado, que no reniega de su presente, y asume con heroico optimismo el futuro²⁶⁴.

En síntesis, el Mundial de 1978 constituyó un dispositivo político que la Junta Militar aprovechó para ganar legitimidad ante un pueblo desconfiado, desilusionado y escindido; que a ojos de los militares era consecuencia de la disolución de los valores nacionales y, por ello, de su destino histórico. En este sentido, la realización del evento y el subsecuente triunfo deportivo brindó la a la Junta la oportunidad de interpretar estos hechos como resultado de cierta «renovación espiritual» que vivía el país gracias al golpe de Estado y su proyecto de Reorganización Nacional. Renovación que nacía de la recuperación en el imaginario colectivo de un conjunto de valores que dan forma y sentido a la «argentinidad». En consecuencia, la celebración de la Copa Mundial de 1978 constataba no sólo el retorno de Argentina a su destino de grandeza, fundamentalmente anunciaba el resurgimiento de la historicidad perdida de la nación.

²⁶⁴Citado en: Candela Scolnik, «Argentina. Mundial de fútbol 1978», en: *Creación y producción en diseño y comunicación*, no. 64, Año XI, Vol. 64, noviembre 2014, Buenos Aires, Argentina,

Conclusiones

El crecimiento económico experimentado por Argentina durante finales del siglo XIX, gracias a la producción de trigo y la ganadería, alimentó la expectativa nacida y compartida por algunas de élites sobre la grandeza a la cual estaba destinado el país. El anhelo por alcanzar este destino entraba en contradicción con un sistema tradicional que chocaba con una realidad internacional cambiante y las nuevas demandas de la vida nacional, provocando retos importantes tanto en lo político como en el terreno económico y social. Ante este panorama incierto, la ruptura del paradigma de éxito nacional generó sentimientos de desilusión especialmente en las élites conservadoras, ya que asumían que la caída del crecimiento económico y el derrumbe de las expectativas de desarrollo resultaban de un inestable ambiente social provocado –desde su visión– por la apertura democrática y la participación política de sectores «no aptos». En consecuencia, Argentina experimentó en la primera mitad del siglo pasado un veloz proceso de polarización, sobre todo cuando algunas élites conservadoras resintieron el reacomodo de la vida económica y política como una fractura en el pacto de dominación con el cual originalmente se había vinculado el destino de grandeza. Con el transcurrir de los años, el jaloneo entre distintos actores sociales y políticos derivó en la implementación y legitimación de acciones de fuerza para frenar el avance de proyectos populares que propiciaran el desapego a los valores y las prácticas sociales tradicionales, mismas que dotaban de sentido al proyecto cultural de nación construido desde el seno del conservadurismo argentino. Los sentimientos de desilusión y frustración crecientes, motivaron que desde estos mismos sectores se planteara una solución autoritaria para rescatar el «espíritu nacional» y restaurar el pacto social con el que la Nación había surgido.

En este sentido, el proceso de reorganización social impulsado por la última dictadura, nació de la necesidad de vastos sectores conservadores (militares, oligarquías, clases medias) por enfrentar la expansión de relaciones sociales antagónicas y contraculturales que venían ganando terreno desde inicios del siglo XX. Sea el migrante de inicios del siglo pasado, el peronista de mediados del mismo o el subversivo en los años setenta, todos fueron vistos como agentes de caos y descontrol o responsables de la pérdida de la identidad nacional e, incluso, del destino de la nación.

A la larga, las amenazas que representaron estas figuras contribuyeron a legitimar y expandir el uso de diversas prácticas sociales estigmatizadoras, disciplinadoras y punitivas, las cuales fueron funcionales para romper los lazos de reciprocidad y solidaridad construidos por diversos sectores subalternos. De esta manera, el denominado Proceso de Reorganización Nacional se caracterizó tanto por una radicalización de ciertas prácticas políticas, como por el hecho de responder a una demanda social ávida de orden y previsibilidad.

No obstante, la finalidad de estas acciones punitivas no sólo era la eliminación física de los integrantes de estas organizaciones políticas y grupos sociales surgidos en oposición a los ordenamientos sociales tradicionales, fundamentalmente significó impulsar un proceso de reconstrucción cultural que tenía una doble función: de un lado, erradicar todo constructo ideológico que representara una amenaza para el sistema de creencias establecido; del otro, reencausar a la nación por el histórico proyecto liberal civilizador.

En efecto, la propuesta cultural de las FFAA fue restaurar «la esencia» nacional, atributos morales, culturales y productivos perdidos tras décadas de crisis social, enfrentamientos políticos e inestabilidad económica. Este propósito sólo podría lograrse con la restitución del sistema tradicional de valores, contaminado por la demagogia, la corrupción y las pretensiones de libertad y democracia. Para el logro de este objetivo, era indispensable refundar al país y reorganizar violentamente las relaciones sociales. Esta estrategia refundacional fue favorecida por la organización del Campeonato Mundial de Fútbol de 1978, pues su realización no sólo permitió obtener cierta legitimidad política para incrementar (aunque a corto plazo) la aceptación social al gobierno militar, sino también que el proyecto cultural dispusiera de un instrumento de alto impacto en la sociedad.

En efecto, la realización del Mundial Argentina'78 facilitó la misión refundacional de la dictadura militar gracias a la importancia que ha tenido históricamente el deporte, y específicamente el fútbol, en la política y en la sociedad argentina. Pese a los costos humanos y materiales que representó, el fútbol demostró su capacidad aglutinadora en una sociedad hasta ese momento profundamente fragmentada. De un lado, la organización generó la percepción, sobre todo en la prensa internacional, de que la unidad nacional se había fortalecido, pues al menos amplios sectores de la población parecieron responder al llamado militar de mostrar al mundo que el país estaba a la altura de las potencias mundiales, sea en términos de desarrollo y de civilidad. Por otro lado, con la realización del torneo se desplegó

una inercia que dotaba de sentido al proyecto cultural militar, pues, como el general Videla sostuvo, la victoria no se limitaba a una cuestión deportiva, ya que conectaba directamente con los deseos y ambiciones compartidos por la comunidad nacional de recuperar el destino que este país estaría llamado a alcanzar:

Argentinos hemos sido capaces de vencer a la incidia y al escepticismo, seamos ahora también capaces con la ayuda de Dios de impulsar a la nación en pos de sus objetivos permanentes. Todos, gobernantes y gobernados, sintamos en lo hondo la dignidad de constituir un pueblo que consciente de sus propias fuerzas quiere edificar su futuro con humildad y alegría, con pasión y paciencia, con prudencia y con coraje que esta experiencia colectiva que hemos vivido nos enseñe a levantar esa Argentina definitivamente eterna con la que hemos soñado. Si de verdad lo queremos nada ni nadie nos detendrá. Que así sea²⁶⁵.

De manera parecida a los fundamentos ideológicos con los cuales las fuerzas armadas chilenas legitimaron el golpe de Estado en su país, para los militares rioplatenses, el golpe de Estado de 1976, primero, y la organización del Mundial, posteriormente, debieron haber sido visualizados «[como] una experiencia interior, espiritual y reveladora» capaces de reencontrar a los argentinos con sus propios orígenes. En efecto, este «reencontrarse con las raíces», constituiría a ojos de la junta militar una experiencia colectiva que reafirmaba la victoria de la comunidad y del espíritu nacional «sobre las mezquindades individuales, los faccionalismos políticos y la penetración de ideologías foráneas». En este sentido, la realización del evento deportivo, así como la obtención de la copa, habrían posibilitado entre los argentinos «la fusión de los intereses nacionales dispersos a lo largo del siglo XX, al restaurar la armonía y la unidad nacional perdidas por “la lucha de clases” de inicios de esa centuria y la polaridad ideológica suscitada con la guerra fría»²⁶⁶.

En efecto, el Mundial permitió revitalizar el sentimiento de unidad nacional que había sido sepultado por décadas de división, inestabilidad y violencia política. En específico, eran la prueba de la recuperación de la «esencia nacional» y su historicidad: amor por la tierra,

²⁶⁵ <https://www.youtube.com/watch?v=gC7EMWn62aY> (30/04/19)

²⁶⁶ Núñez Rodríguez, Omar, “*Cuando el destino nos alcance*”. Problemas civilizatorios y del desarrollo en el Chile del siglo XX, Tesis de Maestría, Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM, 2017, p. 80 y 81.

apego valores nacionales, sentido de pertenencia colectivo, trabajo productivo, destino de grandeza. Por consiguiente, el triunfo mundialista representó algo más que la obtención de un trofeo o alcanzar un objetivo político instrumental. De un lado, fue visto como la posibilidad de restituir al interior de la comunidad nacional la escala de valores tradicionales trastocada con la irrupción de las masas en la vida política y la activación de la lucha de clases; del otro, constataba el reencuentro de la nación con su historia al restablecer el «destino de grandeza» extraviado, circunstancia que permitía a este país reclamar su lugar entre las grandes naciones del mundo. En consecuencia, sería este «resurgimiento de la argentinidad» la que permitiría a la Junta Militar no sólo ampliar sus márgenes de legitimidad para proyectarse en el poder, fundamentalmente les hacía creer que estaban logrando avanzar en su empresa de rectificación ideológica y cultural de todo el país.

Ligado a lo anterior, estaba el objetivo de mostrar que Argentina no era un campo de concentración. Al menos en el corto plazo, este propósito tuvo cierto impacto mediático positivo en el exterior. Más aun, gracias a la tranquilidad social con la cual se desarrolló el Mundial, este evento deportivo permite ilustrar lo que sostiene Paul Preston respecto a la utilidad del fútbol como «una droga social», pues este deporte tuvo «la capacidad de mantener a la población en un estado de pasividad política de tal manera que se eviten levantamientos y manifestaciones»²⁶⁷. Por consiguiente, además de constituir un poderoso dispositivo para promover un discurso de refundación cultural, el Mundial se erigió en un instrumento clave para avanzar en el control y la gobernabilidad, al colaborar en impulsar un estado de pasividad social.

Sin embargo, es importante diferenciar lo que fue el Mundial para el gobierno y lo que representó para la sociedad. El torneo simbolizó una experiencia distinta para cada sector tal como se puede leer en algunos testimonios, pues cada memoria reservó un espacio para recordar una situación específica y, quizá, también para olvidar. Efectivamente, es innegable que «el fútbol siempre ha sido en este sentido una especie de opio que ha ayudado a pasar los malos tragos y que ha hecho olvidar muchas situaciones que de otro modo hubiesen parecido insostenibles»²⁶⁸. Por lo mismo, es probable que para la mayoría de los argentinos el torneo implicó un momento de respiro en un momento político tan oscuro como fue la

²⁶⁷ Francisco Alcaide Hernández, *Op. Cit.*, p. 35

²⁶⁸ Citado en: *Ibíd.*, p. 35

dictadura en sus primeros años, y la obtención de la copa un desahogo ciudadano ante décadas de fracasos y frustraciones como de inestabilidad política e intenso conflicto social.

Bibliografía

- Armus, Digo y Stefan Rinke (eds.), *Del football al fútbol/futebol: historias argentinas, brasileras y uruguayas en el siglo XX*, Iberoamericana Vervuert, España, 2014
- Arnaud, Pierre, *Sport y autoritarismos. La utilización del deporte por el comunismo y el fascismo*, Alianza, 2002, 324 p.
- Berns, Vicente Ariel *La sombra del Mundial 78*, Instituto Espacio para la Memoria, Buenos Aires, julio 2007
- Bourdieu, Pierre, *Cosas dichas*, Gedisa, Barcelona, España, 1988, 199p.
- Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Colihue, Buenos Aires, 2004, 176 p.
- D'Arino Aringoli, Guillermo E., *La propaganda peronista: 1943-1955*, Editorial Maipue, Argentina, 2006, 475p.
- Dearriba, Alberto, *El Golpe*, Editorial Altamira, Buenos Aires, 2006, 320p.
- Di Giano, Roberto, *Fútbol y cultura política la Argentina. Identidades en crisis*, Leviatán, Buenos Aires, Argentina, 2005, 60p.
- Feierstein, Daniel, *El genocidio como practica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, 405 p.
- Forte, Ricardo, *Fuerzas armadas, cultura política y seguridad interna. Orígenes y fortalecimiento del poder militar en Argentina (1853-1943)*, UAM-Otto Editore-Universita Degli Studi di Torino-Porrúa, México, 2ª edición, 2003, 545p.
- Franco, Marina, *Un enemigo para la nación: orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2012, 352p.
- Frydenberg, Julio, *Historia social del fútbol: del amateurismo a la profesionalización*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2011, 304p.
- Gambini, Hugo, *Historia del Peronismo. El poder total (1943-1951)*, Ed. Planeta, Buenos Aires, 1999, 422p.
- García, Alejandro, *La crisis argentina: 1966-1976. Notas y documentos sobre una época de violencia política*, Editum Ediciones de la Universidad de Murcia, 1994, 451p.
- Gasparini y Ponsico, *El director técnico del Proceso*, El Cid Editor, Argentina, 1983, 126p.
- Gilbert, Abel y Miguel Vitagliano, *El terror y la gloria. La vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial 78*, Grupo Editorial Norma, Argentina, 1998, 240p.
- Gotta, Ricardo, *Fuimos campeones. La dictadura, el Mundial 78 y el misterio del 6 a 0 a Perú*, Edhasa, Buenos Aires, 2008, 312p.
- *Guía de información general de la República Argentina*, Publicación oficial editada por el Ente Autárquico Mundial 1978, Buenos Aires, 1978
- Halperin Donghi, Tulio, *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Siglo XXI Editores, Argentina, 2004, 256p.

- James, Daniel, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires Argentina, 2ª edición, 2010, 359p.
- Kozel, Andrés, *La Argentina como desilusión*, Nostromo Ediciones, México, 2008, 395p.
- Llonto, Pablo, *La vergüenza de todos. El dedo en la llaga del Mundial 78*, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2008, 288p.
- Luna, Félix, *La Argentina de Perón a Lanusse 1943/1973*, Editorial Planeta, 1972, 227p.
- Luna, Félix, *Perón y su tiempo. I.- La Argentina era una fiesta 1946-1949*, Sudamericana, Buenos Aires, 3ª edición, 1984, 607p.
- Nisbert, Robert, *Conservadurismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1995, 169p.
- Novaro, Marcos, *Historia de Argentina 1955-2010*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2010, 318p.
- Novaro, Marcos y Vicente Palermo, *La dictadura militar 1976-1983: del golpe de Estado a la restauración democrática*, Paidós, Buenos Aires, 2003, 576p.
- Núñez Rodríguez, Omar, «Cuando el destino nos alcance», en: *Problemas civilizatorios y del desarrollo en el Chile del siglo XX*, Tesis de Maestría, Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM, 2017
- Pani, Erika, *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, Tomo II, FCE-Conaculta, México, 2009, 512-552 p.
- Rattin, Antonio Ubaldo, Aurelio Bosolino, et. Al., *Redondo, celeste y blanco. El mundial de futbol 1978*, Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 1978, 307p.
- Riordan, James, «La política deportiva de la Unión Soviética durante el periodo de entreguerras (1917-1941)», en: *Sport y autoritarismos. La utilización del deporte por el comunismo y el fascismo*, p. 104
- Robben, Antonius, *Pegar donde más duele. Violencia política y trauma social en Argentina*, Anthropos, Barcelona, España, 2008, 462p.
- Rock, David, Sandra Ma. Gee Deutsch, et. Al., *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, Ediciones Buenos Aires S.A., Buenos Aires, 2005, 398p.
- Rock, David (Comp.), *Argentina en el siglo veinte. Economía y desarrollo político desde la élite conservadora a Perón-Perón*, Lenguaje Claro Editora, San Isidro, 2009, 272p.
- Romero, José Luis, *Situaciones e ideologías en América Latina*, Editorial Universidad de Antioquia, Colombia, 2001, 448p.
- Romero, Luis Alberto, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, Argentina, 2ª edición, 2001
- Sebrelí, Juan José, *Eva Perón ¿Aventurera o militante?*, Editorial La Pleyade, Buenos Aires, 155p.
- Sebrelí, Juan José, *Los deseos imaginarios del peronismo*, Penguin Random House Grupo Editorial, Argentina, 2013

- Sidicaro, Ricardo, *Los nombres del poder: Juan Domingo Perón*, Fondo de Cultura Económica, España, 2007, 112p.
- Spinelli, María Estela, *De antiperonistas a peronistas revolucionarios. Las clases medias en el centro de la crisis política argentina (1955-1973)*, Sudamericana, 2013, 224p.
- Terán, Oscar, *De utopías catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, Argentina, 2006, 211p.
- Terán, Oscar, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, Argentina, 2009, 318 p.
- Vezzetti, Hugo, *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Siglo Veintiuno, Argentina, 2003, 236p.
- Volpi, Jorge, *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*, Ediciones Era, México, 2008, 455p.
- Weber, Max, (1996) *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, FCE, México

Recursos electrónicos

- Alabarces, Pablo, «Lo que el Estado no da el fútbol no lo presta: los discursos nacionalistas deportivos en contextos de exclusión social», <http://www.biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/lasa98/Alabarces.pdf>
Alabarces, Pablo y Carolina Duek, «Fútbol (argentino) por TV: entre el espectáculo de masas, el monopolio y el estado», en: *Logos 33. Comunicacao e Espogte*. Vol. 17, No. 02, 2º semestre, 2010
http://www.logos.uerj.br/PDFS/33/02_logos33_alabarces_duek_futebolargentino.pdf
- Alcaide Hernández, Fracisco, *Fútbol fenómeno de fenómenos*, 2009
<http://www.fenomenodefemenos.com/libro/descarga/primercapitulo.pdf>
- Archetti, Eduardo, «El deporte en Argentina (1914-1983)», Trabajo y Sociedad. Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas, no. 7, vol VI, junio-septiembre, Argentina, 2005
<http://www.unse.edu.ar/trabajosysociedad/Archetti.pdf>
- Archetti, Eduardo, «El mundial de fútbol de 1978 en Argentina: victoria deportiva y derrota moral», <https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/17673/1/26303834.pdf>
- Archetti, Eduardo, «El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino», en: *Horizontes antropológicos*, <http://www.scielo.br/pdf/ha/v14n30/a13v1430.pdf>
- Barros, María Mercedes, «El silencio bajo la última dictadura militar en la Argentina», p. 4 <http://pensamentoplural.ufpel.edu.br/edicoes/05/04.pdf>
- Conde, Mariana, «La vieja-nueva idea de la nación y sus “hinchas”», en: Informe final del concurso: Culturas e identidades en América Latina y el Caribe. Programa

- Regional de Becas, CLACSO, 2001, <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/becas/2000/conde.pdf>
- De Castro, Paula, «Cuatro historias olímpicas en Estados Unidos: ¿el riesgo de morir de éxito?», en: *Juegos Olímpicos y ciudades. Oportunidades, ambiciones y fracasos*, CUDOB, Barcelona, julio 2016 p. 17 https://www.cidob.org/publicaciones/serie_de_publicacion/monografias/monografias/juegos_olimpicos_y_ciudades_oportunidades_ambiciones_y_fracasos
 - Ferrera, Carlos y José Pappareli, «El que no salta...», en: *Fútbol, cultura y sociedad: imágenes y palabras*, Universidad de Buenos Aires, https://issuu.com/lautarozer/docs/futbol_cultura_y_sociedad
 - Fiorucci, Flavia, *La administración cultural del peronismo. Políticas intelectuales y Estado*, [http://www.lasc.umd.edu/Publications/WorkingPapers/NewLASCSeries/WP20\(FlaviaFiorucci\).pdf](http://www.lasc.umd.edu/Publications/WorkingPapers/NewLASCSeries/WP20(FlaviaFiorucci).pdf)
 - Junta Militar, *Documentos básicos y bases políticas de las Fuerzas Armadas para el Proceso de Reorganización Nacional*, Buenos Aires, 1980, <http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/documentos/EL000162.pdf>
 - Marcilese, José Bernardo, «Sociedad civil y peronismo: los clubes deportivos en el periodo 1946-1955», http://www.sport.ifcs.ufrj.br/recordere/pdf/recordereV2N2_2009_14.pdf
 - Morresi, Sergio «El liberalismo conservador y la ideología del Proceso de Reorganización Nacional», en: *Cuadernos del CISH*, No. 27, primer semestre 2010, 103-135p. <http://www.scielo.org.ar/pdf/sochis/n27/n27a04.pdf>
 - Moretti, Ignacio, «Opúsculo de una noche eterna. El campo intelectual de izquierda bajo el Proceso de Reorganización Nacional (marzo 1976- marzo 1982)» http://www.academia.edu/36327372/OP%C3%9ASCULO_DE_UNA_NOCHE_ETERNA_EL_CAMPO_INTELECTUAL_DE_IZQUIERDA_BAJO_EL_PROCESO_DE_REORGANIZACI%C3%93N_NACIONAL_MARZO_1976-MARZO_1982
 - Murano, Heriberto, «La comunicación masiva durante la dictadura militar y la transición democrática en la Argentina, 1973-1986», en: *Medios, transformación cultural y política, Argentina*, http://www.robertexto.com/archivo/comunic_masiva.htm
 - Ponsico, José Luis, «Montaño, el fútbol y Perón», en: *Revista Peronista* <https://es.scribd.com/document/319271150/Ponsico-pdf>
 - Rinke, Stefan, «¿La última pasión verdadera? Historia del fútbol en América Latina en el contexto global», en: *Iberoamericana VII*, no. 27, 2007, 85-100 p. http://www.iai.spkberlin.de/fileadmin/dokumentenbibliothek/Iberoamericana/2007/Nr_27/27_Rinke.pdf
 - Romero, José Luis, «El pensamiento conservador en el siglo XIX», Biblioteca de Ayacucho, Caracas, 1978, en: *José Luis Romero* (sitio web), <http://jlromero.com.ar/tematica/conservadores>

- Candela Scolnik, «Argentina. Mundial de fútbol 1978», en: *Creación y producción en diseño y comunicación*, no. 64, Año XI, Vol. 64, noviembre 2014, Buenos Aires, Argentina, https://fido.palermo.edu/servicios_dyc/publicacionesdc/vista/detalle_articulo.php?id_libro=528&id_articulo=11179
- Stiven, Ana María, «Una aproximación a la cultura política de la élite chilena: concepto y valoración del orden social (1930-1860)», https://www.cepchile.cl/cep/site/artic/20160303/asocfile/20160303183743/rev66_stuven.pdf
- Vicente, Martín, «Los intelectuales liberal-conservadores argentinos y la última dictadura. El caso del grupo Azcuénaga», *KAIROS. Revista de Temas Sociales*. Publicación de la Universidad Nacional de San Luís, Año 16. N  29. Mayo de 2012 URL: <http://www.revistakairos.org>

Sitios web

- Centro Académico de la Memoria de Nuestra América/ Archivo Gregorio y Marta Selsler, México, <https://selsler.uacm.edu.mx/expedientes.php>
- *El país*, España, <https://elpais.com/diario/>
- *Estudiantes de la plata*, Argentina, <http://www.edelpoficial.com.ar/títulos>
- <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/o/owens.htm>
- Instituto Nacional Juan Domingo Perón, Argentina, <http://www.jdperon.gov.ar>
- *La Vanguardia*, España, <http://www.lavanguardia.com>
- *Público*, España, <http://www.publico.es>
- *YouTube* <https://www.youtube.com>